



Seix Barral

# Christian Guay-Poliquin

## El peso de la nieve



# Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

## 1. El laberinto

Treinta y ocho

Treinta y nueve

Cuarenta y uno

Cuarenta y dos

Cuarenta y dos

Cuarenta y dos

Cuarenta y cinco

Cuarenta y cinco

Cuarenta y cinco

Cuarenta y siete

Cincuenta y seis

Cincuenta y seis

Cincuenta y seis

## 2. Dédalo

Sesenta y dos

Sesenta y tres

Setenta y uno

Setenta y siete

Setenta y siete

Ochenta y uno

Ochenta y uno

Ochenta y uno

### 3. Ícaro

Ochenta y cuatro

Ochenta y ocho

Ochenta y ocho

Noventa y seis

Ciento nueve

Ciento nueve

Ciento nueve

Ciento nueve

Ciento trece

Ciento diecisiete

Ciento diecisiete

Ciento veintiséis

Ciento treinta y cuatro

Ciento treinta y cuatro

Ciento treinta y ocho

Ciento cuarenta y siete

Ciento cincuenta y uno

Ciento cincuenta y uno

Ciento cincuenta y uno

Ciento cincuenta y uno

Ciento sesenta y siete

Ciento setenta y cuatro

Ciento setenta y cuatro

Ciento setenta y cuatro

Ciento noventa y dos

Doscientos seis

### 4. Las alas

Doscientos seis

Doscientos ocho

Doscientos dos

Doscientos cinco

5. Dédalo

Doscientos cinco

Doscientos cinco

Doscientos dieciséis

Doscientos diecisiete

Doscientos cuarenta y dos

Doscientos cuarenta y siete

Doscientos cuarenta y siete

Doscientos cuarenta y siete

Doscientos cuarenta y ocho

Doscientos cincuenta y dos

Doscientos cincuenta y tres

6. Ícaro

Doscientos setenta y tres

Doscientos cincuenta y dos

Doscientos treinta y nueve

Doscientos cuatro

Ciento cincuenta y nueve

Ciento cincuenta y tres

Ciento once

Ochenta y nueve

Cincuenta y tres

Cuarenta y ocho

Cuarenta y seis

Treinta y nueve

Treinta y tres

Treinta

Treinta

Veintinueve

Veintiocho

7. El Sol

Once

Siete

Agradecimientos

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## Sinopsis

*El peso de la nieve* narra, en primera persona, en una cuenta atrás articulada en capítulos breves, la historia de dos hombres obligados a vivir aislados en una vivienda abandonada en medio del bosque durante todo un invierno especialmente duro. En la aldea la electricidad lleva meses cortada, los víveres escasean y las relaciones entre los vecinos son cada vez más tensas. El protagonista de la novela es un joven forastero al que estos han rescatado tras un violento accidente de tráfico. No puede moverse, durante las primeras páginas de la historia ni siquiera es capaz de hablar. Será confiado a los cuidados del viejo Matthias, que se halla en el pueblo en contra de su voluntad, obligado por el invierno a interrumpir el viaje que lo llevaba a la cabecera de su mujer enferma en una ciudad lejana.



# EL PESO DE LA NIEVE

Christian Guay-Poliquin

Traducción del francés por Luisa Lucuix Venegas



*Para André B. Thomas*

hoy  
el tiempo ha metalizado la nieve  
y el silencio está contento

para confundirse mejor  
los trazos blancos se precipitan hacia el suelo

las montañas se aferran  
a la corteza de los árboles y a  
los brazos espinosos

los verdes desaparecen  
los azules viran hacia el ópalo  
se desdibuja el contorno  
de los marrones y los rojos

de vez en cuando un pájaro  
traza una línea negra  
en este espacio acelerado

J.-N. POLIQUIN,  
invierno de 1984

## EL LABERINTO

*Mira. Es un lugar más vasto que cualquier vida humana. Quien trate de huir está condenado a volver sobre sus pasos. Quien piense avanzar en línea recta estará en realidad andando en círculos concéntricos. Aquí, todo escapa al control de las manos y de la mirada. Aquí, el olvido del mundo exterior es más fuerte que cualquier recuerdo. Mira de nuevo. Este laberinto carece de salida. Se extiende dondequiera que posemos los ojos. Mira bien. No hay ningún monstruo, ninguna bestia hambrienta que merodee por estos dédalos. Pero estamos atrapados. O esperamos a que los días y las noches acaben con nosotros, o nos hacemos unas alas y escapamos volando.*

## Treinta y ocho

La nieve reina soberana. Domina el paisaje, aplasta las montañas. Los árboles se resignan, se inclinan hacia el suelo doblando el espinazo. Sólo las altas píceas se niegan a someterse. Aguantan, enhiestas y negras. Marcan el final del pueblo, el principio del bosque.

Cerca de mi ventana, los pájaros van y vienen entre escaramuzas y picoteos. De vez en cuando, alguno de ellos observa desconfiado la tranquilidad de la casa.

Han fijado horizontalmente una rama fina y sin corteza al marco exterior, a modo de barómetro. Si apunta hacia arriba, es que el tiempo será despejado y seco; si apunta hacia abajo, es que va a nevar. Por el momento el tiempo es incierto; la rama se encuentra justo en la mitad de su trayectoria.

Debe de ser tarde. El cielo gris se ha vuelto opaco y carece de matices. El sol podría estar en cualquier parte. Unos copos revolotean en el aire, aferrándose a cada segundo. A un centenar de pasos de la casa, en el claro, Matthias clava una larga vara en la nieve. Parece el mástil de un barco, pero sin vela ni bandera.

La cornisa está perlada de gotas de agua que afluyen a la punta de los carámbanos. Cuando sale el sol, brillan como aceros afilados. De vez en cuando se descuelga alguno, cae y se hunde en la nieve. Una puñalada en medio de la inmensidad. Pero la nieve es invencible. Pronto alcanzará el alféizar de mi ventana; luego, el dintel. Y no veré nada más.

Es invierno. Los días son breves y glaciales. La nieve enseña los dientes. Las grandes extensiones se repliegan.

## Treinta y nueve

El marco de mi ventana está húmedo. En la madera se dibujan unos anillos esponjosos y coloridos. Cuando hace mucho frío se recubren de escarcha, de cristales. Parecen líquenes.

Varios troncos crepitan en la estufa. Desde mi cama veo el destello de las brasas al contacto con el aire. Es una estufa antigua e imponente. Sus puertas chirrían nada más moverlas. Y ese amasijo de hierro fundido, negro y ardiente, constituye el centro de nuestras vidas.

Me encuentro solo en la veranda. Todo está inmóvil. Todo está en su sitio. El taburete de la entrada, la mecedora, los utensilios de cocina, todo. Pero sobre la mesa reposa un extraño cilindro dorado. Esta mañana no estaba. Seguro que Matthias ha ido al otro lado, pero no me he dado cuenta de nada.

El dolor no me concede descanso. Me agarra, me oprime, me posee. Para soportarlo, cierro los ojos y pienso que voy sentado al volante del coche. Si me concentro, llego incluso a oír el rugido del motor, a ver el desfile de paisajes, a embelesarme con el punto de fuga de la carretera. Sin embargo, cuando entreabro los ojos la realidad es aplastante. Estoy condenado a una cama; unas férulas me inmovilizan las piernas. Mi coche no es más que un amasijo de chatarra retorcida bajo la nieve, en alguna parte. Y ya no soy dueño de mi destino.

Mi estómago rompe el silencio. Tengo hambre. Me siento débil y anquilosado. Sobre la mesita de noche sólo quedan unas migas de pan negro y un fondo aceitoso de café. Matthias debe de estar al llegar.

## Cuarenta y uno

La puerta se abre y una bocanada de aire frío irrumpe en la estancia. Matthias entra y lanza un brazado de leña junto a la estufa. Los troncos entrechocan y unos pedazos de corteza caen al suelo.

Matthias se quita el abrigo, se arrodilla y aviva el fuego con el atizador. Tras él, las huellas de sus botas se funden y se alargan siguiendo el desnivel del suelo.

No hace mucho frío, dice acercando las manos al fuego, pero hay mucha humedad. Te cala hasta los huesos.

Cuando las llamas rugen y comienzan a lamer las paredes metálicas de la estufa, Matthias cierra la trampilla, pone a calentar una olla de sopa y se vuelve a mirarme. Las pobladas cejas, los cabellos blancos y las esplendorosas arrugas que le surcan la frente le dan un aspecto de científico loco.

Tengo algo para ti.

Frunzo el ceño. Matthias toma el cilindro dorado que estaba sobre la mesa y me lo tiende. Una amplia sonrisa le surca el rostro. El cilindro es pesado y telescópico. Los extremos son de vidrio. Lo examino del derecho y del revés. Es un catalejo, como los que utilizaban los marineros de antaño para localizar la línea de la costa o las naves enemigas.

Mira afuera.

Me endezco en la cama, extendiendo el tubo corredizo y me lo pego al ojo. Todo converge hacia mí y las cosas se perfilan con precisión, como si estuviera del otro lado de la ventana: los trazos negros de los pájaros, las huellas de pasos en la nieve, la calma desconcertante del pueblo, la linde del bosque.



Mira de nuevo.

Sin embargo, yo me sé este decorado de memoria. Hace mucho tiempo que lo observo. En realidad ya no me acuerdo del verano, por culpa de la fiebre y de las medicinas, pero he asistido al lento movimiento del paisaje, al cielo gris del otoño, a la luz rojiza de los árboles. He visto cómo las heladas engullían los helechos, cómo se partían las hierbas altas con la más mínima brisa, cómo los primeros copos se posaban sobre el suelo helado. He visto las huellas dejadas por los animales que inspeccionaron los alrededores después de la primera nevada. Desde entonces, el cielo no para de enterrar el decorado. La espera domina el paisaje. Y todo se ha pospuesto hasta la primavera.

Es un decorado sin salida. Las montañas recortan el horizonte, el bosque nos cerca por completo y la nieve hace daño a la vista.

Mira bien, exclama Matthias.

Examino entonces la larga vara que Matthias acaba de instalar en el claro. Me doy cuenta de que está minuciosamente graduada.

Es para medir la nieve, anuncia triunfal.

Gracias al catalejo compruebo que la nieve ha alcanzado los cuarenta y un centímetros. Me pierdo en el blanco del paisaje por un instante, luego me dejo resbalar sobre la cama y cierro los ojos.

Genial, me digo. Ya tenemos algo con lo que medir nuestra angustia.

## Cuarenta y dos

Matthias está haciendo pan negro. Una especie de ladrillo de harina de trigo sarraceno y melaza. Dice que es consistente y nutritivo. Y que es lo mejor que existe cuando hay que racionar los víveres en espera de la próxima entrega.

Como un viejo chamán, mezcla, aglutina y moldea la masa con una economía de movimientos sorprendente. Cuando ha terminado, se sacude la ropa en medio de una nube de harina y pone a cocer las tortas de pan negro directamente sobre la superficie de la estufa.

El tiempo se ha despejado. Observo las casas del pueblo, entre los árboles, al pie de la colina. La mayoría no muestra señal de vida alguna, pero unas cuantas chimeneas humean generosamente. Las columnas grises ascienden muy rectas hacia el cielo, como si rechazaran desvanecerse en la inmensidad. Hay doce. Trece con la nuestra. Con el catalejo parece como si el pueblo estuviera muy cerca, pero no es sino una ilusión. Está a más de una hora a pie. Y yo no consigo salir de la cama todavía.

Creo que ya hemos pasado el solsticio. El recorrido del sol en el cielo todavía es muy breve, pero los días se alargan sin que nos demos cuenta. También hemos debido de dejar atrás Año Nuevo. No sé muy bien. En realidad ya no tiene importancia. Hace mucho que perdí la noción del tiempo. Y el gusto por la palabra. Nadie puede resistirse al silencio cuando se está encadenado a unas piernas rotas, un invierno en un pueblo sin electricidad.

Todavía tenemos una buena reserva de leña, pero disminuye con rapidez. Vivimos en una veranda cosida de corrientes de aire y, durante la noche, Matthias se despierta muchas veces para alimentar la estufa. Cuando se levanta viento, sentimos que el frío nos tiene en la palma de su mano.

Nos traerán leña y víveres de aquí a unos días. Mientras tanto, por mucho que me diga que he sobrevivido a un terrible accidente de tráfico, sé que ya no soy capaz de hacer nada por mí mismo.

## Cuarenta y dos

Una media luna mece el cielo negro. Sobre la nieve se ha formado una costra espesa. Con los reflejos de la noche, parece un mar en calma e iridiscente.

La lámpara de aceite ilumina las paredes de la estancia dibujando sombras doradas. Matthias se aproxima con un cuenco de sopa y una torta de pan negro. Siempre comemos sopa y pan negro. Los restos de cada sopa sirven de base para la siguiente. Cuando llegamos al fondo de la olla, Matthias añade más agua y todo lo que tenga a mano. Si disponemos de carne, se afana en cocer los huesos y la grasa para recuperar el caldo. Verduras, pan duro, todo se echa a la sopa. Y cada día, en cada comida, nos tragamos esta sopa interminable.

Mientras Matthias se sienta a la mesa y junta las manos con discreción, yo engullo todo lo que puedo. A menudo termino mi plato antes de que él haya empezado el suyo.

Al principio, Matthias tenía que forzarme a comer para que me recuperase y recobrar algo de color. Me ayudaba a incorporarme y me alimentaba con paciencia, a pequeñas cucharadas, como a un niño. Hoy consigo apoyar la espalda en la almohada por mí mismo. El dolor y el cansancio persisten, pero he recuperado el apetito. Si logra hacerse con unos litros de leche, Matthias prepara queso con el cuajo que ha encontrado en la lechera del establo. A veces lo comparte con la gente del pueblo, pero casi siempre está tan bueno que nos lo zampamos en unos días, directamente de la gasa en la que se estuvo escurriendo.

La cicatrización de las heridas me exige mucha energía. Al igual que calcular el tiempo que pasa. Quizá debería hacer como Matthias y limitarme a

decir antes de la nieve o desde que empezó a nevar. Pero eso sería demasiado fácil.

Hace meses que no hay electricidad. Me contaron que en el pueblo empezó con unos cortes de luz. Nada preocupante. Los vecinos llegaron casi a acostumbrarse. Duraba unas horas y luego volvía. Hasta que, una mañana, ya no volvió. Ni aquí ni en ningún sitio. Era verano. La gente se lo tomó por el lado bueno. Sin embargo, con la irrupción del otoño, tuvieron que pensar en organizarse. Como si los hubiera cogido por sorpresa. El invierno se ha instaurado y ya no hay nada que hacer. En las casas se vive pegado a la estufa de leña y a unas cuantas cacerolas ennegrecidas.

Matthias termina la sopa y empuja el cuenco hacia el centro de la mesa.

Durante un instante no ocurre nada. Me gustan especialmente esas pequeñas pausas que siguen a las comidas.

Pero no duran nunca mucho tiempo.

Matthias se levanta, recoge la mesa y lava los cuencos en el fregadero. A continuación, guarda las tortas de pan en una bolsa de plástico, dobla la ropa que colgaba de la cuerda de tender sobre la estufa, coge el maletín de primeros auxilios y acerca una silla.

## Cuarenta y dos

Matthias carraspea como si se dispusiera a leerme una historia. Pero no dice nada, hace crujir el cuello hacia ambos lados y retira la colcha que me cubre las piernas.

Vuelvo la cabeza. Matthias quizá piense que estoy mirando afuera, pero su reflejo se ve muy bien en el cristal oscuro. Una a una, desabrocha las correas de mi férula derecha. Me desliza una mano bajo el talón y me levanta la pierna.

El pulso se me acelera. El dolor ruge y me inmoviliza como un animal ágil y poderoso.

Matthias desenrolla mi vendaje con paciencia. Sus gestos son lentos y metódicos. Cuando llega a las últimas vueltas de la gasa, siento el tejido que se adhiere a la piel a causa de la humedad, la sangre, la infección. Corta el resto de la venda con las tijeras y lo retira todo de una vez, con una precaución calculada. Inspiro profundamente y me concentro en el aire que penetra con fuerza en mi caja torácica. Matthias echa la cabeza hacia atrás. Imagino que evalúa la rojez, la hinchazón, el callo óseo, la forma de la tibia y de la rodilla.

Pronto habrá que quitarte los puntos, observa mientras me desinfecta la herida.

La sensación de quemazón es intensa. Tengo la impresión de que la carne se me está deshaciendo sobre los huesos.

¡No te muevas!, protesta Matthias. Déjame trabajar.

Intento dirigir la mirada lo más lejos posible de mis piernas, hacia el fondo de la habitación, donde hay dos puertas. La puerta de la entrada y la que lleva al otro lado. Observo la estufa enorme, los objetos sobre las estanterías, el

techo con sus vigas escuadradas con hacha. Dos bombillas penden de él, como esqueletos de dinosaurio en un museo.

Matthias saca un tubo de crema del maletín de primeros auxilios e intenta descifrar la etiqueta. Suspirando, se saca las gafas del bolsillo de la camisa y se las pone en la punta de la nariz.

Esto debería valer.

Antes de volver a ponerme las vendas, me aplica una espesa capa de ungüento sobre la herida. Está frío. Eso me alivia durante unos instantes. Hasta que me aprieta de nuevo las correas de la férula para inmovilizarme la pierna y el corazón empieza a golpearme con fuerza en las sienes. Me aferro a las sábanas maldiciendo mi suerte. Matthias me habla. Sus labios se mueven, pero no oigo nada. Creo que trata de decirme que ya ha terminado. Al cabo de unos segundos, el dolor disminuye un poco y su voz llega débilmente hasta mí, como si estuviéramos muy lejos el uno del otro.

Aguanta, me dice, aguanta; ahora hay que ocuparse de la otra pierna.

## Cuarenta y cinco

Creo que ha nevado un poco durante la noche, pero esta mañana el cielo está azul y compacto. Colgados de la cornisa, los carámbanos centellean.

Sobre la estufa hay una olla repleta de nieve. Este otoño, Matthias sacaba el agua directamente del riachuelo que baja hacia el pueblo. Era clara y límpida. Sabía a guijarro y a raíces. Algunas mañanas tenía que romper el hielo para llenar el cubo. Al principio bastaba con presionar la superficie, pero poco después hubo de servirse de una rama, luego de un hacha. Un día se cansó y empezó a derretir nieve. No tiene el mismo sabor, pero no puedo quejarme. Aquí es Matthias el que se ocupa de todo. Él es el que alimenta la estufa, el que cocina, el que vacía el orinal en el que hago mis necesidades. Él es quien decide, quien dispone, quien asume. Aquí, él es el dueño del espacio y del tiempo.

Me encuentro impedido. No tengo fuerzas y, todavía menos, movilidad. Ni siquiera tengo el coraje de comunicarme, de interactuar, de conversar. Ni las ganas. Prefiero rumiar mi mala suerte en silencio. Al principio, Matthias no comprendía por qué me quedaba callado. Luego, con el tiempo, creo que se ha acostumbrado.

Desde el accidente, me cuesta establecer el curso de los acontecimientos. Con el dolor, la fiebre y la fatiga, tengo la impresión de que se ha alterado la duración habitual de los días y las semanas por la impaciencia de la nieve. Todo ha ocurrido muy rápido, me parece. El accidente, los guardas, la operación y, de repente, me he visto aquí, con Matthias. Soy consciente de que en ningún momento me ha querido con él. De que mi presencia lo incomoda, lo molesta. De que se le torcieron los planes. Desde la avería eléctrica, nada ocurre como él lo había previsto.



Cuando me encontraron bajo el coche volcado, los guardas enseguida vieron que estaba condenado. No había nada que hacer. Tenía las piernas destrozadas por el impacto. Había perdido mucha sangre. Por fortuna, al iluminarme la cara, uno de ellos creyó reconocermme y convenció a los demás de que me llevaran al pueblo.

Estaba lloviendo. Una tromba de agua se abatía sobre el bosque. Me acuerdo de que los que me transportaban avanzaban con dificultad a causa del barro. No había médico en el pueblo. Sólo una veterinaria y un farmacéutico. Desde la avería, ellos eran los que curaban a los heridos y a los enfermos. También ellos se ocupaban de los casos graves para los que ya no había esperanza.

Estaba acostado en una pequeña habitación oscura. Me habían envuelto las piernas en unos gruesos vendajes y esposado las muñecas a la estructura de la cama. A través de los tablones que cegaban la ventana se filtraba un poco de luz. Cada vez que levantaba la cabeza para ver dónde estaba, un dolor fulminante me atravesaba el cuerpo.

Se acercaban con frecuencia a mi cabecera. A llevarme de comer. A darme pastillas. A hacerme preguntas. ¿Mi nombre? ¿Mi trayecto? ¿El accidente? A mí me dolía, me dolía mucho. Y el mundo se reducía a un puñado de siluetas inclinadas sobre mí, como si miraran a un pozo sin fondo desde arriba. Insistían para que respondiera a las mismas preguntas una y otra vez. Por mucho que gritara y forcejeara, parecía que nadie entendía lo que les contaba. Seguro que se preguntaban si no sería mejor acortar mi sufrimiento que tratar de curarme.

Cuando por fin me dejaban solo, aguzaba el oído para entender lo que ocurría en la habitación contigua. La gente entraba y salía. A veces levantaban la voz y conseguía descifrar las conversaciones. Otras, susurraban y ya nada era realmente audible.

Había sido un accidente violento. Estaba confundido. Soñaba con mi coche. Buscaba a mi padre. Mis recuerdos se solapaban. Veía la escena sin

cesar: días y noches conduciendo, la avería eléctrica, las gasolineras desvalijadas, las milicias al borde de la carretera, el pánico en las ciudades. Y, de repente, a unos kilómetros del pueblo, ante la luz exánime de los faros, dos brazos levantados al cielo. Los neumáticos que chirrían sobre la calzada. Un volantazo. Un impacto sordo. La sangre. Las fisuras en el parabrisas. Las vueltas de campana. Mi cuerpo eyectado de la cabina. Y el peso del coche volcado sobre mis piernas.

Hacía más de diez años que me había ido del pueblo. Más de diez años sin dar noticias, o casi. Había enterrado el pasado y no pensaba volver a poner los pies aquí. Pero al guarda no le quedaba la menor duda sobre mí e insistía en que me curaran. Su voz resonaba claramente al otro lado de la pared.

Ya basta. No podemos dejarlo morir así. ¿No lo reconocéis? Es el hijo del mecánico. Lleva mucho tiempo sin volver por aquí. Está en estado de *shock*. Dadle al menos una oportunidad. Su padre acaba de morir, pero todavía le queda familia en el pueblo. Sus tíos viven a la entrada del camino de la mina. Voy a buscarlos.

Mis tíos y mis tías acudieron. Al principio creí que eran fantasmas, luego reconocí sus voces y los ojos se me llenaron de lágrimas.

Sí, confirmaron mis tíos impactados por mi estado lamentable, se trata de él. Y mientras tanto mis tías me tomaban las manos intentando entender lo que me había ocurrido. Estaba tan contento de verlos que no conseguía pronunciar una palabra.

Las esposas, quitadle las esposas, exigieron. Ahora mismo.

Les explicaron que estaba muy agitado desde que me había enterado de la muerte de mi padre y que había que procurar que no agravara mis heridas. Mis tíos y mis tías se marcharon al cuarto de al lado. Sé que hablaron de mi situación, pero no oí muy bien lo que decían. Parecía serio.

Un poco más tarde, la veterinaria y el farmacéutico entraron en la estancia. Se instalaron cerca de mi cama. Tras encender su linterna frontal, la veterinaria cortó los vendajes que ceñían mis piernas. Yo la miraba con el

rabillo del ojo porque su cara me sonaba. Se le endurecieron las facciones cuando constató la gravedad de las heridas. Se volvió hacia el farmacéutico. Éste asintió con la cabeza. Mientras se ponía una mascarilla y unos guantes, la veterinaria me lanzó una mirada y comprendí que ella también me había reconocido. Cuando el farmacéutico me colocó una gran esponja sobre la boca y la nariz, ella me dijo que contara hasta diez. Su voz. Sí, su voz me recordaba a alguien. Sí, su voz me sonaba, pero no conseguía acordarme de su nombre. El haz de su linterna barría la estancia. Luego todo se volvió negro.

Cuando recuperé el conocimiento, no sabía dónde estaba. Por suerte, mis tías se hallaban junto a mi cama. Las oía hablar en voz baja. Levanté la cabeza y vi que tenía las piernas inmovilizadas dentro de unas imponentes férulas de madera. En cuanto se dieron cuenta de que empezaba a moverme, corrieron hacia mi cabecera.

No te preocupes. La operación ha salido bien. Todo va a ir bien. Saldrás de ésta. Toma, bebe un poco. Descansa. Tienes que recuperar fuerzas. Sí, descansa.

Un instante después estaba agotado y me sumergí de nuevo en pesadillas de persecuciones, de animales hambrientos y laberintos.

Al día siguiente o a los dos días, ya no lo sé, el guarda volvió a visitarme. Me quitó las esposas, por fin. Había traído agua, un trozo de pan y atún en conserva. También aprovechó para hacerme preguntas. Cuando vio que no le respondía, se calló durante un rato y luego cambió de estrategia.

Aunque la electricidad termine por volver, ya nada será igual. Ya sabes, todo lo que ha ocurrido desde la avería ha transformado la vida de antes. Puede que aquí nos las apañemos un poco mejor que en la ciudad, pero no es nada fácil. Al principio, todo el mundo se ayudaba; luego a algunos les entró el pánico, muchos han abandonado el pueblo y otros han tratado de aprovecharse de la situación. Ahora hemos restablecido la calma.

Distribuimos la comida y hacemos rondas de vigilancia. Pero ya sabes, hay que estar en guardia. Todo puede dar un vuelco al menor incidente.

La llegada de la veterinaria y el farmacéutico interrumpió al guarda.

¿Cómo se encuentra?

No muy mal.

La veterinaria me examinó las piernas mientras el farmacéutico me administraba un cóctel de comprimidos.

No tiene fiebre, dijo la veterinaria tomándome la temperatura.

Eso es por lo que le estoy dando, intervino el farmacéutico, nada más.

La veterinaria se acercó a mí para decirme que tenía los huesos fracturados en distintos sitios, que había llevado a cabo varias intervenciones como aquella en el pasado, pero sólo en vacas, caballos y perros.

La miré sonriendo.

Ella me pasó la mano por el pelo.

Saldrás de ésta.

Luego se fueron a la habitación contigua con el guarda. Oía la voz del farmacéutico a través del tabique.

Ha sobrevivido al accidente, ha reaccionado bien a la operación, pero las heridas se le acabarán infectando. Es inevitable. Va a necesitar muchos antibióticos y analgésicos, y nuestras reservas son limitadas.

Se preguntaban quién se ocuparía de mí. Mis tíos, sin duda. Con la avería, todo el mundo estaba desbordado. Había tanto por hacer... ¿Qué otra persona tendría tiempo de ocuparse de un herido grave, de curarlo, de alimentarlo, de lavarlo?

Bajaron la voz y perdí el hilo de la conversación.

Unos días más tarde tenía las piernas hinchadas y las heridas estaban tan sensibles que apenas conseguía respirar. Estaba entumecido y sudoroso. Había que ayudarme para todo. Se iban turnando junto a mi cama. Y se tapaban los oídos para no oír mis lamentos febriles.

Dos veces al día, la veterinaria aparecía para ponerme unas inyecciones.

Eso me daba unas horas de tregua, antes de que volviera el dolor y me nublara la vista.

Lo sabía, suspiraba el farmacéutico, sabía que terminaríamos dándole todas nuestras medicinas.

Con las pastillas y las inyecciones conseguía conciliar el sueño, pero al abrir los ojos no sabía si había dormido unos minutos, unas horas o varios días. La mayor parte del tiempo soñaba que me sujetaban en el suelo y alguien me cortaba las piernas. A hachazos. Y no era una pesadilla. De repente me sentía liberado.

Mis tíos y mis tías acudían con frecuencia a visitarme. Aunque a mi alrededor todo fuera un teatro de sombras, los oía hablar, contar historias y algunos chistes. Un día, me explicaron que no podrían esperarme. Era temporada de caza. Muchas familias se habían marchado ya al bosque. La electricidad no volvía, y había que asegurar las reservas de comida antes del invierno.

Nos vamos al campamento de caza, me anunciaron, regresaremos dentro de unas semanas con carne, mucha carne. Nos habría gustado que vinieras con nosotros, pero es imposible. De aquí a entonces, no te preocupes, estás en buenas manos. Nos han prometido que cuidarán de ti. Y tú tienes que concentrarte en tu recuperación.

Me dijeron adiós uno a uno y se fueron. Habría querido retenerlos.

Más tarde, un pequeño grupo entró en mi habitación. El guarda, la veterinaria y el farmacéutico figuraban entre ellos. Alguien tomó la palabra para decir que era impensable que me quedara allí, en aquella casa. Sentía las miradas recorriendo las paredes a mi alrededor, deslizándose por el suelo y desapareciendo por sus rendijas. Nadie quería un lastre adicional. Quizá tendrían que haberme abandonado a mi suerte, atrapado bajo el coche. La veterinaria rompió el silencio y se ofreció para hacerse cargo de mí hasta que volviera mi familia. El farmacéutico la contradujo en el acto.

Es absurdo, no podemos llevarlo a casa. Hemos hecho lo que hemos

podido. Tenemos que atender a los otros enfermos.

El guarda se había acercado como si quisiera hacer una sugerencia. Pero no dijo nada.

Puedo solucionar su caso, prosiguió el farmacéutico. Nos quitaría un peso de encima a todos. Ya veis que sufre un martirio.

La veterinaria miraba fijamente al guarda, que se había quedado en medio de la estancia. Fue en ese momento, creo, cuando él mencionó al viejo que se había instalado en la casa que había en lo alto de la cuesta.

Ya sabéis, el anciano que llegó aquí a principios de verano. Tenía el coche estropeado y buscaba un mecánico. Luego se produjo la avería y no pudo volver a irse. Lo vemos de vez en cuando, cada vez que baja al pueblo. Ya sabéis, siempre que se le pregunta, repite que tiene que regresar a la ciudad, que su vecina va a venir a buscarlo cualquier día de éstos. Sin embargo, no ha venido. En el fondo, nadie se cree realmente lo que cuenta, pero todo el mundo sabe que no les pone pegas a las raciones que le damos. Me lo crucé el otro día, cerca de la iglesia. Estuvimos hablando un rato. Es obvio que es mayor, pero tiene pinta de estar en forma, ya me entendéis. Y mucho más lúcido de lo que parece.

¿Él?, se extrañó el farmacéutico. Intentó robar una camioneta no hace mucho. Lo sorprendí mientras forzaba la puerta. Hizo como si nada, como siempre. Es un viejo taimado. Pero por qué no. Podríamos confiarle a nuestro herido.

## Cuarenta y cinco

Esta mañana, como cada mañana, Matthias hace sus ejercicios. Con la concentración de un brujo, efectúa una serie de posturas extrañas, largos estiramientos, contracciones bruscas. A veces también mantiene la misma posición durante varios minutos. Su inmovilidad es poderosa, subterránea. Pero, por lo general, encadena los movimientos inspirando profundamente. Se inclina, se levanta, se contorsiona. Sus gestos son amplios y flexibles. Cuando espira, se oye con claridad la fuerza de su diafragma. Parece que estuviera luchando, con una lentitud extrema, contra un extraño, un oso, un monstruo. Entonces, de manera imprevisible, para del todo, se incorpora con aire de victoria y empieza su jornada.

Ha amanecido hace un momento, pero el sol apenas se eleva por encima del bosque. Aquí y allí, los rayos perforan el entramado de los árboles. Tomo mi catalejo y exploro los alrededores. No hay ninguna huella en la nieve, aparte de los pesados pasos de Matthias y de los saltos furtivos de las ardillas. El resto de los animales ha regresado a las profundidades del bosque. Pueden así centrarse en sobrevivir, al abrigo de las miradas.

Matthias prepara el café. Como ya no nos queda mucho, mezcla dos cucharadas de borra con una de café fresco.

Eso era lo que estaba haciendo cuando me trajeron aquí. Me acuerdo sorprendentemente bien del olor que reinaba en la estancia. Al abrir la puerta, Matthias se encontró de frente con la veterinaria bajo la lluvia. Tras ella, el guarda y el farmacéutico me transportaban en una camilla. Invitó a entrar a todo el mundo y les ofreció café.

La fiebre y los antibióticos me tenían sumergido en un estado letárgico que no pertenecía al sueño. Estaba en una especie de vigilia pasiva, a medio

camino entre el coma y el sueño lúcido. No me movía, no hablaba, pero lo oía todo.

¿De quién se trata?, preguntó primero Matthias inclinándose sobre mí.

Es el hijo del mecánico, respondió la veterinaria. Ha tenido un accidente de coche.

El guarda inspeccionó la estancia. Había una estufa de leña, una mecedora, una mesa, un diván. También habían colocado una cama individual cerca de la ventana.

No está usted mal aquí, observó.

La casa estaba abandonada cuando llegué. Arreglé esta parte mientras esperaba.

¿Mientras esperaba qué?

Matthias vaciló por un instante.

Mientras esperaba a mi vecina, dijo al fin. Está tardando, pero va a venir a buscarme. Estoy seguro. Ella sabe que debo regresar a la ciudad. Lo entiende.

El guarda se frotó el mentón.

Hace mucho tiempo que dice usted eso, ¿no? ¿Por qué tantas ganas de volver a la ciudad? En condiciones normales está a más de ocho horas en coche y, ya sabe, con la avería, uno no se desplaza como quisiera. Hay cortes de carretera por todas partes, milicias, maleantes. Por lo visto, en la ciudad reina el caos. Hay accidentes en cada intersección, saquean las tiendas, la gente huye. Puede que su vecina haya tenido un contratiempo, concluyó el guarda midiendo sus palabras.

Va a venir, afirmó Matthias, va a venir.

¿Y si no viene? ¿Qué piensa hacer usted? ¿Robar una camioneta?

Matthias mantenía los ojos fijos en el fondo de su taza de café.

No queda gasolina en ninguna parte, ya lo sabe.

Tengo que volver a la ciudad, reiteró Matthias.

Creo que entonces se quedaron un momento sin decir nada, como si la conversación hubiera llegado a su fin. El guarda retomó la palabra.



Aquí hemos tenido suerte. Nuestro pueblo está al abrigo, en medio del bosque. La avería complica las cosas pero, al menos, todo está bajo control. Vigilamos la entrada del pueblo, hacemos acopio de provisiones, nos ayudamos los unos a los otros.

Matthias no reaccionaba, esperaba la segunda parte.

Mire, algunos vecinos hablan de organizar una expedición si persiste la avería. Está claro que hay que entrar en contacto con el resto del mundo. Irían por los pueblos de la costa, luego a la ciudad. Hay más de uno que desea reunirse con los miembros de su familia que están allí. Es normal, ya sabe, después de tanto tiempo sin noticias de nuestros seres queridos.

El guarda hizo una pausa y lanzó una mirada rápida en mi dirección. Me acuerdo de que, en ese momento, la bruma de las medicinas me obligaba a concentrarme para seguir lo que ocurría a mi alrededor.

Tengo una propuesta que hacerle, continuó el guarda: usted se ocupa de él y nosotros le reservamos sitio en el convoy que saldrá para la ciudad. Hasta entonces, tendrá derecho a ración doble. Eso debería permitirle aguantar el tirón. Y no tendrá que volver a bajar al pueblo, yo se la traeré.

Matthias miraba por la ventana.

Tengo que regresar a la ciudad antes del invierno.

Lo entiendo, concedió el guarda, pero lleva su tiempo organizar una expedición como ésta. Hay que conseguir la gasolina, la comida, el equipo... Hay que pensar en la seguridad, planear bien la ruta. Y nadie quiere que lo sorprenda el invierno, ya lo sabe, sobre todo sin quitanieves que abran las carreteras.

Entonces, ¿la partida para cuándo está prevista?

Para esta primavera.

¿Esta primavera?, se desanimó Matthias.

Sí, esta primavera. En cuanto los caminos estén practicables.

Eso es demasiado tarde, se quejó Matthias. ¿Cómo lo voy a hacer?

Aguardará y cuidará de él. Ésa será su contribución. Y tendrá su sitio en el

convoy.

Está malherido, masculló Matthias observando las férulas.

Sí, pero se pondrá bien.

¿Usted cree?, insistió Matthias alzando las cejas.

La veterinaria quiso intervenir, pero el farmacéutico le indicó con un gesto que esperara. Matthias iba y venía por la habitación.

¿Y para la leña?

Yo me encargo, aseguró el guarda. Le traeré todo lo necesario.

Matthias reflexionaba.

Todas las semanas vendré a dar una vuelta, terminó diciendo la veterinaria, para echarle una mano y ver cómo evoluciona.

Matthias asintió con la cabeza.

Colocadlo ahí, dijo a regañadientes, señalando la cama junto a la ventana. Yo dormiré en el diván.

El guarda y el farmacéutico obedecieron al instante.

Acérquese, sugirió la veterinaria, vamos a cambiarle las vendas juntos, así sabrá cómo proceder.

El farmacéutico sacó un rollo de gasa, el maletín de primeros auxilios y las cajas de comprimidos. Durante ese tiempo, el guarda se sentó en el taburete de la entrada y se encendió un cigarrillo.

¿No habla?, preguntó Matthias.

La verdad es que no, respondió el guarda. Ya sabe, con el accidente y los medicamentos, es normal. E imagino que la muerte de su padre le ha afectado bastante. En fin, eso creo. Dele un poco de tiempo.

Cuando la veterinaria se aseguró de que Matthias había comprendido sus instrucciones, volvieron a cerrarme las férulas y tiraron las vendas sucias por la boca de la estufa.

Si se quedara sin pomada, añadió, puede ponerle azúcar en las heridas. Eso absorberá la infección. Pero, sobre todo, no se olvide de darle los antibióticos.

También le dejamos pastillas para el dolor, especificó el farmacéutico. Eso debería hacerlo callar si se quejara demasiado.

El guarda dio las gracias a Matthias e invitó a sus dos camaradas a salir. Cuando se disponía a su vez a franquear el umbral, Matthias lo retuvo poniéndole la mano en el hombro.

¿Y si no sale de ésta?

Vaya a buscarnos lo más rápido posible. Pero no lo olvide, la vida de este hombre está en sus manos.

Haré lo que pueda, balbuceó Matthias, confundido.

Todo va a salir bien, no se preocupe. Volveré dentro de unos días con la leña y los víveres.

¿Y cómo se llama usted?, preguntó Matthias. ¿Cómo ha dicho que se llama?

Joseph. Ella es Maria, y el otro es su marido, José, declaró señalando a la veterinaria y al farmacéutico.

Cuando Joseph se hubo ido, Matthias permaneció largo rato bajo el marco de la puerta.

Maria, sí, eso es, se llama Maria, pensé antes de que la confusión me venciera de nuevo.

## Cuarenta y cinco

Estoy solo en la habitación. Matthias ha salido con las raquetas. Tiro de la vieja colcha que me cubre los pies. Al final de la cama, a kilómetros de distancia, mis dedos asoman amoratados, pero rebullen.

El dolor todavía me tortura aunque, al menos, los episodios de fiebre han quedado atrás. Ya no me despierto sobresaltado, con la respiración entrecortada, sin saber dónde estoy. Ahora reconozco la habitación, la ventana de al lado de mi cama y el rostro de Matthias. Cuando abro los ojos, sé dónde me encuentro, quién soy y lo que me espera.

Al poco de llegar aquí, me subió la temperatura y empecé a castañear los dientes. Matthias me velaba junto a la cama. Me reemplazaba los vendajes y me cambiaba las sábanas empapadas de sudor. Me enjugaba la cara y el cuello y me aplicaba compresas de agua fría por el cuerpo. También me hablaba. No recuerdo qué me decía, pero me contaba todo tipo de cosas, historias, aventuras. Parecía la odisea de un hombre hostigado por un dios furioso al intentar volver a casa tras veinte años de ausencia. Por la mañana interrumpía su relato y se iba al diván a echar una cabezada. Cuando volvía a levantarse, algo más tarde, me sostenía la cabeza, me daba de beber y hacía que me tragara unas pastillas. Había de todos los colores. Durante el día, yo luchaba contra un abismo invisible. Por la noche, dormía con los ojos abiertos. Como los muertos.

Lo más frecuente era que soñara que estaba corriendo, que corría a toda velocidad por los meandros de un laberinto. Allá donde fuera, había un hilo rojo en el suelo y una bestia me estaba persiguiendo. No la veía, pero estaba allí, detrás de mí. Oía claramente los resoplidos de su respiración y el ruido

de sus pezuñas. Me pisaba los talones. Sus colmillos cortaban el aire para arrancarme las piernas. Y yo seguía corriendo. Soñaba sin mirar atrás.

En el punto álgido de la fiebre creo que perdí la conciencia, porque me acuerdo de haberme despertado, jadeante, en los brazos de Matthias. Estábamos fuera, bajo el aguacero. El cuerpo me ardía y el agua fría me ayudaba a volver en mí como si me hubieran metido en un baño de hielo. Cuando recobré el sentido, Matthias alzó la cabeza al cielo como si él también acabara de salvarse. La lluvia corría por su rostro y los cabellos se le pegaban a la frente. A continuación, me incorporó y cargó conmigo hasta el interior. A duras penas. Porque estábamos chorreando y yo casi no conseguía agarrarme a su cuello. Cuando me dejó sobre la cama, me sentía tan débil que me parecía estar hundiéndome en las mantas. Matthias, de pie y encorvado hacia delante, se apoyaba en las rodillas para recuperar el aliento.

Durante los días que siguieron, la fiebre terminó por bajar y mi estado se estabilizó. Aún no sentía nada, salvo una ligera sensación de hormigueo. Luego, un dolor vivo, punzante, se adueñó de mí, como si miles de clavos me estuvieran perforando la piel desde el interior, atravesándome la columna vertebral, clavándose en las palmas de las manos y en los pies y remachándome a la cama. Un dolor negro y glacial que me hacía temer que no volvería a andar jamás.

Los analgésicos que me daba Matthias reducían el sufrimiento, pero el efecto duraba sólo unas horas, de modo que, de cuando en cuando, me masajeaba las piernas. Se sentaba en mi cama, retiraba la gasa empapada, me limpiaba las heridas y me friccionaba los muslos, las pantorrillas, los pies. A mí no me gustaba que me amasara así, como al pan negro, pero él prestaba mucha atención y cuidados a mis heridas. De masaje en masaje, la hinchazón se reabsorbía e iba teniendo menos frío.

Los dedos de mis pies continuaban despertándose en el otro extremo del cuerpo. Creo que los huesos se me están soldando de nuevo, poco a poco, que las heridas se empiezan a cerrar y que la penicilina cumple con su cometido.

Por el contrario, el dolor es tenaz, constante, infatigable. Me destapo las piernas de un solo movimiento. Han improvisado las férulas a partir de unos listones de madera a los que les han clavado unos cinturones a modo de correas. En uno de los listones se observan marcas de sierra. En el otro, la huella de una bisagra extraída a martillazos. Parezco un monstruo de tablillas de madera, pernos y carne remendada. Pero mejor eso que nada.

Los hospitales están lejos. Tanto en el espacio como en el tiempo.

## Cuarenta y siete

Son las últimas horas de la tarde. Cuando ha vuelto de su paseo, Matthias ha reavivado el fuego y se ha ido al otro lado, en busca de un libro. Matthias lee mucho y, puesto que no manifiesto ningún interés por los libros que deja al lado de mi cama, me cuenta algunas historias. Como la de los dos vagabundos aquellos que discutían junto a un árbol esperando a alguien que nunca llegaba.

Cada vez que pasa del otro lado, una corriente de aire se cuela por la puerta entreabierta. Y, cada vez, esa bocanada de aire frío me saca de mi sopor. Entonces estiro el cuello para observar el interior de la vivienda inmensa y sin vida en la que nos encontramos. Pero lo único que alcanzo a ver es un pasillo oscuro con una luz al fondo.

Vivimos en el anexo de una gran casa, en la cocina de verano: una veranda con una estufa y un gran ventanal orientado hacia el sur. Cuando el cielo está despejado, la luz entra a plomo y calienta la estancia. Sin embargo, en cuanto el sol se oculta detrás del horizonte, hay que llenar de leña la estufa. Aunque muestra signos de fatiga, como algunas marcas circulares producto de las humedades, se nota que la habitación ha sido acondicionada con esmero. Las molduras están decoradas con rosetas. El suelo es de madera. En las paredes, incluso, se adivinan los lugares en los que hubo cuadros colgados.

En el centro de la cocina de verano hay una trappilla. Da a las tuberías. Matthias la utiliza de fresquera. Ahí almacena la carne, las verduras y todo aquello que se necesita guardar al fresco o proteger de la congelación.

El techo lo atraviesan unas anchas vigas de madera que siguen una ligera inclinación. En verano, me imagino que la lluvia debe de repiquetear en la chapa del tejado con un redoble de tambor que recuerda a la cabina de los

coches, a la ingravidez de los trayectos largos. Pero, por ahora, la nieve se acumula sin hacer ruido. Cuando prestamos atención, sólo oímos el crujido de las vigas sobre nuestras cabezas.

Matthias aparece en el vano de la puerta. Como un explorador en la proa de un navío.

Adivina lo que acabo de encontrar, pregunta con entusiasmo.

Durante un instante, la puerta permanece abierta tras él. El pasillo se hunde en la penumbra y parece desembocar en una sala espaciosa. Imagino que se trata de una casa de techos altos, grandes estancias y numerosos pasadizos, una especie de laberinto en el que algunas de las habitaciones serán comunicantes y otras no tendrán salida. Una escalera ancha debe de llevar a la planta de arriba. Probablemente también haya una araña sobre la mesa del comedor, una biblioteca imponente y una chimenea de piedra en el salón. Algo es seguro: es una casa demasiado grande para nosotros. Una casa imposible de calentar sin agotar nuestras reservas de leña en tan sólo unas semanas y morir de frío a continuación, después de haber quemado todos los muebles.

Bueno, ¿adivinas lo que es?, insiste Matthias.

Me mira fijamente esperando una respuesta que no llega.

Es un ajedrez, dice suspirando. Pensaba que te gustaría.

Con un golpe de cadera vuelve a cerrar la puerta. Los dédalos del otro lado desaparecen tal y como aparecieron, y las paredes de la veranda se estrechan sobre nosotros.



## Cincuenta y seis

Se ha levantado viento con la caída de la noche. Las ráfagas sacuden la veranda. Está nevando. Oigo los copos precipitarse contra el cristal, como pájaros engañados por los reflejos.

Por este lado de la ventana oscura veo mi rostro. Una extensa mancha de sombra, los ojos azorados, el pelo graso, la barba hirsuta. Y, bajo las mantas, el relieve plano de mi cuerpo tendido, delgado, inútil.

Matthias está en la mecedora. Repara las correas de una de sus raquetas. La lámpara de aceite se agita. La pantalla de cristal ha empezado a tiznarse lentamente. Habría que cortar la mecha, pero Matthias no reacciona. Su tarea lo tiene absorto.

Hemos comido. La vajilla está limpia, el suelo barrido, la leña apilada. Todo está en orden. No sé cómo lo hace. Las horas se confunden, los días se repiten y Matthias siempre está en marcha. Nunca se detiene. Jamás, en verdad, salvo a veces para leer. De sol a sol, se afana, limpia, cocina. Se atarea con calma, sin darse prisa, como la nieve al caer. Hace bien. Hay que mantenerse ocupado. El invierno ruge, la avería eléctrica nos transporta lejos en el tiempo y la falta de ocupaciones es el peor de los peligros.

Aunque no logro aceptar mi suerte, he de sentirme afortunado por haber acabado aquí. Puede que no vuelva a caminar nunca, que haya perdido el gusto de la palabra, pero sigo vivo. Al menos, de momento.

Mientras reacomoda una de las correas de cuero, Matthias me observa de reojo.

¿Sabes?, durante las grandes guerras, hubo algunos reclutas que se negaron a unirse al ejército, me dice. Algunos se casaron deprisa y corriendo y otros, como mi padre, prefirieron esconderse en el bosque hasta que se

olvidaran de ellos. La opción del bosque, sin embargo, no era la más sencilla. Los inviernos de aquella época eran todavía más crudos que los de ahora. Y los cazarrecompensas escrutaban con paciencia los alrededores de los pueblos, en busca de la más mínima señal de vida: un tiro de fusil, una columna de humo, un sendero inusual trazado en la nieve. La justicia militar recompensaba generosamente la denuncia o cualquier información que ayudara a localizar y perseguir a los desertores. Pero, la mayoría de las veces, las comunidades los apoyaban en secreto. Les dejaban víveres en lugares estratégicos. Los pobres hombres iban por la noche a recogerlos, sin llamar la atención, y regresaban a las montañas a seguir con su supervivencia encarnizada. Incluso en lo más profundo del invierno, esperaban a que cayera la noche para hacer fuego y, aun así, en las noches claras era más prudente no reavivar las brasas del día anterior. Ocultos en sus refugios, aquellos jóvenes se ocupaban como podían y pasaban muchas horas mirando el bosque cernirse sobre ellos. Remendaban sus ropas, jugaban a las cartas y sacaban brillo a sus armas de caza. En ocasiones, la tensión aumentaba entre ellos y miraban a sus compañeros con desconfianza cada vez que cambiaba el turno de guardia. Pero sabían que dependían los unos de los otros. Para sobrevivir, estaban obligados a afrontar juntos el frío, el hambre y el aburrimiento. De modo que enseguida comprendieron que la tarea más importante era, sin discusión, la de contar historias.

Todavía ventea. Las borrascas resquebrajan el relato de Matthias y hacen que crujan las paredes de la veranda.

Resistentes o desertores, lo mismo da, prosigue Matthias. Estaban todos obligados a pasar el invierno guarecidos, escondidos en medio de la nada, y a dosificar sus energías en espera de la primavera. La liberación de la primavera. Con un tipo como tú, vuelve a la carga, no habría funcionado. Nos habrían descubierto o nos habríamos matado el uno al otro. Nadie puede sobrevivir junto a alguien que se niega a hablar.

## Cincuenta y seis

Me despierto. El sol está ya alto y el frío ha lustrado la nieve. Es cegadora. He dormido mal esta noche, tenía punzadas en las piernas y el dolor me oprimía los huesos.

De rodillas delante del barreño de plástico, Matthias lava nuestra ropa. La frota vigorosamente con jabón y la cuelga de la cuerda de tender que hay encima de la estufa.

Matthias me exaspera. No sólo es un hombre infatigable, sino que también tiene una agilidad sorprendente. Se agacha, se levanta de nuevo y gira sobre sí mismo como si la edad fuera sólo un disfraz. Cuando algo se le cae, lo normal es que lo recoja antes incluso de que toque el suelo. Sus movimientos son elásticos y enérgicos. Lentos a veces, pero siempre elásticos y enérgicos.

A menudo trajina sin decir nada; también a veces habla demasiado. Cuando me cambia las vendas, cuando atiza el fuego, cuando remueve la sopa, cuando friega los platos, charla, parlotea, recita. Si nunca le contesto, quizá sea porque está todo el tiempo pensando en voz alta.

Él se crio en un mundo sepultado bajo las labores y los días, cuenta a menudo. Justo antes de las grandes guerras. Las calles de su pueblo eran todas de tierra. Las casas estaban pobladas de niños que calzaban las botas agujereadas de sus hermanos mayores. La vida entera giraba alrededor del trabajo duro y de varias oraciones.

Eran otros tiempos, retoma esta vez. Solía escaparme del alboroto familiar para ir a ver al herrador de enfrente martillar el metal y hablarles a los caballos. Cuando me concentro, todavía soy capaz de oír su voz cascada y de percibir aquellos olores a cuerno quemado, fuego y hierro. Era el único lugar que me permitía creer en otra cosa. Como si cada animal recién herrado

podiera llevarme a alguna parte, lejos de allí. Mis padres murieron jóvenes enterrando su época consigo; yo heredé la casa, y el pasado se fue difuminando poco a poco. Ya no había llamas en el corazón de la fragua. Los periódicos celebraban el futuro y las nuevas promesas apretaban el paso. A unos kilómetros de allí, despuntaba la estructura ósea de la ciudad. Los sueños brotaban por todas partes en los penachos de humo: se hablaba de iluminar las calles, de excavar túneles, de construir edificios más altos que los campanarios. Nacieron mis hijos, los campos se cubrieron de adoquines, la iglesia desapareció detrás de los bloques de pisos. La casa familiar se fundió con los meandros de las intersecciones, las autovías y los paneles publicitarios. Todo alrededor, las grúas se ensañaban con el horizonte y un denso perfume de asfalto planeaba sobre los tejados; en las calles, el vientre de la ciudad se abría y se cerraba sin descanso. Desde mi balcón se oía el canto de las sirenas. A veces veía el destello de las luces pasando en tromba, a veces no. Eran problemas lejanos, anónimos. Luego, nuestros hijos se marcharon y la casa se volvió muy grande y muy vacía. Las habitaciones rezumaban cada vuelta de reloj. Mi mujer y yo nos quedamos solos, contemplando las obras interminables, la frente sudada de los trabajadores y el chirrido de las palas mecánicas, que se desplegaban como animales poderosos y dóciles. Me acuerdo del polvo que flotaba en los rayos de sol. Cuando los nietos venían a casa, era toda una fiesta. Mi mujer resplandecía de alegría. Incluso después de más de cincuenta años de vida en común, no me cansé nunca de su belleza, de sus encantos, de su gracia. Pero el tiempo es retorcido. Y mi mujer empezó a depender cada vez más de sus puntos de referencia. Comenzó a fallarle la memoria, y la voz se le perdía en las digresiones de las frases. Se sumió en un silencio irritado, confuso. Sus gestos se volvieron bruscos. La mirada se le inundó de duda. Yo ya no sabía quién de los dos había dejado de reconocer al otro. Y luego, un día, se cayó en el cuarto de baño y sentí el final muy cerca. Llegó la llamada de teléfono, la espera y la ambulancia. Se la llevaron a unas manzanas de casa, a un

edificio hecho de ascensores y pasillos. Todos los días iba a visitarla. Pronto sus pupilas palidecieron y ya nada pareció importarla. Volvió a sonreír, no manifestaba ninguna intención de volver de su isla encantada. Sabía que yo estaría allí, cerca de ella, cada día. Cada día. Con la edad y el cansancio, la cronología de las cosas se confunde. Y desconfiamos más de nuestros recuerdos que del olvido. Yo necesitaba una pausa. Necesitaba un respiro. Así que me fui una semana con mi viejo coche. Conducir y ver el país. Ver el país y conducir. Dar una gran vuelta y regresar junto a mi mujer con la cabeza despejada. Al cabo de varios días, se me averió el coche en medio del bosque. Caminé hasta aquí en busca de un mecánico. Luego, cortaron la electricidad. Al principio creí que mi vecina vendría a buscarme. Eso fue lo que me dijo cuando hablamos por teléfono. De acuerdo, salgo esta misma noche, estaré allí mañana. Pero después de unos días seguía sin llegar. Y las líneas telefónicas ya no funcionaban. La esperé aún durante un tiempo. No lo entiendo: es una persona de toda confianza. Desesperado, traté de robar una camioneta, pero no sabía lo que había que hacer. De todas formas, la gente ha vaciado los tanques y custodia con celo sus reservas de gasolina. No tenía salida. De modo que me instalé aquí. Y, una tarde, la trampa se cerró del todo. Me trajeron a un joven lisiado y febril. Eras tú.

Matthias continúa arrodillado delante del barreño, entre una pila de ropa y un cubo de agua. Sobre su cabeza, colgando de la cuerda de tender, los pantalones, las camisas, los calcetines y la ropa interior parecen andrajos cuidadosamente dispuestos.

Mi mujer me está esperando, explica parando de frotar, está esperando que vaya a verla. Todos los días espera que vaya a verla. Se lo he prometido. Tengo que regresar a la ciudad. Tengo que volver junto a ella. No tengo otra opción. Se lo prometí. Le prometí que nunca la abandonaría. Que moriría con ella.

A Matthias le tiembla la voz. Creo que va a echarse a llorar.

Mira, dice sacándose una foto del bolsillo, es ella.

Sin saber muy bien cómo reaccionar, cojo mi catalejo y escruto el paisaje inmóvil. El medidor de nieve indica lo mismo que la víspera.

## Cincuenta y seis

Hoy el día se ha cubierto y los árboles se han apiñado unos contra otros. El barómetro apunta hacia abajo. Una tormenta, quizá. Es difícil de decir; cuando el cielo se oscurece siempre imaginamos que se prepara una tormenta. Entretanto, los herrerillos pían bajo los árboles. Cuando aparece un arrendajo, huyen precipitadamente. En cuanto se va, vuelven uno tras otro.

Matthias me trae un cuenco de sopa, una torta de pan negro y varios comprimidos. Se sienta a la mesa y se recoge un instante, durante el cual tomo un primer bocado. Después de la comida, hace recuento de víveres plantado delante de la trampilla de la fresquera durante largos minutos. A continuación, me instala en el diván para cambiar las sábanas de mi cama. Me alza sujetándome por las axilas. Mientras me traslada, mis piernas se balancean de un lado a otro, como las de un títere.

Desde el diván, observo la silueta de Matthias a contraluz delante de la ventana. Cuando levanta los brazos, la sábana se hincha en el aire para caer de nuevo a cámara lenta. Parece un paracaídas de emergencia. También lo oigo rumiar, murmurar, rechinar. Creo que se dirige a mí, pero apenas vocaliza, y me da la impresión de que las palabras se le quedan enganchadas entre los dientes. Curiosamente, a medida que se me cierran los párpados por el efecto de los medicamentos, se diría que su voz se aclara. Como si me hablara mientras duermo y sus frases se mezclaran con mis sueños. Como si tratara de entrar en mi cabeza. O de hechizarme.

Antes de la nieve, no querías tragar nada, y ahora bien que comes como una lima, como un puerco. No sabes la de veces que he temido que la fiebre se te llevara. Pero siempre sales del paso. Eres mi obstáculo, mi contratiempo. Y mi billete de vuelta. Por mucho que parezcas de hielo, sé que

te aferras a mis palabras desesperadamente. Puede que aguantes bien el dolor, pero tienes miedo de lo que venga después. Así que te cuento cosas. Lo que sea. Fragmentos de recuerdos, memorias, mentiras. La cara siempre se te ilumina. No mucho, pero algo sí. Por las noches, te hablo también de lo que leo. A veces durante largo rato, hasta que el alba toma el relevo. Como este libro que acabo de terminar, en el que las historias se intercalan y se prolongan, una y mil veces, de una noche a otra. Yo vengo de otro mundo, de otra época, ya lo sabes, es evidente. Nos separa más de una generación, y cualquiera diría que eres tú el viejo huraño y obstinado. Los dos vivimos en medio de las ruinas, pero a mí la palabra no me paraliza como a ti. Es mi trabajo de supervivencia, mi mecanismo, mi desesperación luminosa. ¿Acaso tratas de medirte conmigo? ¿Me estás retando? No darías la talla. Quédate en silencio. Más todavía, si puedes; me da lo mismo. Estás a mi merced. No tengo más que adoptar tu juego, no volver a decirte nada, para que desaparezcas poco a poco entre los pliegues de las mantas. Estás deseando que pase el tiempo, pese a que el tiempo te horroriza. Te gustaría curarte sin ayuda de nadie, pero nunca lo lograrías. Estás ahí clavado. Caminas por un abismo. Hasta los movimientos más sencillos te son imposibles. Reniegas de tu destino. No eres capaz de hacerte a la idea de que tu cuerpo, en la flor de la vida, esté roto, triturado. No te fías, lo sé, aunque has aprendido a aceptar los cuidados que te doy. Y me tienes envidia. Porque yo estoy de pie. Compruébalo tú mismo, si me oyes. A mí las piernas me sostienen. Mira, tengo más de dos veces tu edad y todavía me sostienen.

Matthias hace una pausa. Oigo que se da la vuelta y camina hacia mí.

Desde que ha empezado a nevar, los vestigios de la fiebre te hacen gemir, murmurar, soltar retazos de frases. No es una conversación, pero me quedo con lo que me das. A mi edad, las artimañas ya no pueden conmigo. La imaginación es una forma de valentía. Mira, mira de nuevo, mira bien, está nevando sin que nos demos cuenta y el tiempo pasa. Pronto, y digo pronto por no decir más tarde, mucho más tarde, conseguirás levantarte, te apoyarás



en mí para poner un pie delante del otro e irás solo de la cama al diván. Del diván a la mecedora. Luego, de la mecedora al borde de la estufa. Clavarás la mirada en la puerta un poco más cada día. Sopesarás tus palabras sin pronunciarlas. Calcularás el espesor de la nieve maldiciendo el encanto de las tormentas. Evaluarás el estado de tus heridas, la amplitud de nuestra soledad, la pereza de la primavera y nuestras reservas de comida. Me escucharás hablar sin que yo lo sepa y no entenderás cómo escapaste de la muerte. Pronto, y digo pronto por no decir ahora, ya mismo, dejaré de tener fuerza para luchar por dos. Dejaré de poder esconderme tras la lentitud de mis movimientos o unas cuantas esperanzas completamente infundadas. Pero disimularé. Y seguiré creyendo en tu curación, en los días que se alargan y en la nieve derritiéndose. Reavivaré una y otra vez las chispas de la fragua, los cambios de la ciudad y la risa de mi mujer. Te contaré muchas otras cosas; me las inventaré si hace falta. No queda más remedio. Es la única forma de afrontar lo que nos espera. No te preocupes. Aquí voy a estar. Me encargaré de ti. Todo irá bien. No te preocupes, disimularé. Tampoco hay diez mil maneras de sobrevivir.

## DÉDALO

*O esperamos a que los días y las noches acaben con nosotros, o nos hacemos unas alas y escapamos volando. Basta con fijarnos unas plumas a los brazos con cera. Para despegar, sólo tendremos que tomar impulso. Después ya nada podrá retenernos. Pero, antes de partir, escúchame bien. Si vuelas demasiado bajo, la humedad lastrará tu plumaje y te estrellarás contra el suelo. Si vuelas demasiado alto, el calor del sol te desintegrará las alas y caerás al vacío.*

## Sesenta y dos

Desde ayer no sopla ni una pizca de viento y nieva en gruesos y pesados copos. Los carámbanos continúan cayendo muy juntos, en paralelo. Apenas se distingue el medidor de nieve. Las huellas que ha dejado Matthias durante los últimos días se han cubierto por completo. Todo se halla sumido en un silencio algodónado. El único sonido procede de las llamas que lamen las paredes de la estufa y de Matthias, que estira la masa para las tortas sobre la encimera.

Llaman a la puerta.

Matthias se vuelve sacudiéndose la harina de la ropa y se apresura a abrir. Entra un hombre cubierto de nieve, chorreando. Deja en el suelo el saco que lleva a la espalda y se sienta en el taburete de la entrada. Se quita la ropa de abrigo mientras recupera el aliento. Reconocemos su rostro sin sorpresa, la barba y la frente de entradas incipientes. Es Joseph.

Matthias se alegra de verlo. No cabe ninguna duda. Le ofrece café y lo invita a acercarse a la estufa. Joseph le da las gracias, se remanga el jersey de lana y saca su paquete de tabaco. En cuanto Joseph enciende un cigarrillo, unas densas volutas de humo ascienden en el aire. Nos observa por turnos. Matthias pone agua a hervir mirando con deseo el saco que ha traído nuestro visitante; yo me incorporo en la cama lo mejor que puedo.

Entonces pregunta, tratando de disimular un pequeño rictus, ¿todo va bien?

A sus pies, la nieve se funde y gotea formando un charco ante él. Se diría que está sentado en una roca con la mirada perdida a lo lejos, en dirección a nuestra isla desierta.

## Sesenta y tres

En el pueblo, comienza Joseph, algunos pronostican que seguirá nevando todavía durante varios días. No sé cómo hacen para leerlo en las nubes, pero eso es lo que dicen. También dicen que el invierno será largo. Aunque no hay que ser adivino para darse cuenta. En cualquier caso, hay mucha nieve para esta época del año. Incluso con raquetas, se ha vuelto difícil subir hasta aquí. Ya sabéis, parece que vuestra casa se aleja del pueblo a medida que pasan los días.

Al hablar, Joseph gesticula mucho con los brazos y la ceniza del cigarrillo cae sin que él se dé cuenta.

Esta semana ha salido del bosque un grupo de cazadores. Ya no los esperábamos. Los demás hace bastante tiempo que regresaron de sus campamentos de caza. Querían evitar los rodeos inútiles, de modo que volvieron antes de que el hielo de los lagos dejara de ser lo suficientemente grueso para soportar su peso. Con la cantidad de carne de alce que transportaban, es comprensible. Abajo, en el pueblo, todo el mundo se afana en salar la carne y prepararla para conserva. Es digno de ver.

Joseph apaga la colilla y se inclina hacia mí.

Sin embargo, aún seguimos sin noticias de tu familia. En el pueblo hay quien cree que han tenido problemas y se han quedado atrapados en la nieve. Bah. Se cuentan todo tipo de historias, ya sabéis. Puede que simplemente hayan preferido pasar el invierno en el bosque, lejos de la avería y de todo el mundo. No me preocupo por ellos; las han visto peores.

Mientras Matthias nos sirve el café, pienso en el campamento de caza de mis tíos. Se encuentra a la orilla de un río, entre dos grupos de montañas. Me acuerdo de que en ese lugar el caudal es poderoso y las fosas son verdes y

profundas. Hay que cruzar en canoa. En la otra orilla, los cedros son inmensos y el suelo está cubierto de musgo. El campamento se encuentra algo retirado. Hay que seguir un sendero de raíces. Una vez que se distingue la chimenea entre los árboles, ya hemos llegado. No es muy grande, pero hay sitio para todo el mundo. Pueden pasar el invierno allí sin mayores problemas.

Ya debéis de saber, prosigue Joseph, que ha habido varias asambleas en el pueblo. A pesar de la avería, Jude se ha empeñado en conservar su cargo de alcalde. Al principio la gente no se fiaba, pero José lo ha apoyado abiertamente y todo el mundo ha terminado haciéndose a la idea. Al fin y al cabo, si nos las estamos apañando medianamente bien es gracias a Jude. Coordina los esfuerzos de todos, administra con sumo cuidado las reservas de gasolina y se asegura del correcto reparto de las provisiones, que se han almacenado en la tienda de comestibles. Ya sabéis, desde la avería, casi la mitad de los habitantes ha abandonado el pueblo. La gente se ha marchado a las localidades vecinas, a la ciudad o al bosque, ¿qué sé yo? Jude tiene razón. Irse no sirve de nada. Ni preocuparse en exceso. Hay que aguantar y pasar el invierno. Es raro, pero tengo la impresión de que la nieve ha calmado los ánimos. Casi todo el mundo estaba ahí durante la última recogida de leña. De hecho, pronto vendré a traer más.

Derrotado en la cama, maldigo mi suerte. Me habría gustado tanto participar y talar algunos árboles... En lugar de eso, estoy aquí, temblando de impaciencia, prisionero de mi cabeza y de mis férulas.

Por cierto, continúa Joseph, seguimos vigilando la entrada del pueblo pero, con la nieve que se está acumulando, me extrañaría que tuviéramos visita. Estoy contento de no tener que seguir con las rondas de vigilancia, cargando con la escopeta por todas partes. Era un peso inútil, el chisme ese. Si hay cualquier problema, las campanas de la iglesia darán la alerta. Que sirva para algo la iglesia dichosa. Entretanto, Jude nos ha pedido que inspeccionemos las casas abandonadas para reunir la comida que la gente

haya podido dejar atrás. En uno de los sótanos nos hemos topado con la cosecha del huerto: patatas, zanahorias, nabos...

Mientras dice eso, Joseph agarra el saco y lo coloca sobre la mesa. Matthias se precipita sobre él, encantado ante la abundancia de víveres.

Alguien ha encontrado también una vieja estación de radio y unos paneles solares, prosigue Joseph.

¿Habéis logrado comunicaros con otros pueblos?, lo interroga Matthias.

No. Lo hemos intentado varias veces, pero nadie sabe cómo funciona ese chisme en realidad. Sin embargo, gracias a los paneles solares, ahora podemos recargar las baterías sin necesidad de encender los generadores. Yo, por mi parte, di con una bomba de agua manual. Hemos enterrado un tubo en la nieve y por fin hemos podido extraer el agua directamente del río. También hemos hecho acopio de bombonas de gas, quemadores de *fondue*, herramientas y mantas. Hay quien se aprovecha de los registros para arramblar con todo el dinero que encuentra, como si la vuelta de la electricidad fuera a proporcionarles su momento de gloria. Incluso ha habido algunas escaramuzas, pero nadie se ha atrevido a intervenir.

¿Has traído leche?, lo interrumpe Matthias.

No, la próxima vez será. Sólo quedan doce vacas en el establo. Ya sabéis, las otras nos las hemos comido. De todas formas, habría terminado faltando heno para el rebaño a lo largo del invierno. Desde entonces, es más complicado ir a por leche. La reservamos sobre todo para los niños del pueblo. Sin embargo, a todo el que ha probado tu queso le ha gustado mucho. Algunos estarían dispuestos a hacer trueque para conseguir otro.

Matthias levanta la cabeza interrogando a Joseph con la mirada.

Como lo oyes, asegura Joseph. De verdad que te sale bien el queso. Deberías ir a ver a Jacques. Vive en la antigua tienda de caza y pesca. Es un tipo peculiar, pero siempre es el que hace las mejores ofertas. En cualquier caso, todo el mundo hace negocios con él.

Matthias lo piensa por un instante y vuelve a sumergirse en la

organización metódica de la carne, las verduras y las conservas. Joseph aprovecha para acercarse a mí.

Veo que sigues recobrando fuerzas, y eso está bien. Ahí abajo apenas me creen cuando les digo que estás recuperándote. Por cierto, tengo un regalo para ti. Hace poco fui a dar una vuelta por la antigua entrada de la mina. Llevaba por lo menos quince años sin poner los pies allí. ¿Te acuerdas? Solíamos ir mucho cuando éramos jóvenes. Me habían dicho que había gente utilizándola de refugio. Pero no había nadie. Era sólo un rumor. De todas formas, ¿qué va a hacer nadie ahí dentro, aparte de fumar a escondidas, asustar a los murciélagos lanzándoles canicas y dibujar en las paredes una especie de animales resistentes al paso del tiempo? Te acuerdas de eso, ¿verdad?

Joseph introduce entonces la mano en el bolsillo interior de su abrigo y me tiende una cajita.

Mira, también me encontré esto tirado en el suelo.

Me dispongo a abrirla y me doy cuenta de que Matthias nos observa como si nada mientras distribuye las últimas vituallas en la fresquera. En la cajita hay un tirachinas y varias canicas de acero. Lo saco, pruebo la elasticidad de la goma, sopeso una canica y la coloco en el centro de la badana. Apunto a distintos objetos de la habitación, pero no me atrevo a disparar. Joseph sonrío.

Sabía que te gustaría. Teníamos unos parecidos en aquella época. La próxima vez, veremos cuál de los dos sigue siendo capaz de dar en el blanco; ahora debo irme si quiero llegar al pueblo antes de que caiga la noche. Y, lo olvidaba, Maria me ha pedido que te diga que vendrá uno de estos días.

Mientras Joseph habla con Matthias y se abriga para salir al exterior, yo manipulo mi tirachinas pensando en mis tíos, en medio del bosque, sobreviviendo de la caza.

Joseph se despide y cierra la puerta tras de sí. De repente la estancia parece vacía. En el suelo, las huellas de sus botas centellean como una aglomeración de lagos observados al alba desde lo alto de una montaña.

Fuera, la penumbra invade la vista. Se levanta viento. Lo oímos arremolinarse en el hogar de la estufa. La nieve cae en abundancia. Los copos son tan gruesos que uno solo podría cubrir todo el paisaje. Matthias enciende la lámpara de aceite y, con los ojos brillantes, me muestra un paquete de carne sujetándolo en alto como un trofeo, como un preciado botín.

Bueno, ¿tienes hambre?



## Setenta y uno

La borrasca sacude la veranda, las paredes gimen y el silencio se fisura de un extremo a otro.

Matthias duerme. Su respiración se confunde con el silbido de las llamas que se quejan en el interior de la estufa. O con las ráfagas de viento que se concentran bajo la cornisa. No consigo dormir. Pienso en Maria, en la forma que tiene de hablarme, de reírse de mis silencios, en la delicadeza con la que sus manos me examinan las heridas, en los recuerdos que me asaltan cuando la veo. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que vino a verme. El tiempo cicatriza lo que puede, pero todavía no he ganado la partida. Aún sigo aquí tendido, contemplando cómo se suceden las jornadas y esperando que mis piernas sean capaces de sostenerme de nuevo un día. Mientras tanto, Matthias me cura y me alimenta. Soy consciente de que, en realidad, no tiene elección. Somos prisioneros el uno del otro.

En medio del temporal oigo un ruido. Creo que proviene del otro lado. Parece un pequeño animalillo recorriendo las paredes en busca de un acceso hasta la fresquera. Tal vez sea un ratón, un armiño, una ardilla. O algo más grande, no lo sé.

Me incorporo apoyándome en los codos y miro a mi alrededor, pero la oscuridad es total. Ni siquiera consigo ver a Matthias en el diván. En medio de la noche, lo único perfectamente visible son las narinas rojas de la estufa.

## Setenta y siete

La nevada ha cesado hace apenas unas horas, al final de la tarde. Desde entonces, el cielo se ha despejado y ha reaparecido la línea del bosque, límpida e imponente. Con mi catalejo examino el paisaje por si casualmente llegara alguien, pero lo único que veo son árboles cargados de nieve. Bajo las ramas, un número infinito de túneles se adentra en dirección a las montañas, sostenidos por columnas de savia tranquila. El bosque es abovedado, vasto, y está lleno de vida. Comprendo que mis tíos y mis tías se hayan querido quedar ahí.

A esta hora deben de estar charlando acaloradamente junto a la estufa de leña. En esa confusión de palabras embrolladas y exclamaciones, seguro que comparten un poco del alcohol que por precaución se llevaron para calentarse. Se cuentan cómo les ha ido el día de caza, o quizá anécdotas de otros años. Sobre todo bromean, se interrumpen, vuelven a empezar. Es así. Siempre es así. Y ese tumulto de relatos, bromas y carcajadas dulcifica sin duda el invierno.

Aquí, la nieve se acumula en silencio mientras Matthias hace la comida o la limpieza, y mi mirada se pierde en el exterior. Aquí todo gira alrededor de los días de avituallamiento y de los días de cura. Aquí nada permite que me aleje de mi cama, de mis férulas.

El agua hierve en una olla grande. Matthias se levanta y la vierte en un barreño de plástico. Deposita el recipiente humeante en una esquina de la mesa, con un jabón y una esponja, y luego se acerca a mí.

Desnúdate. Es la hora del baño.

Me quito una a una las capas de ropa que llevo puestas. Pero el tejido se me pega a la piel y permanezco cautivo de la última camiseta. Me da la

impresión de que antes de acudir a ayudarme, Matthias aprovecha para observar cómo me debato en vano. A continuación retira las mantas y me pone de costado para quitarme la ropa interior. Como es imposible sacarme los calzoncillos por las piernas debido a las férulas, Matthias los ha cortado por los lados. Esto le permite quitármelos y ponérmelos más fácilmente. Es práctico, pero me incomoda un poco.

Estoy desnudo, sentado al borde de la cama. Siento cómo se me marcan los huesos bajo la piel. Matthias arrima la mecedora y me rodea por la cintura con los brazos.

Venga, ven.

Me agarro a su cuello. Sus brazos se tensan y, estrechándome contra su pecho, me transporta hasta la mecedora. Cuando me sienta, el dolor me sube por las tibias hasta la barbilla. Intento concentrarme en las corrientes de aire que me rozan la piel. Matthias sumerge la esponja en el agua jabonosa y me la tiende.

Si Maria viene a verte en los próximos días, al menos estarás limpio, bromea.

Nos miramos un instante y luego bajo la mirada hasta las férulas. Me hacen pensar en los troncos huecos de los árboles, carcomidos por las hormigas.

Matthias suspira y niega con la cabeza.

Sabes que acabaré por conseguir que hables. De una forma u otra.

Me lavo como puedo. Los brazos, las axilas, el sexo. La esponja se temple rápidamente, y el agua se evapora sobre mi cuerpo llevándose mi calor. Me apresuro. Me lavo el cuello y la cara. Una serie de escalofríos me recorren de arriba abajo poniéndome la piel de gallina. Carraspeo para indicarle a Matthias que he terminado. Él toma entonces el relevo y me frota la espalda, los muslos, los pies. Sus movimientos son bruscos, secos, pero eficaces. Cuando ha terminado, me devuelve la camiseta y me ayuda a ponerme unos calzoncillos limpios.

Sentado en la mecedora me encuentro mejor. Todavía igual de frágil, tal vez, pero revitalizado. Matthias me ofrece un vaso de agua y varias pastillas. Tengo la impresión de que no son del mismo color que siempre. Me da igual. Las cojo y me las trago de golpe.

Antes incluso de volver a colocarme en la cama, Matthias aprovecha el agua caliente para lavarse a su vez. Con el rabillo del ojo veo cómo se desabrocha los zapatos, se desabotona la chaqueta y se quita el pantalón. Me da la espalda. Iluminado por la luz oscilante de la lámpara de aceite, su silueta parece diáfana. Pese a que la anchura de sus hombros es imponente y sus movimientos son más enérgicos que los míos, le cuelga la piel por debajo de los brazos, tiene las nalgas caídas y se le marcan las vértebras en la espalda. Lo observo frotarse el cuerpo huesudo con energía, enjuagarse corriendo y volver a vestirse. El tintineo de la hebilla de su cinturón resuena en la estancia. Cuando se inclina delante del espejo para recolocarse el pelo, se queda paralizado ante su reflejo por un instante. Oigo que murmura algo, pero no consigo descifrar los sonidos que emite. Podría tratarse de una oración, de un encantamiento o de unos sollozos.

Cuando se da la vuelta, cierro los párpados y relajo los músculos del cuello, como si llevara un rato durmiendo.

Matthias da unos pasos hacia mí.

Vas a ver, dentro de un momento, con los somníferos que acabas de tragarte, ya no tendrás que fingir que estás durmiendo. Ni que eres mudo.

## Setenta y siete

Camino por un sendero de tierra cuarteada y raíces. El sol se ensaña con el bosque, el aire es caliente y todo está seco. A mi alrededor, desfilan los árboles, opacos y espinosos. Llevo una mochila enorme a la espalda, pero no pesa nada. Escondidos entre el ramaje, los pájaros conversan. Su canto es límpido, aun así no consigo reconocer la especie a la que pertenecen. Unas ardillas cruzan el sendero a toda velocidad. Son numerosas. Y temerarias. Se detienen delante de mí y me miran con insistencia dejando escapar unos ruidillos estridentes. Trato de no prestarles atención. Camino a buen ritmo. Firme y vigoroso. De repente, todo se oscurece a mi alrededor. Los pájaros salen volando, las ardillas desaparecen en sus escondrijos y otros animales corren hacia los arbustos. Aprieto el paso. No sé lo que ocurre. Se levanta viento soplando de todos lados. Es como si el bosque entero acabara de sobresaltarse. Acelero aún más el ritmo. Me llega olor a humo. No sé de dónde viene. Distingo un gran cedro a unos cientos de metros. Me desprendo de la mochila y llego hasta él saltando por encima de las raíces, que tienden sus manos hacia mis tobillos. El cedro es gigantesco y su tronco huye hacia el cielo. Me aferro a la corteza rugosa y escalo lo más alto que puedo. Huele a fibra carbonizada, a metal incandescente y a carne calcinada. Cuando alcanzo a ver por encima de la copa de las coníferas apretujadas, diviso unas llamas inmensas. Avanzan retorciéndose de risa y devorando el bosque con un apetito insaciable.

Me incorporo bruscamente en la cama. Mi sueño se desvanece, pero los ojos y la garganta todavía me pican. Los pulmones me arden. En la luz cegadora del día, una espesa nube de humo se arremolina en la estancia.

Miro por todas partes. Matthias no está. Me cuesta respirar. Me cubro la

boca con un pico de la sábana. El humo viene de una cacerola que hay encima de la estufa, como un volcán en erupción.

Me revuelvo. Pienso en dejarme caer de la cama, pero nunca conseguiría levantarme de nuevo y alcanzar la cacerola. O abrir la puerta. Sin embargo, ¡tengo que salir! Y rápido. Tengo que salir o hacer algo. Hacer algo o pedir ayuda. Pedir ayuda. No tengo elección. Inspiro profundamente y grito a pleno pulmón.

¡Fuego! ¡Fuego!

La puerta del otro lado se abre de golpe y aparece Matthias corriendo, entre las espirales de humo.

Se acerca a la estufa, agarra la primera prenda que encuentra, luego coge la cacerola y se precipita al exterior.

El humo se disipa tras la corriente de aire. La habitación apesta, pero al menos se puede respirar de nuevo. Matthias se queda plantado en el umbral de la puerta observando la chaqueta que ha cogido para protegerse las manos. El metal, al rojo vivo, ha agujereado la lana por varios sitios.

Esta chaqueta me la había regalado mi mujer, dice con un hilo de voz. Casi nunca me la ponía, pero la llevaba conmigo a todas partes.

## Ochenta y uno

El barómetro apunta al cielo y la habitación está inundada de luz. Descanso al sol, como hacen los animales de sangre fría.

Desde que ha conseguido que grite fuego, fuego, Matthias no para de insistir.

Mi vecina no llegó a venir, tus tíos te han abandonado. Estamos solos en el mundo. Pero, al menos, hablas. Lo sé, te he oído. Siempre supe que acabarías claudicando.

De repente, el ruido de un motor a lo lejos. Matthias se queda paralizado. Se diría que acaba de oír el grito de una especie extinguida hace millones de años. Saco mi catalejo y escruto los alrededores. Una moto de nieve amarilla surge en lo alto de la pendiente. Arrastra un trineo repleto de madera. El conductor va de pie, con la cabeza baja y ambas manos aferradas a los mandos. Acabo por perderlo de vista detrás de los árboles, pero el chasquido de los pistones cada vez se oye más cerca. La moto de nieve surge a toda velocidad y se detiene ante la puerta. Es Joseph, que llega con un cargamento de leña. Matthias se apresura a abrirle la puerta.

Huele a quemado aquí, observa Joseph.

Matthias esquivo el tema preguntándole cómo ha conseguido la gasolina. Joseph se apoya en el marco de la puerta. Le brillan los ojos.

No he tenido que convencer a nadie, ya sabéis.

Matthias le echa una mano para descargar la leña. Cuando terminan, entran a calentarse y a beber un café. Joseph calcula que nos dará para calentarnos una buena temporada. No hasta la primavera, pero casi. Nos advierte, sin embargo, que hay un poco de abedul verde en el lote.

Ya veréis, algunos troncos silban más que el resto.

Mientras pregunta por Maria, saca una petaca y se echa un líquido oscuro en el café.

Apuesto a que vino acompañada de José. Ése la seguiría a todas partes si pudiera.

Matthias y yo intercambiamos una mirada.

Hace mucho tiempo que no vemos a Maria, explica Matthias.

¡Ah!, se asombra Joseph, ¡qué raro! Y eso que el pueblo está bastante tranquilo... Iré a verla, concluye subiéndose el cuello del abrigo. Si José me lo permite. Ya sabéis, nunca es fácil con los tipos como él.

Joseph se bebe el café de un trago, se despide y salta sobre la moto de nieve. Antes de que arranque, Matthias se le acerca corriendo y le dice que no se olvide de traerle leche la próxima vez que venga. Para el queso. Joseph asiente con la cabeza, acciona el contacto y se adentra en el paisaje con un rugido del motor.

Mientras tanto, en la estufa, el abedul verde silba entre las llamas como si maldijera su destino.



## Ochenta y uno

Hoy, todo está gris. La nieve y el cielo se confunden. Sólo los triángulos negros de las altas píceas permiten imaginar el horizonte.

Matthias ha salido. Con el catalejo lo veo avanzar luchando contra la nieve. Se detiene en varias ocasiones para tomar aire y vuelve a caminar con paso decidido. Más allá, en los recodos del paisaje, distingo otra silueta. Lleva un abrigo rojo cegador y avanza rápidamente, como si se deslizara sobre la nieve. Cuando Matthias la ve, la saluda con la mano. Se acercan el uno al otro y se alcanzan en el claro, cerca del medidor de nieve. Veo que hablan un instante antes de dirigirse hacia la casa.

Un poco más tarde se abre la puerta y Matthias entra con Maria. Mientras él sacude sus raquetas, ella apoya sus esquís de fondo en la pared y se desabrocha el abrigo. Trato de sentarme en la cama lo más dignamente que puedo.

¿Cómo estás?, pregunta ella.

Me dispongo a responder, pero Matthias se me adelanta.

Recuperándose, dice, recuperándose.

Joseph me ha dicho que tenías mejor cara, prosigue Maria mirándome a los ojos, y tiene razón. ¿Puedo explorarte?

Asiento con la cabeza. Se acerca devolviéndome la sonrisa y deposita el maletín que lleva en bandolera. Cuando se inclina sobre mí para ponerme la mano en la frente, adivino bajo el jersey la forma de sus pechos.

Querría darle las gracias. Decirle que me alegro de verla, que me acuerdo de ella, muy jovencita todavía, cuando íbamos al colegio. Decirle que se ha convertido en una mujer magnífica, que los rizos de sus cabellos, los rasgos finos de su rostro, la seguridad de sus movimientos devolverían a cualquier

moribundo a la vida. Pero en cuanto me decido a hablar, me mete un termómetro en la boca.

Mantenlo bajo la lengua y aprieta los labios.

A continuación, me destapa las piernas y deshace las férulas. Matthias se acerca para preguntarle.

Y José, ¿no ha venido contigo?

No, José no ha venido conmigo. Jenny va a dar a luz en cualquier momento. Se ha quedado allí, con la familia, por si empezaran las contracciones.

Mientras desenrolla la gasa, clavo la mirada en las vigas del techo. Es la única manera de mantener el aplomo. Y de mantener el dolor a distancia. Me siento ridículo con las heridas, el silencio y los calzoncillos blancos que se atan por los lados. Ya lo sé, tengo las piernas cubiertas de hematomas, los muslos y las pantorrillas atrofiados. Ya lo sé, me parezco más a un fantasma que a un hombre.

¿Ha ido a verte Joseph?, pregunta Matthias.

No. Digo, sí, vino a verme, responde Maria poniéndose colorada.

Me palpa los huesos, me dobla las rodillas y me gira suavemente los tobillos. Tiene las manos calientes, vigilantes. Y el dolor aumenta en mi interior. Al igual que el deseo.

Es normal que te duela, aclara ella, a causa de los ligamentos. Sin embargo, deberíamos disminuir la dosis de analgésicos; de todas formas, vas a tener que acostumbrarte al dolor un día u otro. La pierna derecha evoluciona bien, pero la otra se recupera mucho más despacio.

De repente me acuerdo de lo que me contaba Matthias, al principio, para asustarme y obligarme a aceptar sus cuidados.

¿Ves eso?, gritaba señalando la sierra de mano colgada de la pared, eso es lo que te espera. Esto es como cuando los leñadores de antaño en las grandes explotaciones madereras: una cabaña sepultada bajo la nieve, una estufa de leña y algunos víveres. Y sus remedios también eran iguales que los nuestros.

Cuando a un trabajador se le escapaba el hacha de las manos por culpa del frío, del cansancio o de la temeridad e iba a hundírsele en un muslo, en la tibia o en el pie, sólo había una solución. Aguardiente, fuego y sierra. Si no, gangrena asegurada, fiebre y una muerte terriblemente lenta.

Mientras miro el serrucho que cuelga de la pared, Maria me deshace los puntos con ayuda de unas pinzas de depilar y unas tijeras.

Sus movimientos son delicados, pero siento que me tira. Me vuelvo hacia ella.

Ya no queda nada, añade sin levantar la mirada, casi he terminado.

Mientras me venda de nuevo las heridas, Maria me pregunta cómo me encuentro. Balbuceo algo incomprensible, ella se ríe y me retira el termómetro de la boca disculpándose.

No pasa nada, le digo mirando el blanco immaculado de mi nuevo vendaje, no pasa nada.

En cuanto oye el sonido de mi voz, Matthias alza la cabeza.

En cualquier caso, ya no tienes fiebre, anuncia Maria.

¿Cuándo podré volver a andar?

Ten paciencia, me responde. Los huesos se te están fortaleciendo, pero los músculos no han terminado de regenerarse. Empieza quitándote las férulas de vez en cuando. Te sentará bien.

Luego me guiña un ojo y se vuelve hacia Matthias para entregarle el maletín.

Tenga, hay gasa nueva, tubos de pomada, antibióticos y todo lo necesario. Algunos de los productos están caducados, pero no tiene importancia.

Estoy haciendo sopa, ¿por qué no te quedas a comer con nosotros?

Se lo agradezco, declina ella, de veras tengo que irme. Me esperan abajo. Volveré pronto.

Aquí todo el mundo dice eso, suelta Matthias.

Maria sonrío sin añadir nada más, coge los esquís y se va como ha venido. Por la ventana, un punto rojo se aleja iluminando el paisaje a su paso.

Matthias pone la sopa a calentar y aviva las brasas con el atizador. Cuando vuelve la cabeza hacia mí, sus pupilas poseen el color de los tizones ardientes.

## Ochenta y uno

Matthias arrima una silla a mi cama e instala el tablero de ajedrez sobre la mesita de noche.

Le sonrío, pero habría preferido una baraja de cartas, podríamos haber jugado con dinero.

Siempre supe que acabarías claudicando, vuelve a insistir Matthias. Cuando no podemos cambiar las cosas, terminamos cambiando las palabras. Yo ni soy tu médico, ni soy tu amigo ni soy tu padre, ¿me entiendes? Pasamos el invierno juntos, lo superamos y luego se acabó. Cuido de ti y lo compartimos todo pero, en cuanto pueda marcharme, me olvidas. Te las apañas. Yo me vuelvo a la ciudad. ¿Me oyes? Mi mujer me espera. Me necesita, y yo la necesito a ella. Ésa es mi aventura, ésa es mi vida, no tengo nada que hacer aquí, todo esto es un cúmulo de circunstancias, un giro del destino, un burdo error.

Diciendo esto, avanza una ficha sobre el tablero y me invita a que lo desafíe.

Siempre supe que acabarías claudicando. Nadie puede callarse así. Todo el mundo vuelve a hablar un día u otro. Incluso tú. Y pronto, te lo digo, también me hablarás a mí. Me hablarás aunque no haya ningún fuego, aunque no sea una joven veterinaria. Vas a hablarme, ¿me oyes? Y jugarás conmigo al ajedrez. Eso es lo que va a pasar. Nada más. Venga, te toca a ti.

## ÍCARO

*Si vuelas demasiado bajo, la humedad lastrará tu plumaje y te estrellarás contra el suelo. Si vuelas demasiado alto, el calor del sol te desintegrará las alas y caerás al vacío. Pienso repetirte esta lección dos veces, diez veces, cien. Porque, a tu edad, todos nos creemos invencibles. Puede que te parezca un viejo aguafiestas, pero recuerda que yo sé aquello que tú desconoces. En cuanto hayamos salido volando de este lugar cercado y sin vida, te maravillarás de la profundidad del horizonte. Entonces estaremos en otra parte. Entonces estaremos a salvo.*

## Ochenta y cuatro

Los carámbanos de la cornisa dividen el paisaje en bandas verticales. Es un día bonito, la nieve refleja el azul del firmamento. Las agujas de los pinos se han congelado por el frío. Hay copos errantes entre el cielo y la tierra. No sé de dónde vienen. Los transporta la brisa y es como si se negaran a tocar el suelo. Cual meteoritos que viéramos pasar de cerca sin la amenaza de que se estrellen contra nosotros.

Matthias hace su gimnasia. Da unos saltitos sin moverse del sitio. Sus miembros están relajados y su viejo cuerpo esbelto se adapta a las sacudidas con una elasticidad impresionante. De cuando en cuando, se golpea la caja torácica con la palma de la mano y hace que resuene la profundidad cavernosa de sus pulmones.

Lo observo y me digo que estoy mejor, que pronto podré levantarme. El dolor aún me acecha, como una fiera dormida, pero ya apenas necesito comprimidos para aguantar su presencia a mi lado.

Cuando termina los ejercicios, Matthias abre la trampilla de la fresquera y saca algunas viandas.

Puedo echarle una mano, le digo.

Matthias alza la mirada hacia mí. Se lo piensa. Quizá crea que quiero arrebatarse el privilegio de escapar del paso del tiempo elaborando las comidas, pero termina por aceptar.

Toma, dice acercándose un cuchillo y una tabla de cortar, encárgate de las verduras para la sopa; yo prepararé el pan.

Mientras pelo las patatas me doy cuenta de que es la primera vez que ayudo en algo desde que estoy aquí. Todavía no me tengo en pie y no se me da muy bien la cocina, pero por fin estoy siendo de utilidad. Por su parte,

Matthias trabaja la masa silbando, o más bien haciendo que suene el aire al pasar entre los dientes. Se diría que imita el ruido de los ríos crecidos por el deshielo en primavera. O si no, el del viento glacial que se arremolina encima de la veranda.

La sopa se cuece a fuego lento y el vapor que asciende por el aire se pega a mi ventana. Con el frío, forma una delgada capa de escarcha. Para ver el exterior he de rascar una esquina del cristal. Un pequeño ojo de buey en un vitral de cristales. Mientras miro afuera, Matthias me cuenta que su padre era cocinero en las explotaciones forestales y que él fue su ayudante durante algunos años, después de la guerra.

Lo recuerdo, salían en cuanto empezaba la primavera. Eran muchos los que se enfrentaban a la crecida de los ríos para conducir la madera hasta los puertos, cauce abajo. Su trabajo consistía, sobre todo, en deshacer los atascos que se formaban en los meandros de los ríos cuando los troncos se amontonaban unos sobre otros debido a la corriente. A veces, algunas maniobras bastaban para desbloquear el paso, pero a menudo tenían que utilizar explosivos. Ninguno de ellos sabía nadar, nadie llevaba chaleco salvavidas, pero todos lucían una cruz colgada del cuello. Se paseaban sobre los troncos flotantes con sus botas de clavos, su bichero, unos cuantos cartuchos de dinamita y sus canciones de llamada y respuesta. Cuando un ganchero salía proyectado por una deflagración o desaparecía entre los troncos de los árboles por alguna torpeza, sólo podía encomendarse a Dios. A veces, sus compañeros conseguían pescar su cuerpo antes de que se lo llevaran las aguas pero, por lo general, los rápidos y el agua fría eran implacables. De modo que cada noche, cuando se sentaban a la mesa, los gancheros se recogían un instante y a continuación comían todo lo que les hubieran preparado como si aquélla fuera su última cena.

Mientras se cuecen las tortas de pan negro sobre la estufa y un olor a harina tostada perfuma la estancia, Matthias señala el crucifijo que ha colgado encima de la puerta de la entrada.



Levanto las cejas.

Ya está listo, exclama Matthias.

Sirve la sopa y parte una torta por la mitad. Está caliente. La mía aún humea. La mojo en el caldo y muerdo con ganas. Matthias pronuncia una especie de bendición y yo retomo su historia antes incluso de haber terminado mi bocado.

Somos como esos ganaderos de los que hablas. Pero lo que nosotros necesitamos no es un crucifijo, sino una herradura.

Matthias se me queda mirando un instante como si no me hubiera enterado de nada. Lentamente, su rostro se ilumina y me da las gracias por compartir el pan de este día con él.

## Ochenta y ocho

Matthias me ayuda a llegar hasta la mecedora. Una vez más, me sorprende la fuerza con la que me sujeta. Imagino también que nunca he sido tan ligero, tan frágil.

Estoy instalado junto a la estufa con mi catalejo y una manta. Matthias se halla sentado justo al lado, en la mesa. Enhebra una aguja de coser.

Dispongo de un nuevo ángulo de visión sobre el paisaje. Sigo viendo el bosque, que se yergue sin concesión por encima de la nieve pero, desde aquí, distingo también los postes y los cables eléctricos que atraviesan la vista y nos conectan al pueblo. Esos cables metálicos de los que pendían nuestras vidas de antes. Esos conductos antes animados por una carga misteriosa. Esos trazos negros en los que algunos pájaros se han posado como si nada hubiera cambiado.

El sol se está poniendo y el frío vuelve resplandeciente la nieve de ayer. Al cerrar los ojos, veo colores que no existen. Al abrirlos, hay tanta claridad que tengo la impresión de estar sufriendo la ceguera de la nieve.

Mientras remienda unos pantalones vaqueros, Matthias me pregunta cuál era mi profesión antes de la avería. Sin embargo, lo sabe, estoy seguro de ello.

Era mecánico.

¿Como tu padre?, añade.

Sí, como mi padre.

Y, desde la avería, ¿sigues considerándote mecánico?

Aguanto la respiración un instante mirándome las manos, luego las piernas. Con el accidente y la avería eléctrica, se diría que todo el tiempo que

he pasado debajo de los coches, con las manos embadurnadas de aceite y limalla de hierro, no es más que un vago recuerdo.

Mientras anuda con meticulosidad el hilo de coser, Matthias afirma que para él no ha cambiado nada. Se ha ganado la vida haciendo todo tipo de cosas y está casado desde hace cincuenta y siete años.

Siempre he logrado mis objetivos. No será otro invierno lo que me detenga.

Al decir eso, se pincha con la aguja. Se levanta de golpe, va a la ventana y cambia de tema.

El tiempo va a variar, tendremos nieve, afirma, estoy seguro.

Por ahora el cielo está completamente despejado y, con un rápido vistazo al barómetro, veo que la ramita apunta hacia arriba sin vacilar.

Matthias se enjuga con los labios la sangre que le brota en la punta del dedo. En el fondo, me pregunto si comprende lo que ocurre. Lo que nos sucede. Lo que nos espera. Quizá no se dé cuenta del alcance de esta avería eléctrica.

A menos que sea yo el que ha perdido por completo la noción de las cosas.

## Ochenta y ocho

Matthias se equivocaba, no ha nevado. Pronto hará una semana sin que una sola nube se forme por encima de nuestras cabezas. De día, el sol inunda la veranda; de noche, las estrellas perforan el cielo. Sólo la nieve arremolinada por el viento provoca la impresión de que el blanco del paisaje se ha espesado en algunas partes.

Jugamos al ajedrez hablando de todo un poco. Del invierno, de la comida, de mis piernas. Son conversaciones muy breves, porque las partidas requieren toda nuestra atención. Todavía no he logrado vencer a Matthias, pero empiezo a conocer sus tácticas y él lo sabe. Ya no deja nada al azar. Lo calcula todo minuciosamente cuando se trata de mover un simple peón. Como si fuera inconcebible que la situación se invirtiera.

Me toca a mí mover cuando, de repente, llaman a la puerta. Matthias se levanta de un salto y me ordena que no toque nada.

Hay un hombre en el vano de la puerta desbordante de luz. Es Jonas. Llevo más de diez años sin verlo, pero lo reconozco en cuanto pone un pie en la habitación. Cuando trabajaba en el taller de mi padre, lo veíamos pasar en bicicleta. Siempre nos parecía que iba borracho y, sin embargo, no bebía jamás. Lo oíamos llegar de lejos. Iba silbando y cantando, zigzagueando con la bici. Todos los días, como un devoto, inspeccionaba las cunetas y los cubos de basura en busca de cervezas vacías. Solíamos divisarlo al borde del camino, recogiendo botellas y hablando en voz alta. De lejos parecía que le daba explicaciones al horizonte.

Lleva un pantalón para la nieve remendado en las rodillas, un abrigo turquesa, un gorro con orejeras y una larga bufanda amarilla. Trae un par de

muletas en la mano. Entra y las apoya contra la pared. Se sienta jadeando en el taburete de la entrada. Tiene las mejillas encendidas del esfuerzo y el frío.

Cue-cuesta mucho avanzar con toda esa nieve, dice atascándose en algunas sílabas. Cada vez que me pongo las raquetas tengo miedo de caerme y no ser capaz de volver a levantarme. Me ha lle-llevado una hora larga subir hasta aquí, quizá más.

Matthias parece sorprendido por esta visita inesperada, pero Jonas no se siente incómodo en absoluto. Me observa con el rostro deformado por una sonrisa gigantesca.

Me acuerdo de cuando eras así de alto. Así. Corrías por todo el pueblo con los demás chicos de tu edad. Tratabais de asustarme. De asustarme cuando hacía mi ronda de botellas vacías.

Jonas ha envejecido sin cambiar realmente. Conserva la misma gestualidad, a la vez dubitativa y brusca. El mismo entusiasmo desbordante. La misma ausencia luminosa en la mirada. Es verdad que casi no le queda pelo en la cabeza ni dientes en la boca, pero el caudal de sus palabras sigue siendo rápido. A veces encabalga las frases y se le mezclan. Como si tuviera prisa por decir las cosas, por miedo a que éstas cambien antes de que las cuente.

No sabía que eras tú al que habían encontrado debajo del coche volcado este verano. De haberlo sa-sabido, habría venido antes a verte. Para decirte que siento mucho lo de tu padre. Lo siento. Pero no estaba bien. En el pueblo se contaban todo tipo de cosas sobre él. La gente es así. Yo-yo sé de qué hablo. Me acuerdo bien de él. Iba a verlo con frecuencia al taller, me sentaba en un rincón y le hablaba mientras lo veía trabajar. Hacía mucho tiempo que no venías por el pueblo. Ha llo-llovido desde entonces. Mi vieja madre también ha fallecido. Pero, por suerte, ella nos dejó algo antes de la avería.

Matthias pone la sopa al fuego. Yo busco qué responder. Mi padre, su anciana madre, la avería eléctrica. Es así, no se puede remediar.

Es muy amable por venir, termino diciendo.

Ha sido la bella Maria la que me ha dicho que estabas aquí. Me ha dado un par de muletas para ti, mira. Ella es quien me ha pedido que te las traiga. Son muletas de verdad. Unas auténticas muletas de madera. Quería venir antes a traértelas pero, ayer, un joven del pueblo volvió del bosque con la cara ensangrentada. Era Jacob. Lloraba y no se le entendía na-nada de lo que decía.

Jonas parpadea varias veces, traga saliva y luego continúa.

Cuando llegó, sangraba mucho. Y aunque le enjugaban la cara, no había na-nada que hacer. La gente empezó a ponerse nerviosa. Como yo no estaba haciendo nada, me pidieron que fuera a buscar ayuda. Así que eso es lo que hice. Maria no estaba en su casa. Me abrió la puerta José. Se lo conté todo y salió de inmediato. Yo seguí buscando, porque es Maria la que se ocupa de los heridos, por lo general. Pero no estaba en ninguna parte. Así que llamé a casa de Joseph. Salió a abrirme medio desnudo, como si acabara de levantarse de la cama. Se lo conté todo a él también. Apenas había terminado la historia cuando la bella Maria apareció detrás de él abrochándose la camisa apresuradamente. Me dio las gracias, cogió un abrigo y salió corriendo. Me que-quedé un momento en el umbral de la puerta con Joseph. El aire era frío, pero no parecía molestarle. Me miró a los ojos y me hizo prometerle que no diría una palabra. Se lo prometí, porque tenía pinta de ser muy muy importante.

Con el rabillo del ojo, percibo la sonrisa de Matthias, como si acabara de ganar una apuesta.

Cuando volví donde Jacob, Maria y José le estaban vendando las heridas. En ese tie-tiempo había terminado explicando lo que le había ocurrido. Por lo visto capturó un armiño arrinconándolo en un tocón hueco. Y al inclinarse para observarlo, le había saltado a la cara. Son muy feroces los animalillos esos. No hay que confiarse. Sobre todo si se sienten acorralados. Son todo blanco con un morro rosa. Son muy bonitos pero agresivos. El de Jacob le ha marcado la mejilla y la ceja. Na-nada demasiado grave. ¡Pero menuda

mañanita! Por eso es por lo que no vine a traerte las muletas ayer. Por culpa de Jacob. Y del armiño.

Matthias ofrece a Jonas un cuenco de sopa. Éste lo acepta con gusto.

Dentro de dos días va a haber un baile en el pueblo, exclama Jonas entre dos sorbos. Jude es quien se encarga de la organización, en el sótano de la iglesia. Con los generadores y todo. Dice que habrá cerveza y comida caliente. Lleva mucho tiempo hablando de eso. Todo el mu-mundo está invitado. Yo voy también, por supuesto. Por la comida caliente y por las botellas vacías. Ya nadie quiere comprármelas, pero yo las guardo de momento. U-un día iré a recuperar el depósito a otro sitio y me sacaré un dinero. Mucho dinero.

Jonas se lleva el cuenco a los labios y lo vacía ruidosamente; a continuación, lo deposita frente a él con aire satisfecho.

Va a nevar en los próximos días, afirma, las nu-nubes son de cola de caballo. Hace frío, pero ya se nota que el aire está más húmedo. Y el viento soplará durante un tiempo, estoy seguro. De todas formas, estáis bien aquí. Con el sol y la estufa, estáis mucho me-mejor que del otro lado, ¿no es cierto?

Matthias asiente con un gesto de la cabeza mientras Jonas se levanta y vuelve a ponerse el abrigo, el sombrero de orejeras y la bufanda.

Tengo que volver a bajar al pueblo. He pro-prometido que echaría una mano en el establo esta tarde. Vamos a sacar heno de la granja. Eso son muchas raquetas para un solo día y la verdad es que no me gusta andar con estos chismes en los pies. No importa, que sepas que me alegro de verte, de volver a verte. Después de todo, éste es tu pueblo. Y las mu-muletas que te ha buscado la bella Maria, aquí las pongo. ¿Sabes?, me acuerdo de cuando eras así de alto. Tratabais de asustarme. Pero nunca lo conseguíais. No, nunca. Puede que me oyerais de lejos, pero yo os veía venir. Os veía venir a todos.

Gracias por las muletas, estoy deseando utilizarlas.

Me acuerdo, siempre os veía venir, repite cerrando la puerta tras de sí.

Lo oímos proseguir su soliloquio mientras se aleja. Por la ventana, lo veo bajar hacia el pueblo con sus gestos exagerados y su ropa desparejada. Mientras tanto, Matthias vuelve a ocupar su sitio en la mecedora y clava la mirada en el tablero de ajedrez con energía renovada.

Echo un vistazo al barómetro, que parece querer apuntar hacia abajo a pesar del buen tiempo. Pienso en el baile que se celebrará pasado mañana. Envidio a Jonas por poder ir. Si fuera capaz de caminar, también iría. No bailarías, no sin haber bebido mucho primero, pero entretanto me cruzaría con muchas caras conocidas, me enteraría algo más de lo que pasa en el pueblo y charlaría con Maria tratando de hacerla reír.

Venga, te toca a ti, se impacienta Matthias. Venga, terminemos con esto de una vez.



## Noventa y seis

Nieva desde hace dos días. Ya no se ven las montañas que ondulan por encima del pueblo ni la línea trazada por el bosque. Los copos se apresuran hacia el suelo y la inmensidad del entorno se limita a las paredes de la estancia.

Matthias está sentado en la mecedora, sumergido en un libro que ha encontrado recientemente en el otro lado. Y la tarde transcurre así. Matthias pasa una página de cuando en cuando; yo observo el paisaje, viendo cómo nos sepulta a cámara lenta. Se levanta viento con la caída de la noche. Las ráfagas agitan los árboles y vienen a restregarse contra la veranda. Jonas tenía razón. Primero la nieve, y luego el viento.

Más tarde, Matthias deja el libro y se acerca a la estufa. Remueve la sopa con la vista puesta en el fondo de la olla.

Las historias se repiten, termina diciendo. Quisimos escapar del destino que nos estaba reservado y aquí estamos, devorados por el curso de los acontecimientos. Tragados por una ballena. Y, muy lejos de la superficie, albergamos la esperanza de que nos escupa en la orilla. Estamos en el vientre del invierno, en sus entrañas. Y, en esta cálida oscuridad, sabemos que es imposible huir de nuestro destino.

Ya es de noche. La nieve sigue cayendo, pero se ha ensombrecido. De un modo extraño, un débil resplandor ilumina la parte baja del cielo, como si hubieran encendido un farol en el pueblo. Examino la aureola amarillenta con mi catalejo. Es un halo impreciso a través del follaje de los árboles y de los copos elevados por el viento.

Matthias enciende la lámpara de aceite y sirve la sopa.

Mientras vacío mi cuenco observo que la luz del cielo se ha vuelto más

brillante. Se diría que las calles del pueblo están iluminadas. También se oyen las campanas de la iglesia. Debe de ser para celebrar el baile. Me habría gustado tanto estar allí y soñar durante unas horas con volver a la normalidad...

## Ciento nueve

La nieve y el viento han cesado súbitamente esta mañana. Como el animal que, sin razón aparente, abandona una presa para cazar otra. El silencio nos ha sorprendido, denso y pesado, cuando todavía teníamos la impresión de que las ráfagas iban a arrancar el tejado y seríamos succionados al vacío.

Si miramos por la ventana, parece que estamos en altamar. El viento ha levantado por todas partes inmensas olas de nieve que se han congelado en el momento exacto en el que iban a romper contra nosotros.

Matthias ha aprovechado para salir a dar una vuelta. Lo veo alejarse por el túnel sin fin de mi catalejo, caminando sobre la nieve endurecida por el frío. Y su silueta mengua a medida que se acerca al bosque. Parece un rey mago que avanza siguiendo su estrella.

Sobre la encimera hay tres latas de conserva abiertas y vacías. Saco mi tirachinas y algunas canicas de acero. Estiro el brazo, apunto y tenso el elástico. Cuando lo suelto, la canica corta el aire silbando, erra su objetivo, rebota en la pared y se extravía en la pila de leños, cerca de la estufa. Lo intento de nuevo. Esta vez me aseguro de alinear bien la muñeca con el brazo. Cierro un ojo y disparo. Una de las latas sale proyectada y golpea el suelo ruidosamente. No es a la que estaba apuntando. Pero todavía me quedan canicas.

Matthias vuelve de su paseo algo más tarde con una brazada de leña.

Si uno mira la casa de lejos, anuncia desabrochándose el abrigo, se ve toda la nieve que se ha acumulado sobre la veranda. Da vértigo.

Al arrodillarse delante de la estufa, Matthias descubre las latas de conserva volcadas en el suelo. Se vuelve hacia mí. Le muestro el tirachinas. Sonríe y vuelve a colocar los recipientes metálicos en la encimera.

Venga, me reta, muéstrame lo que sabes hacer.

## Ciento nueve

Raya el alba. El sol no ha salido todavía, pero el cielo está ya muy claro. La nieve brilla. Tomamos café. Aunque cada vez es un poco más insípido, ambos sujetamos con celo nuestra taza y lo saboreamos a pequeños sorbos.

La veranda se adapta al frío. La madera de la estructura se contrae. Los cimientos aprietan los dientes. A veces resuena un tintineo seco entre las vigas. Son los clavos del techo, que ceden por la presión. Las chimeneas del pueblo humean generosamente. En todas partes, la gente se despierta con las caricias glaciales del invierno y se apresura a atizar el primer fuego de la mañana. La corteza de abedul produce un humo blanco que asciende en línea recta por el aire inmóvil. Parecen columnas de mármol sosteniendo el cielo. Como si viviéramos en una catedral.

Después de una larga contemplación, Matthias se termina el café de un trago, se aleja de la ventana y comienza sus ejercicios. Se apoya sobre una pierna, con un brazo estirado hacia lo alto y el otro apoyado en el abdomen. Realiza unas rotaciones de hombros para relajar los músculos y, luego, varias sentadillas. Lo observo mientras se ejercita y me digo que, por mucho que se regenere mi cuerpo día a día, él es quien tiene sangre nueva en las venas.

De repente, la puerta se abre y aparece Joseph en el umbral, envuelto en una gran nube de vapor. Con el humo que le sale por la nariz y su trineo abarrotado, parece una bestia de carga lustrada por el esfuerzo. Lleva la barba cubierta de escarcha y unos carámbanos le cuelgan del bigote. Se libera de su atelaje, se sienta, se saca los guantes y se echa aliento en las manos. Trata de quitarse el abrigo, pero la mordedura del frío le ha paralizado los dedos y no consigue agarrar la cremallera.

Durante ese tiempo, Matthias pone a calentar unas gachas de avena y

comienza a deshacer el cargamento de Joseph.

## Ciento nueve

Ya sabéis, cuenta Joseph, Jude organizó un baile la semana pasada. Enchufó los generadores. Todo el mundo estaba allí. La música sonaba por todas partes en el pueblo. Era perfecto. Una fiesta. Como en un sueño. La gente comía y bailaba. Cuando las campanas de la iglesia tocaron por la noche, creímos que era una broma. Pero alguien apagó la música y dijo que una chimenea había prendido fuego a una casa, allí al lado. Cuando llegamos al lugar, era demasiado tarde. Se había levantado viento y había avivado las llamas; el techo se había incendiado a su vez. Los remolinos de humo se escapaban por las ventanas. Las campanas de la iglesia seguían tañendo, pero las oíamos mal a causa del viento. Estuvimos esperando, contemplando el incendio. Con las ráfagas, el calor nos llegaba a veces muy cerca de la cara. Las llamas se enroscaban alrededor de las cornisas, de las vigas. Sobre nosotros, el cielo estaba anaranjado, como si las calles volvieran a tener iluminación. A nuestro alrededor, la nieve se derretía y relucía a nuestros pies. Ya sabéis, estábamos seguros de que la casa iba a quemarse entera. Sin embargo, las llamas sólo devoraron parte del tejado y de la primera planta. Como por diversión. Al día siguiente, la casa humeaba todavía, pero ya no había nada más que ver. Nada aparte de los cabrios calcinados, que silbaban.

¿Y los dueños?, interviene Matthias lanzando una mirada al lugar en el que la chimenea desaparece por el desván.

Al principio, responde Joseph, nos asustamos. Por fortuna, no había nadie en la casa cuando se declaró el incendio. En los días siguientes, los realojaron. Sin embargo, cuando quisieron recuperar sus cosas, todo estaba negro y apestaba a humo. Ya sabéis, a humo sucio y pegajoso. Desde entonces se han deshollinado la mayoría de las chimeneas del pueblo. Con el

frío intenso de los últimos días, la gente quema todo lo que puede. A veces pierden el control y las estufas se desbocan.

Joseph hace una pausa y se pasa la mano despacio por la frente, por los ojos.

Durante la última tormenta, prosigue, alguien ha robado la moto de nieve de Jude. Al principio, José me acusaba a mí pero, ya sabéis, eso no tenía ningún sentido. Luego se dieron cuenta de que Jérémie había desaparecido con su hijo de nueve años. Todo el mundo quería ir en su busca, pero hacía tiempo que la nieve había cubierto sus huellas. Hemos tratado más bien de confortar a la mujer de Jérémie, pero está desconsolada. José le ha dado pastillas para dormir. Yo sólo espero que Jérémie se haya llevado gasolina suficiente para llegar a alguna parte. Porque nadie quiere imaginarse la reacción de Jude si vuelve a poner los pies aquí.

Matthias se acerca a Joseph y le tiende un cuenco de avena que éste acepta encantado.

Además, continúa, últimamente han enfermado varias personas. Algunas se han recuperado, ya sabéis, pero a otras les está costando. Entre ellas, Judith, que estaba ocupándose de dar clase a los niños desde que Jean se negó a encargarse de ello. En fin, Maria pone todo de su parte para curarla, pero tampoco puede hacer magia.

Joseph come a grandes cucharadas. Algunos copos de avena se le quedan pegados al bigote.

Estáis bien aquí, termina diciendo. Al margen de todo eso.

Matthias lo interrumpe enseguida para preguntarle si ha podido conseguir leche. Joseph sonrío.

Sí, he ido al establo esta mañana. Antes de que se levantara todo el mundo. Ya no hay calefacción ahí dentro pero, cada vez que voy, me asombro de lo bien que se está. Ya sabéis, las vacas producen siempre el calor que necesitan. Podría haberme tumbado allí para descansar un poco más, pero Jonas dormía sobre unos fardos de heno. Se ha despertado mientras



ordeñaba. Estaba sorprendido de verme. Le he dicho que hiciera como si no me hubiera visto y ha seguido durmiendo.

Matthias echa un vistazo a las bolsas de comida y saca dos grandes cántaros de leche. Abre uno y bebe un trago.

Está realmente fresca, dice limpiándose con la manga, es perfecta. Gracias.

Por cierto, retoma Joseph, las familias que están viviendo en la antigua casa del notario han preparado carne en conserva, patés de pescado, un montón de cosas. Os he traído. Hay que aprovechar, ya sabéis. Aunque quedan buenas reservas, en el pueblo cada vez son más estrictos con las raciones. Jude insiste en que tenemos que ser precavidos. Corre el rumor de que los habitantes de un pueblo de la costa han conseguido conectarse a un aerogenerador. Va de boca en boca, todos comentan el tema. No es imposible. No habrá electricidad, pero las máquinas esas siguen girando todavía en las laderas de las montañas. Algunos ya hablan de unirse a ellos. Pero, vamos, si hay que fiarse de lo que dice la gente, la avería tendría que haberse solucionado hace tiempo y ahora todos deberíamos estar viendo la televisión con una cerveza fría y un plato precocinado recalentado en el microondas.

Joseph suspira sacando su petaca. Se lía un cigarrillo, lo enciende y le da unas largas caladas. Aún sigue hablando, pero he dejado de prestar atención. Observo las volutas de humo que se escapan lentamente de su boca.

¿Quieres uno?, me pregunta.

Con mucho gusto, digo enseguida.

Joseph inclina la cabeza con asombro en mi dirección.

¿Ya hablas? ¡Qué buena noticia!

Le sonrío.

Fumamos mientras Matthias se enfrasca en la clasificación de los víveres.

¿Alguna noticia de mis tíos?, termino por preguntar, mareado por el tabaco.

Fui a dar una vuelta por su casa, responde Joseph. No había ningún vehículo en los garajes, las canoas ya no estaban y cada habitación había sido vaciada con mucho cuidado. Tus tíos se lo han llevado todo. Los víveres, las herramientas, la ropa. Todo lo que podía serles útil. Pero de todas formas encontré esto, dice sacando una especie de desplegable del bolsillo interior del abrigo. Es un mapa de la región. Siempre puede venir bien.

Lo cojo dándole las gracias. Al mismo tiempo, me pregunto si mis tíos tenían realmente intención de volver al pueblo. Puede que se hayan ido y punto final. A menos que les haya pasado algo.

Casi me olvido de la buena noticia, añade de repente Joseph. Ha habido un nacimiento en el pueblo. A pesar de lo que muchos temían, todo se ha desarrollado con normalidad. Maria estaba allí. No puede hacer magia pero, ya sabéis, a veces hace milagros. Ayudó a nacer a una niñita: Joëlle. El primer bebé desde la avería. No se sabe quién es el padre, pero Jenny, la madre, vive en la casa de la serrería; es grande y son muchas personas allí dentro, está bien acompañada.

Joseph se levanta y se abrocha el abrigo.

La próxima vez, aprovecharé para quitar la nieve del tejado, anuncia. Con lo que ha caído los últimos días, empieza a ser demasiada.

Sí, admite Matthias, justo quería hablarte de ello.

Recordádmelo cuando vuelva. Ahora tengo que regresar abajo. Maria está esperándome. Le prometí que la llevaría a pescar en el hielo.

Joseph se despide de nosotros y la puerta se cierra tras él como empujada por un golpe de viento.

## Ciento nueve

Matthias termina de clasificar los víveres que ha traído Joseph. Examina con ojos severos la comida preparada. Refunfuña y masculla que él es quien hace la comida aquí, pero lo almacena todo cuidadosamente.

Es verdad, calcula, han recortado las raciones.

Luego vierte la leche en la olla que nos sirve para derretir nieve y la coloca sobre la estufa.

Tiene que templarse. Tiene que templarse sin hervir, señala añadiendo el cuajo.

Remueve un momento y luego lo retira del fuego.

Ahora hay que esperar.

Echamos unas partidas de ajedrez al tiempo que nos comemos el resto de las gachas de avena. Matthias gana todas las partidas. Yo le tomo el pelo diciéndole que estoy dejándolo ganar. Me apunta con el mentón, guiña los ojos, pero no dice nada.

Se acerca a la estufa, remueve la olla con una cuchara. Huele a leche cuajada. Vierte el contenido en un filtro fabricado con una percha de metal y un trozo de tela, y la mixtura blanquecina comienza a gotear pausadamente.

Insisto.

Siempre te dejo ganar. Ya lo sabes.

Matthias permanece impassible. Apenas disimula un rictus mientras me contesta que digo tonterías, que debo de tener un acceso de fiebre. Yo sonrío a mi vez y saco el mapa que me ha dado Joseph.

Me fijo con detenimiento en los desniveles, las mesetas, el lecho de los ríos. Localizo los pueblos costeros en la parte de arriba del mapa, luego el nuestro, más abajo, rodeado de pequeños valles. Más allá está el lago al que

íbamos a pescar de niños. Se ven perfectamente las dos carreteras principales, la que bordea la costa y la que atraviesa el interior de las tierras. También están trazadas las pistas forestales, unas líneas de puntos que se adentran en la hondonada de los valles. Aquí y allí, el dibujo de unas hierbas altas indica las zonas pantanosas. Lo demás es todo bosque.

Echo un vistazo a la leyenda, en el margen.

Es inmenso.

Algunos sectores de un río han sido identificados a mano. Recuerdo haber oído esos nombres, pero soy incapaz de desenmarañarlos. El campamento de caza de mis tíos no debe de estar lejos, en el lóbulo de un meandro, en medio de los cedros centenarios. Me acuerdo muy bien, pero no consigo ubicarlo en el mapa.

Es ahí, me digo de repente posando el índice sobre una pequeña X trazada con lápiz, es ahí.

Cuando levanto la cabeza, Matthias examina el contenido de la olla.

Tiene una buena textura, declara satisfecho. Empieza a parecerse a un queso.

## Ciento trece

Esta noche he vuelto a oír al animalillo. He reconocido sus pasos discretos, sus movimientos furtivos y su interés por la comida de la fresquera. En algunos momentos se detenía a aguzar el oído y luego se marchaba de nuevo, probablemente del otro lado, con parte de nuestras provisiones. Se diría que reúne con meticulosidad sus provisiones con vistas al tiempo que vendrá.

Con las primeras luces del alba, Matthias descuelga el filtro y aprieta la pasta blanca para escurrirla. Le añade sal y luego forma seis bolas gruesas del tamaño de un puño, que aplana con precaución. En la estufa, en una vieja cacerola, funde los restos de unas velas. Observa cómo se licuan los trozos y va retirando los restos de mecha y las cerillas ennegrecidas. Después, vierte la cera caliente sobre los quesos procurando cubrirlos por completo.

Es uno de los mejores medios de conservación, especifica volviéndose hacia mí.

Asiento con la cabeza sin decir nada y le señalo el tablero de ajedrez.

No tengo tiempo, replica Matthias, debo bajar al pueblo.

Deposita cuidadosamente los quesos bañados en cera en el interior de una bolsa de tela, me da una lata de judías con tocino y una rebanada de pan negro, atiborra la estufa y se abriga a toda prisa.

Nos vemos más tarde, me suelta mientras coge las raquetas.

Y abandona la estancia precipitadamente.

Fuera, la nieve hambrienta se apresura a alcanzar el suelo.

## Ciento diecisiete

Debe de ser cerca del mediodía. El frío parece haber aflojado su control sobre el paisaje para recuperar fuerzas. Durante ese tiempo, la nieve sigue cayendo sin que nada pueda detenerla. Los copos son espléndidos y delicados. Se diría que los han recortado de un papel.

Las últimas brasas están apagándose dentro de la estufa. Empiezo a sentir el frío deslizándose bajo mi ventana. Las corrientes de aire dan vueltas a mi alrededor y me rozan insistiendo en meterse conmigo bajo las mantas.

Maria ha dicho que pronto podré sostenerme de pie. La pierna izquierda todavía está débil, pero con las muletas debería ser capaz de desplazarme solo. Y seré yo quien le abra la puerta en su próxima visita.

Consigo incorporarme y sentarme en el borde de la cama. Me cuelgan las piernas en el vacío. Anticipo mis movimientos sondeando el precipicio que tengo delante. La gravedad tira de mí hacia el suelo. Bajo las férulas, se diría que los muslos y las pantorrillas se me han fosilizado con la inmovilización, que los músculos se sujetan alrededor de los huesos como la carne desdeñada por los carroñeros.

Estás delgado y flaco. No pesas nada. Seguro que consigues dar algunos pasos. Seguro que lo consigues, me digo en voz alta, todavía estás vivo, no tienes opción. Debes caminar.

Podría llegar hasta la mecedora. O hasta el diván. La mecedora está más cerca, pero las muletas se encuentran detrás del diván. Debería de poder, aunque tenga que saltar a la pata coja con la pierna derecha en lugar de poner un pie delante del otro.

Sólo he de bajarme de la cama e intentar apoyarme en la mesa. Es fácil. Sólo he de tener cuidado de no perder el equilibrio. Sería estúpido que me

quemara con la estufa.

Durante un instante me parece todo insuperable y me planteo acostarme de nuevo. Luego inspiro, me aprieto las férulas y me dejo caer al suelo. Lentamente, muy lentamente, como en el agua helada de un lago a principios de verano.

Toco el suelo con los dedos de los pies. Me aferro a las sábanas de la cama, pero éstas se deslizan conmigo. Siento que se me desboca el corazón. Las piernas se me contraen y una descarga eléctrica me atraviesa la médula de los huesos. La sangre circula pesadamente por mis venas yendo y viniendo con dificultad entre los pies y la cabeza. Ya está, ya me he levantado. Logro deslizar los pies por el suelo. Siento el sudor perlándome las sienas. La mesa está muy cerca. Sólo tengo que soportar el peso de mi cuerpo lo suficiente para cambiar de apoyo. Pruebo a aumentar un poco la carga de la pierna izquierda. Alargo un brazo hacia la mesa. Ya casi estoy. Me estiro todavía más. Contengo el dolor. No es nada, no es nada. Me arqueo. Mi mano tiembla delante de mí, como si estuviera intentando desplazar los muebles con la fuerza del pensamiento. Me gana el entumecimiento. Me parece que la mecedora está a kilómetros detrás de la mesa. La vista se me plaga de enormes puntos negros. Y me ceden las rodillas.

## Ciento diecisiete

El suelo está sucio y frío. Barro, polvo, algunos trozos de corteza, peladuras de cebolla. Las tablas son grises bajo el barniz descascarillado. No sé cuánto tiempo hace que me he caído. Unos minutos. Unas horas. Fuera todavía es de día, pero Matthias aún no ha vuelto.

No puedo quedarme así, tirado en el suelo. Miro a mi alrededor. Me apoyo en los codos y repto hacia el diván. Las piernas me siguen como un largo abrigo que se ha vuelto pesado por el fango. Me desplazo con lentitud. Diría que me esfuerzo más de lo que avanzo. Observo la puerta con el temor propio de los animales salvajes. El de que me sorprendan en un momento de vulnerabilidad.

No querría que Maria me viera en este estado.

Logro llegar al pie del diván. Me falta el aliento y me duelen los codos. Me encaramo penosamente sobre los cojines gastados. Coloco las piernas extendidas ante mí. Observo que el vendaje de la pierna izquierda está embebido en sangre bajo la férula. Cojo la colcha de Matthias y me cubro la parte baja del cuerpo.

Estoy hecho polvo, como si una parte de mí se hubiera quedado en el suelo. Quizá debería comer algo, pero la lata de judías con tocino me queda lejos ahora.

Cierro los párpados un instante.

Y luego nada más.



## Ciento veintiséis

Me despierto sobresaltado. Está oscuro. Matthias deja un saco sobre la mesa, se sacude la nieve de los hombros y enciende la lámpara de aceite.

Cuando se da la vuelta constata que mi cama está vacía. La mandíbula inferior se le crispa y le aparece una vena en la frente. En cuanto me descubre tumbado en el diván, alza la mirada y se me acerca. Desliza un brazo bajo mi espalda y otro por detrás de las rodillas, y me traslada a la cama como se hace con los niños dormidos. O con los moribundos. Trato de esconder el vendaje ensangrentado, pero Matthias lo ve enseguida. No dice nada, pero lo ha visto. Me arropa, me aconseja que duerma y luego desaparece del otro lado con una vela y el saco que había puesto sobre la mesa.

Clavo la mirada en el techo como si dominara una sima. El dolor es un ave de rapiña que me constriñe en sus garras.

Tengo la impresión de haber dado un paso adelante. Y dos atrás.

## Ciento treinta y cuatro

Hay alguien en el umbral. Me enderezo en la cama. Miro al diván, a la mecedora. Matthias no está ahí. Oigo el chasquido del pomo y Maria aparece en el vano de la puerta. Me sonrío y da unos pasos hacia mí. Es por la mañana y el sol inunda la estancia. Retiro las mantas, deshago las férulas y me levanto de un salto. Sus ojos iluminan la habitación. Me acerco a ella, le quito el abrigo rojo y la rodeo por la cintura. Nos besamos. Sus labios son cálidos. Nuestras frentes se tocan y nuestros cuerpos se entrelazan. La levanto con suavidad, ella se aferra a mí; luego se tiende sobre la mesa de la cocina. Nuestras ropas caen al suelo sin ofrecer resistencia. Ella me toma las manos y las posa sobre sus caderas, las pasea por su cuerpo. Le beso el cuello; la piel, dulce, está ligeramente salada. Me encuentro de pie entre sus piernas, impaciente, enérgico y deseoso. Nuestras miradas tienen sed. La tomo, ella se arquea y ya nada existe a nuestro alrededor.

Cuando me despierto, una olla cuece sobre la estufa de leña. Huele a carne y a verduras hervidas. En cuanto se percata de que tengo los ojos abiertos, Matthias acerca su taburete y se sienta frente a mí como si nos dispusiéramos a jugar al ajedrez. Pero es para cambiarme las vendas.

Escondo mi erección bajo las mantas. Mi sueño está a la vez muy cerca y muy lejos de mí. La pierna izquierda me da unas punzadas terribles.

Matthias deshace el vendaje, limpia la sangre seca, me desinfecta la herida y la cierra de nuevo con puntos de aproximación.

Por fortuna, parece que la férula te ha mantenido los huesos en su sitio, observa Matthias.

Fuera, el sol azota la nieve con toda su intensidad. El cielo tiene un color vivo y el barómetro se erige hacia él. Delante de la ventana, los témpanos son

amenazadores y la nieve sube sin descanso, como una boca que estuviera cerrándose.

Estoy completamente agotado. Tengo la impresión de que nunca volveré a levantarme. Si el invierno no acaba conmigo, otra cosa lo hará. Yo ya no puedo hacer nada. Aparte de intercambiar algunas palabras, mirar por la ventana y esperar. No es mucho a lo que aferrarse.

Matthias coge el par de muletas de detrás del diván y me ordena que me incorpore.

Esto es lo que querías, ¿no? Entonces vas a tener que recuperar fuerzas.

Contemplo esos dos trozos de madera sujetos con pequeñas palometas de metal.

Venga, vamos a hacer unos ejercicios.

Matthias me levanta por las axilas.

Venga, un poco de voluntad. Para andar con muletas hacen falta buenos brazos. Ponte derecho. Y haz como yo.

Matthias comienza trazando grandes círculos con la cabeza, con los brazos relajados a los lados y respirando profundamente. Lo imito lo mejor que puedo, sentado al borde de la cama. Dobla los codos, junta las manos detrás de la espalda e inclina el tronco hacia delante.

Hay que mantener la postura, me explica. Hay que mantenerla y profundizar en ella. Debes sentir el cuerpo, debes concentrarte en él y aguantar cuando duela.

Retomamos la serie de movimientos varias veces hasta que llaman a la puerta. Matthias se da la vuelta. Llaman otra vez.

No hemos terminado, me advierte antes de ir a abrir.

Durante un instante mantengo la esperanza de que sea Maria, pero pierdo la ilusión en cuanto Matthias invita a entrar al visitante. Éste franquea el umbral, apoya su escopeta en la pared y coloca dos liebres encima de la mesa. Matthias y yo intercambiamos una mirada. Ninguno de los dos conocemos a ese hombre.

Son para ustedes, anuncia el visitante señalando las liebres.

Matthias clava la mirada en los cuerpos, como si temiera que salieran corriendo de nuevo.

Gracias, balbucea Matthias, muchas gracias. ¿Quiere un café?

El visitante acepta con una inclinación de la cabeza y, en cuanto Matthias se vuelve, centra toda su atención en mí.

Tiene el cabello cano y la barba un poco pelirroja. La piel del rostro ajada por el sol, por el frío. Parece fornido y debe de estar en la cincuentena. O un poco más. La escopeta brilla a su espalda.

Me llamo Jean, dice el visitante. Nos hemos cruzado un par de veces, pero hace mucho tiempo. Yo trabajaba entonces en el colegio, con tu madre.

Es verdad. Aunque su nombre no despierta ninguno de mis recuerdos, su rostro me resulta familiar.

Matthias sirve el café.

También conocía a tu padre, afirma. Todo el mundo lo conocía. Siento mucho lo que le pasó. Los últimos años lo veíamos muy poco. Su taller se había vuelto una leonera increíble y ya no vendía gasolina. Algunos decían que estaba perdiendo la cabeza, pero yo creo que se sentía solo.

Apoyado en la encimera, Matthias permanece al margen.

A todos nos sorprendió saber que habías vuelto, retoma Jean con otro tono. Y me alegro de ver que estás recuperándote. Maria nos ha dicho que pronto te pondrás de pie.

Jean bebe un gran sorbo de café y consulta su reloj de muñeca.

En realidad, vengo a pedirte algo muy preciso, anuncia: vamos a necesitar un mecánico.

Me quedo paralizado y espero la continuación.

Primero pensamos en Joseph. Sabe hacer un poco de todo. Pero algunos no se llevan muy bien con él y nunca se sabe dónde encontrarlo ni en qué casa duerme. Hace lo que le viene en gana. Y no tiene tu experiencia. Antes estaba tu padre; ahora, el único mecánico del lugar eres tú.

Mi corazón palpita. Miro a Jean mientras intento encontrar el hilo de mi pensamiento.

¿Qué es lo que hay que hacer exactamente?

Queremos ponerle orugas a un minibús. Para que pueda desplazarse por la nieve. Pronto habremos reunido todo lo que necesitamos: las piezas, las herramientas, el soldador. Nos hemos instalado en uno de los almacenes de la mina. Cuando encendemos los generadores se ve como si fuera de día. Es un buen espacio de trabajo. Y necesitaríamos a alguien como tú.

No sé si estaré en condiciones, digo después de aclararme la garganta.

Si hace falta, te conseguiremos una silla de ruedas. Sólo tendrás que ir diciéndonos cómo hacer y dirigir el trabajo. Con que puedas levantarte y dar unos pasos será suficiente. Vendré a buscarte. ¿Qué opinas?

La perspectiva de volver a la mecánica me estremece por un instante. Sorprendido de que me necesiten, acepto sin otra consideración.

Matthias se sienta a la mesa buscando la mirada de Jean. Tiembla de emoción.

¿Y para qué es ese minibús? ¿Preparan la expedición? ¿Piensan salir antes de la primavera?

Jean se frota la barba.

Exacto. Nos estamos preparando, pero aún no sabemos cuándo podremos partir.

Si puedo hacer lo que sea para ayudarlos, sólo tienen que decírmelo, ofrece Matthias de inmediato. Me han prometido un sitio en esa expedición y cuento con implicarme.

Sí, pero por el momento, lo principal es que continúe ocupándose de él, responde Jean apuntándome con el mentón.

Debo volver a la ciudad, insiste Matthias, mi mujer está allí.

Por un instante, visualizo las arterias de la ciudad bloqueadas por el atasco de los coches abandonados.

Sí, lo entiendo, repite Jean visiblemente molesto. ¿Se ha enterado de las

últimas noticias?, prosigue, como si quisiera cambiar de tema.

Matthias y yo inclinamos la cabeza hacia él con curiosidad.

Hace unos días, tres personas llegaron al pueblo en mitad de la noche. Nadie los conocía. Estaban hambrientos y cubiertos de sabañones. Les dimos cobijo y los curamos. Nos han contado que vivían en un pueblo de la costa. Que se habían organizado bien, pero que hubo algunos pillajes y la situación degeneró muy deprisa. Tuvieron que huir. Se les averió la moto de nieve a tres días de marcha de aquí. Dicen que al principio eran cuatro; uno de ellos murió de frío por el camino. Jude les ha asignado una casa, pero no quiere que les quitemos el ojo de encima. Desconfía, porque tienen un acento que no es propio de la zona.

¿Qué más han dicho?, pregunta Matthias con aire intrigado. ¿Saben lo que ocurre en otros lugares? ¿En la ciudad? ¿Saben si ha vuelto la electricidad en alguna parte?

Nos contaron su historia varias veces nada más llegar, pero desde entonces no se han mostrado muy habladores.

Es normal, digo.

Jean asiente con la cabeza.

Mientras tanto, prosigue, los víveres empiezan a disminuir en el pueblo. Jude le ha pedido a todo el mundo que haga un esfuerzo, de manera que hemos convenido restringir todavía más las raciones. A algunos no les va a hacer gracia, pero así son las cosas. De todas maneras, eso no le impide a nadie hacer como yo y poner algunos lazos para liebres.

Jean se levanta, se desliza la bandolera del arma sobre el hombro y me anima a descansar para que recupere fuerzas.

También tengo que decirles que hay una gripe muy fuerte propagándose por el pueblo. Están apartados aquí, pero tengan cuidado de todas formas. Los medicamentos empiezan igualmente a escasear, y eso complica las cosas.

Mientras Jean se dirige a la puerta, Matthias le da las gracias por las liebres. Jean responde que lo ha hecho con gusto, que nos traerá más. Y

luego, lanzando una última ojeada en mi dirección, repite que vendrá a buscarme en cuanto hayan reunido todo el material.

No se preocupe, añade Matthias, estará en pie.

## Ciento treinta y cuatro

Matthias se remanga y deposita las liebres en la encimera.

No sé si me acuerdo de cómo se hace, admite dándoles la vuelta a los animales, rígidos a causa del frío y de la muerte. Mi padre las cocinaba en las madereras, en aquella época, pero hace mucho tiempo.

Yo sí que me acuerdo. Mis tíos solían pedirme que les preparara las liebres. Hay que arrancarles con cuidado la piel por detrás de los jarretes. Luego, se sujetan las patas traseras con una mano y basta con tirar del pellejo.

Mientras yo pelo unas patatas, Matthias se afana en retirarles la totalidad de la piel, porque la carne todavía está congelada. Después, les secciona la cabeza de un rápido hachazo, les abre la panza y vacía las entrañas. Las vísceras huelen fuerte: un olor a sangre y a bosque después de la lluvia. Volviéndose a mirarme, Matthias me pregunta si estaré en condiciones de echarles una mano con la expedición.

Ya veremos, pero espero que sí. Estoy incluso dispuesto a hacer tus ejercicios si ayudan a que me recupere más rápido.

No me refiero a eso, replica, sino a la mecánica, a ponerle orugas a un minibús. ¿Eres capaz de hacer algo así?

Llevo los diez últimos años reparando camiones volquete más grandes que una casa. Convertir un minibús en una moto de nieve, si tengo las piezas adecuadas, las herramientas y la electricidad, será un juego de niños. Sé hacer más cosas que pelar patatas, ¿sabes?

Matthias descuartiza las liebres y mete todo en una olla con aceite y verduras.

De todas formas, en realidad no tienes elección, señala de repente. Nos lo debes, a mí y a los demás. Después de todo, te hemos salvado la vida. Y por



lo visto no soy el único que quiere ir a la ciudad antes del deshielo. Sería perfecto. Podría volver con mi mujer. Esperar la primavera es una locura, la nieve no deja de caer y, a mi edad, ¿sabes?, si se tiene todo el tiempo del mundo es porque ya no queda mucho.

Me quedo pensativo. Fuera, el horizonte se ha tragado el sol. El cielo está claro todavía, pero la luz se debilita.

Mientras se cuece al fuego la comida, jugamos una partida de ajedrez. Gana Matthias, como siempre. Satisfecho, no me concede ninguna revancha y se retira a su mecedora con un libro.

Pasa un rato y le pregunto qué le ha dado Jacques a cambio de los quesos.

Mi pregunta lo sorprende. Deja caer el libro en las rodillas, y me dice que Jacques le dejó elegir algo del inventario de su tienda.

¿Y qué has elegido?

Matthias vacila un momento.

Un arma.

¿Un arma?

Sí, para defenderme si...

¿Y sabes utilizarla?

Jacques me ha enseñado.

No añado nada más y echo un vistazo por la ventana. En el cielo sólo queda, por encima de las montañas, una línea blanca sobre la que yace el azul de la noche.

Un poco más tarde, cuando Matthias lleva la comida a la mesa, un rico olor invade la estancia. Me levanto apoyándome en las muletas y consigo llegar a la mecedora casi sin ayuda. A pesar de mis protestas, Matthias insiste en asegurar mi equilibrio cuando trato de sentarme. Eso no cuenta.

La carne está dorada y bañada en un jugo almibarado. Antes de servirme, Matthias junta las manos y cierra los ojos. Esta vez sólo dura un instante, y se apresura a sumergir la cuchara en la olla.

Hay que tener cuidado, me advierte, los bichos estos están llenos de

huesecillos.

Comemos con apetito. Despegamos la carne de los huesos con las manos, la salsa gotea por todas partes y se nos pega a la barba.

Para que esté tierno y se realce el sabor, dice con la boca llena, tiene que estar cocinando durante mucho tiempo.

Me río un momento y le indico que me sirva de nuevo. Matthias se inclina sobre la olla chupándose los dedos. De repente se queda inmóvil emitiendo un gruñido extraño. Levanto la cabeza. Tiene los ojos muy abiertos, como si acabara de ver un fantasma. Se levanta tirando la silla al suelo y se lleva las manos a la garganta. Su mirada recorre la estancia rápidamente. Abre la boca sin emitir ningún sonido. Se golpea el pecho con las dos manos. Gruesas gotas de saliva le cuelgan del labio inferior. Las venas del cuello se le hinchan. Trato de acercarme a él apoyándome en la pierna derecha y agarrándome a la mesa. Se le amorata la cara. Las pupilas se le están dilatando y volviéndose muy negras. Intento captar su atención acercándome a él. Se agita en todas direcciones. Le grito que no se mueva. Es como si no me oyera. Abre y cierra las manos como si buscara algo a lo que aferrarse. Se golpea el pecho con movimientos desarticulados. Sé que existe una maniobra que hacer en este tipo de situaciones: hay que ponerse detrás de la persona y ejercer presión sobre su vientre. Pero me encuentro tan débil todavía... No estoy seguro de lograrlo.

¡Quédate delante de mí!, le grito presa del pánico, ¡Matthias, mírame!  
¡Quédate ahí! ¡No te muevas!

Entonces le asesto un potente puñetazo en el estómago. Él encaja el golpe doblándose por la mitad, pero no ocurre nada. En cuanto se levanta, vuelvo a la carga con más fuerza. Siento los nudillos hundiéndose en su vientre delgado y abriéndose camino hasta su diafragma. Un huesecillo sale de su boca como un proyectil y Matthias se desploma en el suelo jadeando.

Durante los dos o tres segundos siguientes, el silencio es total. Después, inspira ruidosamente. Tose, vomita y unos espasmos le sacuden el cuerpo.

Suspiro de alivio y me doy cuenta de que estoy de pie, recto como un cohete, por primera vez. Mientras tanto, a mis pies, Matthias parece una vieja locomotora de vapor a la que le costara volver a ponerse en marcha.

## Ciento treinta y ocho

Cristales de nieve recorren la silueta fusiforme de los árboles. Caen en línea recta con un movimiento continuo, ligero y pesado a la vez. La nieve trepa hasta el bajo de mi ventana y se amontona contra el cristal. Como una habitación sin salida en la que aumentara el nivel del agua.

He visto con mi catalejo que un animal se ha aproximado a la casa. No es demasiado grande. Un zorro. Un lince quizá. En fin, un animal que ha venido a devorar las sobras de las liebres que Matthias tiró fuera ayer por la tarde, tras recuperarse de su percance. Las huellas siguen frescas, pero pronto la nieve lo habrá cubierto todo. Entre los árboles se adivinan algunas casas; con toda esta nieve parece que se encogen cada día, que se hunden. Vigilo el pueblo durante un buen rato. No hay movimiento, sin embargo. Maria no anda entrando y saliendo de las casas curando a gente, no veo a Joseph reparando nada y nadie parece estar de camino para venir a buscarme.

Al alba, Matthias, nada más despertarse, se encuentra ya en pie como si no hubiera pasado nada. Ha hecho sus ejercicios, fregado los platos y preparado pan negro. Pero algo le ha ensombrecido el rostro.

Hace más de una hora que empezamos una partida de ajedrez y todavía no hemos terminado. Cada vez que le toca a él, Matthias sopesa todas las posibilidades durante largo rato. Parece un combatiente debilitado que ya no se atreve a confiar en su instinto.

La habitación está en silencio. Sólo se oyen las quejas de la estufa. Escruto las líneas de la palma de mis manos, sabiendo perfectamente que nada ni nadie es capaz de ayudarnos a predecir nuestra suerte. Junto a mi cama, la partida de ajedrez contiene la respiración. Aunque no se sienta bien, Matthias

terminará por arrinconarme y ganará la justa. Ésa es mi única certeza en este momento.

## Ciento cuarenta y siete

Desde hace unos días siento que mi cuerpo se adapta a su nueva realidad. Los brazos recobran la fuerza. Los hombros se tonifican. Cuando me quito las férulas, doblo las piernas cada vez mejor. Sólo me queda la herida de la pierna izquierda por cerrar del todo. El dolor desaparece poco a poco, pero la incomodidad y el entumecimiento continúan.

Sin embargo, con las muletas puedo desplazarme apoyándome, levantándome y balanceándome. Al igual que un pájaro herido, consigo moverme. No durante mucho tiempo, pero sí un poco. Aunque sea tambaleándome, ahora puedo ir a orinar solo. Y, cuando estoy en forma, consigo ir y volver varias veces por la habitación.

De nuevo jugamos al ajedrez. Matthias está callado. Me aguanto las ganas de gritar. Acabo de atraparlo. Su rey se encuentra arrinconado entre mi alfil y mi caballo. Es un callejón sin salida.

En cuanto se da cuenta, alza la vista hacia mí. Sonríe un instante y luego su mirada se cierra como una puerta que da un portazo. Recoge el juego de ajedrez, vuelve a colocar su mecedora cerca de la estufa y pone nieve a derretirse en una olla.

Vuelvo la cabeza hacia la ventana. El cielo está impaciente. El barómetro apunta hacia abajo. Algunos copos han quedado suspendidos en el aire, como si esperaran refuerzos antes de lanzarse sobre nosotros.

Matthias suspira.

Ya no tengo nada que hacer aquí, dice, tú puede que cada día estés mejor, pero yo..., yo me hundo. Mi mujer me espera, lo sé, lo noto. Me espera y no puedo hacer nada, salvo ocuparme de ti y contemplar la nieve caer.

Matthias retira el agua que hierve sobre la estufa, pero, nada más levantar

la olla, se queda con una de las asas en la mano y todo se derrama por el suelo en medio de una nube de vapor. Cuando la nube se disipa, Matthias aparece como un faro inmenso por encima de los escollos. Un faro inmenso y obsoleto. Durante un instante, su rostro y sus puños se crispan como si tratara de contenerse. Y luego le asesta una violenta patada al recipiente, que se estrella con estrépito en un rincón de la habitación.

No es nada, exclama enseguida, antes incluso de que me dé tiempo de reaccionar, no es nada.

Tiene un muslo empapado y humeante todavía. Sale cojeando, se baja el pantalón y se aplica una compresa de nieve sobre la quemadura. Cuando vuelve a la veranda, me pide que lo ayude a vendarse el muslo.

Mientras empuño las muletas y alcanzo la mesa, Matthias me explica al detalle cómo debo proceder.

No te preocupes, no te preocupes, sé cómo se hace un vendaje. Te he visto cambiarme los míos bastantes veces.

Ha tenido suerte. La quemadura parece superficial. La piel se le ha enrojecido y rezuma, pero no hay ampolla. Todavía no. Ahora seguro que está sensible, pero en dos semanas ni siquiera se verá.

Para almorzar, nos comemos unos huevos duros, en silencio, cada uno en su rincón. Más tarde, durante el día, Matthias pasa al otro lado y vuelve con una caja de herramientas. La coloca encima de la mesa junto a la olla abollada y me ruega que repare el asa suelta, de manera que tiro de la caja de herramientas y la abro. Las bisagras emiten un ligero chirrido. En el interior, el contenido centellea. Las llaves inglesas, el martillo, los alicates, todas las herramientas brillan como monedas de oro exhumadas de un sepulcro real. Matthias observa mi reacción con gran seriedad.

Con eso no vas a reparar un camión volquete, indica, ni a transformar un minibús, pero bastará para ver si todavía te gusta tu profesión. Y eso quizá sea lo que nos salve. Tú dejarás de ser sólo un tullido y yo podré volver a la ciudad.

No contesto. Pero mientras reparo el asa de la olla, tengo la profunda convicción de que, independientemente del sentido de cada uno de nuestros actos, el conjunto de las acciones y gestos que llevamos a cabo resulta irrisorio.



## Ciento cincuenta y uno

Es un día muy claro. El cielo está azul intenso. No hay ni rastro de viento.

Matthias está en la mecedora. Tiene un libro en las manos, pero no lo ha abierto. Yo practico con las muletas para guardar el equilibrio. De repente se oye el sonido agudo de un motor. Matthias se levanta y ambos nos dirigimos a la ventana. Hay una moto de nieve subiendo la cuesta en nuestra dirección. Un momento después, la puerta se abre de pronto y Joseph aparece cargado hasta arriba de bolsas y cajas. Matthias se viste corriendo para ayudarlo a descargar.

A mí también me gustaría colaborar, pero con las muletas no puedo hacer nada salvo arrastrarme de un sitio a otro.

Cuando vuelven al interior con los últimos paquetes, Joseph asegura que no sirve de nada retirar la nieve del tejado. Matthias lo mira sorprendido.

Tardaríamos dos días en quitarlo todo, explica, y lo más seguro es que tuviéramos que limpiarlo de nuevo pasado un tiempo. Lo que haré es poner unos refuerzos bajo las vigas del techo, ya sabéis, como los que se colocan en los campamentos de caza antes de cada invierno. Es lo mejor que hay.

Mientras dice esto, le veo un par de puntos de aproximación sobre el arco ciliar. Exactamente lo mismo que tengo yo en la pierna izquierda, pero en pequeño.

Necesito ir a buscar madera para los refuerzos. Y me va a hacer falta que me echéis una mano, continúa Joseph señalándome con el dedo. ¿Vienes? Seguro que no te sienta mal.

Me estremezco sobre las muletas y siento una alegría repentina invadiéndome por dentro.

Venga, coge mi abrigo y mis botas, me ofrece Matthias mientras abre una

de las numerosas cajas de provisiones.

Con cierto cuidado, Joseph me ayuda a ponerme los atavíos de Matthias. En cuanto acabamos, me entrega las muletas y salimos.

Es la primera vez que asomo la nariz fuera desde que empezó el invierno. La nieve está resplandeciente.

Mientras digo eso mismo, doy un primer paso y las muletas se me hunden rápidamente en la nieve. Me caigo de bruces delante de la entrada. Joseph se burla un instante y luego se inclina sobre mí, me coge en brazos y me instala detrás de él en su moto de nieve amarilla.

Sujétate bien, exclama.

El motor arranca y, en un abrir y cerrar de ojos, ya nos hemos ido. Echo un vistazo atrás. Mi mirada se cruza con la de Matthias, que nos observa alejarnos antes de volver a cerrar la puerta. Desde aquí, el otro lado de la casa parece enorme, en comparación con la veranda sumergida bajo la nieve.

El aire frío es penetrante. Me pega las pestañas, las aletas de la nariz. Me quema los pulmones. Nos acercamos a la linde del bosque. Resulta más imponente de lo que imaginaba. Tomamos un sendero que desaparece bajo los árboles. El paisaje es totalmente virgen, liso y blanco. Las píceas a cada lado se inclinan hasta el suelo. En las curvas, Joseph pisa el acelerador para que la máquina no se hunda con todo su peso y cave su propia trampa en las arenas movedizas de la nieve. Desembocamos en un claro. Reconozco el lugar. Joseph aminora y detiene la moto sobre un montículo endurecido por el viento.

Delante de nosotros hay unas dianas clavadas en los troncos de los árboles. Nos encontramos en el campo de tiro, al pie de la montaña. A unos kilómetros del pueblo.

El silencio del invierno es ensordecedor.

Joseph saca una botella de su abrigo, echa un buen trago y me la pasa.

Ya sabes, empieza volviéndose hacia mí, aquí es donde todos los años, a finales del verano, nuestros padres y nuestros tíos venían a practicar con las

escopetas. Muchos de nosotros los seguíamos, ¿te acuerdas? Aparcaban los vehículos ahí, en la entrada, y caminaban hasta aquí cargando con las armas dentro de las fundas. Entonces, las sacaban y disparaban al blanco. Aún éramos pequeños en esa época. Pero me acuerdo muy bien del estruendo de las detonaciones. Y nadie bebía en este lugar. Era una regla. A la hora de la verdad, nada de trucos, repetían sin cesar.

Observo a unos pájaros disputarse un sitio sobre las ramas de un pino.

Tus tíos tenían razón, conviene Joseph observando el bosque que se extiende ante nosotros, había que marcharse antes de la nieve. La vida en el pueblo no es fácil, ya sabes. Con la llegada de los forasteros, Jude ha insistido en que volvamos a las rondas de vigilancia. ¿Estás al corriente de todo eso?

Sí, nos lo ha contado Jean.

Y bien, ¿os ha dicho que, al principio, Jude se negaba a acogerlos más de una noche? Ni siquiera José quería darles medicamentos. Hubo que convencerlos de que no eran bandidos y de que teníamos comida suficiente para tres personas más.

Fumamos un cigarrillo. El humo dibuja densas espirales en el frío cristalino. Ante nosotros, el campo de tiro parece un lago estrecho atrapado bajo la nieve.

Jude lleva un tiempo siendo difícil de seguir. Como todo el mundo, quizá. La nieve pesa sobre nuestras irrelevantes vidas. Parece que tiene un nuevo proyecto. Él, Jean, José y unos cuantos más quieren transformar un minibús en una moto de nieve. ¿Te das cuenta? ¡No funcionará nunca! Y, aunque lo consigan, ¿hasta dónde podrían llegar? Esos chismes consumen demasiada gasolina. ¿Van a agotar las reservas del pueblo para quedarse parados cuando lleven cien kilómetros? ¿Y qué harán entonces? ¿Buscar ayuda? ¡Si ni siquiera están dispuestos a acoger a los desconocidos que llegan hasta aquí! No se dan cuenta de que lo único que les espera ahí fuera es el frío glacial y el viento de la costa. A menos que pretendan alcanzar la ciudad saqueando por el camino todo lo que se encuentren. Ya sabes, apuesto a que vendrán a

buscarte para que los ayudes a instalar las orugas. Al fin y al cabo, eres el único mecánico en kilómetros a la redonda. Y yo, farfulla llevándose la botella a la boca, los he mandado a tomar viento cada vez que han intentado sacarme el tema.

Doy una larga calada al cigarrillo.

Le digo a Joseph que quizá debería haber hecho como él y haber sido carpintero.

Bah, suspira, eso no cambia gran cosa. Pero lo mejor que puedes hacer es no mezclarte en el asunto ese del minibús. Matthias también debería desconfiar. Las últimas asambleas han subido de tono. Algunos le piden explicaciones a Jude. Otros reclaman que se vote cada decisión. Yo trato de mantenerme al margen de todo eso, pero los acontecimientos siempre acaban alcanzándome. Judith murió la semana pasada. No lograba recuperarse de la gripe. Se le complicó. Sufría muchísimo, y José la ayudó a partir. Su familia la ha enterrado no muy lejos del pueblo, bajo la nieve. Es triste, tenía dos niños pequeños. Enfermó de gripe, le subió la fiebre y ya no volvió a bajarle nunca más. Ni siquiera con los medicamentos. Desde entonces, todo el mundo desconfía en cuanto oye toser a alguien. Algunos también tienen miedo de Maria, ya sabes, porque suele estar en contacto con los enfermos.

Joseph tira la colilla y me pasa la botella. Aprovecha para afilar un poco la cadena de la motosierra.

Por si no fuera suficiente, lamenta señalándose el arco ciliar, José se ha enterado de que me acuesto con Maria.

Tras esas palabras, le pido un segundo cigarrillo.

En un pueblo, todo acaba sabiéndose, prosigue tendiéndome el paquete. Desde entonces, anda siempre pisándole los talones. Maria no puede más, él hace oídos sordos y yo ya no tengo ánimos. Se asfixia uno aquí, de verdad que es asfixiante.

Joseph se pone en pie, se acerca al lugar donde comienzan los árboles y arranca la sierra eléctrica.

Vamos a talar ese cedro de ahí, me grita por encima del petardeo del motor.

Cuando se inclina bajo el follaje del árbol, la sierra ruge escupiendo una nube azulada. El cedro se desploma, Joseph lo desrama y lo corta en tres tarugos muy rectos. Me levanto para ayudarlo a meterlos en el trineo, pero me da a entender que no es necesario.

Al sentarse de nuevo en la moto de nieve, me llega el olor del serrín fresco sobre su abrigo.

Ya sabes, prosigue indicándome que le devuelva la botella, Matthias quiere marcharse de aquí. Con o sin ayuda. No es ningún secreto. Y no es el único. Pero Matthias no aguantará ahí fuera más de tres días. Si no es por el frío, será por una milicia. Que vaya o no armado no cambiará nada. Quiere volver con su mujer, pero no tiene ni idea de lo que pasa en otros lugares, igual que el resto de la gente. En cambio, con todos los víveres que acabo de llevaros, debería apaciguarse por un tiempo.

¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?, quiero saber.

No lo sé, responde Joseph mirando a otra parte, no lo sé. ¿Qué harías tú en mi lugar?

Levanto las cejas pensando en mi mapa topográfico. Conduje hasta aquí para ver a mi padre, pero no llegué a tiempo. Mis tíos se fueron a su campamento de caza y nunca volvieron. Vivo con un forastero que quiere marcharse cuanto antes. No sé qué sigue reteniéndome aquí, aparte de que las piernas apenas me sostienen.

Sin añadir nada más, vaciamos el fondo de la botella. Joseph arranca la moto de nieve y regresamos a toda velocidad.

## Ciento cincuenta y uno

Cuando llegamos delante de la veranda, estoy completamente aterido. Ni siquiera consigo levantarme del asiento de la moto. Joseph me coge en brazos y me lleva al interior. Una vez instalado en la mecedora, cerca del fuego, me siento muy débil de repente. Como si el frío quisiera mantenerme a su lado. Espero no enfermarme yo también.

Matthias sigue clasificando las provisiones. Canturrea.

Creía que habían recortado las raciones, recuerda. Pero hay carne de res, un pato entero, sirope de arce, patés, champiñones deshidratados, tantas cosas... Hay incluso café.

Pues mejor si lo vais a disfrutar, se alegra Joseph mientras mide la distancia entre el suelo y las vigas del techo.

Matthias se sorprende cuando encuentra dos botellas de vino.

Pero ¿por qué todo esto? ¿Por qué ahora?

Poco a poco, el calor permite que la sangre me circule de nuevo. En cambio, el hormigueo es insoportable. Apenas consigo seguir la conversación.

Porque Jude no es el único que tiene una despensa secreta, señala Joseph. Y quería que disfrutarais un poco. Sólo por eso. Pero no digáis nada, podría alborotar el avispero. Ya es suficiente con que Jude haya tenido encerrado a Jacques durante dos días...

¿Qué es lo que ha pasado?

Yo no estaba cuando pasó. Dicen algunos que Jacques apuntó con su arma a alguien que le debía gasolina. Otros piensan que fue un complot. Lo han puesto en libertad, pero me huele que esto va a acabar mal.

Matthias da las gracias a Joseph asegurándole que será discreto, y trata de

obtener más información sobre los propósitos de Jacques.

Le han confiscado todo su arsenal. Jude dice que es demasiado arriesgado dejar que las armas circulen así. Que se nos irá de las manos.

El paseo en moto me ha agotado por completo. Los músculos del cuello se me relajan y me pierdo gran parte de la conversación. Cuando levanto la cabeza al fin, Joseph está instalando los refuerzos de cedro bajo las vigas centrales.

Esto no va a enderezarlas otra vez, admite mientras incrusta unos largos clavos con un par de martillazos, pero impedirá que sigan hundiéndose. Ya pueden despanzurrarse aquí encima todas las nubes, que el techo debería aguantar.

Mientras lucho contra el sueño, Joseph recoge sus cosas. Cuando termina, se acerca a Matthias y le entrega un manojito de llaves adornado con un pequeño alce de plástico.

¿Qué es esto?, pregunta Matthias.

Un regalo. Si todavía estás aquí para el deshielo, al menos podrás disponer de un coche. Tercera casa a la izquierda, antes de la salida del pueblo, ya sabes, justo al lado de la pista de hielo. Tercera casa a la izquierda, repite Joseph, en el garaje.

¿Y la expedición?

Estoy seguro de que Jude y los otros están encargándose de los preparativos, pero desconozco realmente en qué punto se encuentran. Os enteraréis mucho antes que yo, dice a media voz.

Cuando Joseph me pone la mano en el hombro para despedirse, me sobresalto como si me hubiera sacado de un sueño.

Tengo que irme. Descansa, descansa y come bien. No te confíes. Ya estás ganando resistencia. Apuesto a que cuando nos veamos de nuevo estarás andando.

Por supuesto, claro, añado como si se estuviera burlando de mí.

Antes de franquear el umbral, Joseph se vuelve y nos mira con expresión

incrédula. Unos instantes después, oímos cómo hace rugir el motor antes de esfumarse a gran velocidad.

No me da tiempo a pensar en acostarme cuando se me vuelve a caer la cabeza sobre el pecho y me sumerjo en un sueño denso y retorcido.



## Ciento cincuenta y uno

Me despierto en medio de la noche con dolor de estómago. Hemos comido demasiado. Mientras dormía la siesta, Matthias ha preparado el pato y ha dispuesto las mejores conservas sobre la mesa. Los corazones de alcachofas, las ostras ahumadas, los caracoles, el pimiento asado. Me ha despertado, nos hemos sentado y hemos comido hasta reventar. Para variar de la sopa y el pan negro.

Fuera, una luna fría traspasa las nubes. Los rayos penetran profundamente en la estancia. A ambos lados de la ventana, todo se reduce a un juego de sombras. Los refuerzos de Joseph parecen árboles que atraviesan el techo. O unas judías mágicas que hubieran crecido en las rendijas del suelo.

Nada se mueve. El tiempo se suspende en la noche. Y ambos están inmóviles. Como mis piernas en sus férulas. Trato de volver a dormirme. Pienso en la vida en el pueblo, en Joseph y en Maria. Pienso en mis tíos. Me pregunto qué habría en su mesa esta noche, en medio del bosque. Cuando se me empiezan a cerrar los ojos, el animalillo vuelve de repente para mordisquearme el sueño. Lo oigo pasearse por el otro lado, reuniendo todo lo que puede. Querría salir en su busca con mi tirachinas y una linterna. Pero con las muletas sería difícil. Al apoyarme sobre los codos, percibo un resplandor bajo la puerta que da al otro lado. Examino la veranda iluminada por la luna. Las tres estacas de cedro sostienen la bóveda celeste; ahí están la mesa, la mecedora, el diván. El diván. El diván en el que descansan las mantas de Matthias, cuidadosamente dobladas aún. Y la trampilla de la fresquera, que está abierta. Pero ¿qué es lo que hace? ¿Qué está haciendo a estas horas en el otro lado? Lo oigo caminar, pararse, volver a empezar. Lo oigo poner cosas del revés, rebuscar, atarearse. Es eso, ya está. Acabo de

encontrar al animalillo que nos roba las provisiones por la noche y ahora comprendo lo que hace: está preparando su partida.

El ruido disminuye durante un momento, mi dolor de estómago se disipa y poco a poco me duermo de nuevo.

Al amanecer, cuando abro los ojos, Matthias duerme en el diván. Se despierta tan pronto como oye que me muevo. Fuera, el cielo rebosa luz a pesar de que el sol todavía no se ha elevado por encima del horizonte. Seguro que ya no quedan brasas en la estufa, porque hace frío en la habitación. Permanezco arrebujado bajo las mantas, oyendo la respiración regular de Matthias. Necesitaría un café.

El ronroneo lejano de un motor me llama la atención. Cojo el catalejo. En el crepúsculo claro y frío, distingo una moto de nieve amarilla que pasa volando a toda velocidad. Bordea la línea negra del bosque. Van dos personas montadas. El conductor se aferra con firmeza al manillar y parece mirar a lo lejos, delante de él. Su acompañante lleva un abrigo rojo. No deja de echar la vista atrás y se abraza al conductor como si fuera su única esperanza. Tras subir la colina, se adentran por una pista forestal y desaparecen. Bajo el catalejo y me digo que sin Joseph y Maria, la vida en el pueblo ya no será la misma. La mía tampoco.

## Ciento cincuenta y uno

El sol hace ya rato que ha salido, pero las nubes han cubierto el cielo por la mañana. El barómetro apunta a la tierra. El aire está cargado. Se ve. La nieve ha perdido su lustre. En el pueblo, el humo sale de las chimeneas, asciende, toca techo y baja de nuevo. Como si no consiguiera llegar al cielo. Aquí y allí, algunos copos de ceniza caen al suelo formando pequeñas constelaciones negras sobre el blanco infinito.

Después de tender la colada por encima de la estufa, Matthias examina los refuerzos. Aunque me permiten desplazarme de la cama a la mesa sin necesidad de usar las muletas, los postes son un estorbo. Dificultan los movimientos de Matthias cuando entra con la leña, cuando pone la mesa y cuando hace sus ejercicios.

¿Aguantarán?, me pregunta incrédulo.

Aguantarán, le digo. Los ha puesto Joseph.

Matthias alimenta la estufa, abre la fresquera y saca algunas cosas. Lo veo frotarse las manos con satisfacción antes de empezar a cocinar. Le pregunto si algún animal ha venido a servirse de nuestras provisiones.

No, me contesta, no lo creo. No veo nada.

He oído un ruido esta noche, insisto.

Imposible. Yo no he oído nada. Ni esta noche ni las anteriores.

Matthias deposita los alimentos sobre la encimera y cierra de nuevo la fresquera.

Debes de haberlo soñado, resuelve con aspereza. Olvídalo. Levántate, vamos a hacer nuestros ejercicios.

Lo dejo estar y hago acopio de fuerzas. Me levanto intentando no poner el peso en la pierna izquierda y comenzamos. Estiramos los brazos hacia arriba

girando las muñecas, inspiramos. Nos inclinamos sobre las rodillas, manteniendo la columna vertebral bien recta, y espiramos. En mitad de la sesión, las campanas de la iglesia empiezan a tañer. El eco reverbera largo rato en las montañas. Es la señal de alarma. Ha pasado algo. Tomo mi catalejo y miro hacia el pueblo. No se mueve nada entre los árboles. Las campanas resuenan todavía. Luego se detienen y todo vuelve a la normalidad. Matthias asegura que si es grave vendrán a prevenirnos. Si no, Joseph nos lo contará.

Algo más tarde oímos el rugido simultáneo de varias motos de nieve. De nuevo nos asomamos corriendo a la ventana. Hay tres. Una está rodeando el pueblo, otra bordea el bosque y la tercera se dirige hacia aquí.

Debe de ser Joseph, presume Matthias robándome el catalejo.

A menos que sea Jean que viene a buscarme, digo yo.

El ruido del motor se aproxima. La puerta se abre. Es José. Lo acompaña otro tipo y una joven. Los tres van armados. Matthias los invita a sentarse a la mesa, pero no se molestan en responder.

Por ahí, indica José señalando la puerta que da al otro lado.

Y el tipo se abalanza hacia ella sin decir una palabra.

Matthias intenta enterarse enseguida de por qué han tocado las campanas.

Buscamos a Maria, declara José, ¿no la habréis visto por casualidad?

Lleva un buen tiempo sin venir por aquí, calcula Matthias.

Sin embargo, hay huellas de moto de nieve en la entrada, observa José cambiando de tono. Todavía están frescas.

Fue Joseph el que nos visitó hace unos días.

¿E iba con Maria?, quiere saber José.

No, ¿por qué?

¿Estaba con Maria?, insiste volviéndose hacia mí.

No, le aseguro.

Detrás de él, la joven se ha apostado delante de la puerta sujetando la escopeta con ambas manos. El tipo vuelve del otro lado negando con la

cabeza.

¿Has mirado bien?, pregunta José.

Sí.

¿Por todas partes?

Sí, por todas partes.

¿No están ahí?

No, no están ahí.

Mierda, vocifera José. Y ahí dentro, ¿qué es lo que hay?, pregunta señalando la trampilla de la fresquera.

Nuestras provisiones, responde Matthias al instante, con la voz tensa. Las guardamos ahí para protegerlas de los roedores.

José asiente con la cabeza examinando atentamente los refuerzos de la veranda.

Sentimos haberos molestado.

Matthias da un paso hacia él y le pregunta de nuevo qué significa todo esto.

Alguien se ha cortado parte del tobillo con un hacha, dice invitando a sus colegas a salir. Necesitamos a Maria, pero no la encontramos. No puede andar muy lejos. ¿Estáis seguros de que no la habéis visto?

Del todo, reitera Matthias.

José suspira y se marcha con sus colegas tan rápido como llegaron.

Me pregunto por un momento si se sobrevive a un hachazo en el tobillo, si Maria podría haber salvado a esa persona como lo ha hecho conmigo.

En el exterior, las motos han dejado unos surcos azulados. Pero ha comenzado a nevar otra vez. Los copos ya empiezan a cubrir las huellas con una delgada capa de silencio.

## Ciento sesenta y siete

Mientras completo una serie de vueltas a la mesa con las muletas, Matthias vierte agua caliente en un cuenco y se enjabona las mejillas hasta formar espuma. Con movimientos lentos y precisos, se desliza por la piel la navaja de afeitar. Se enjuaga el rostro, se seca y se mira en el espejo. Puede que eso lo rejuvenezca algunos años, pero sus rasgos siguen siendo los mismos. La piel del cuello se parece a un banco de nieve ajado por las lluvias del final del invierno.

Al volver una esquina, noto una gota de agua en la frente. Me detengo. Me cae otra. Doy un paso atrás y miro al techo. Se han formado gotas a lo largo de una viga hasta llegar al centro de la estancia. Se alargan, basculan y se sueltan. Una a una, sin prisa, antes de estrellarse contra el suelo. Por un instante, imagino la espesa capa de hielo que se ha formado sin que nos demos cuenta justo encima de nuestras cabezas. Probablemente, a causa del calor de la estufa, la nieve se ha compactado, endurecido, hasta formar un bloque. E impide que el tejado desagüe como es debido. Los refuerzos puede que soporten mucha carga, pero el agua termina pasando siempre por donde quiere.

Cuando Matthias se da la vuelta, le señalo la fuga con el dedo. La observa atentamente, gira sobre sí mismo y coloca un cubo de metal en el suelo.

Ya está, dice.

Y las gotas de agua martillean cada segundo como si estuviéramos encerrados en una clepsidra. Y nuestras horas estuvieran contadas.

Al final del día, el cubo se desborda y se forma un pequeño charco en el suelo. Al arrodillarse para secar el agua, Matthias lanza un grito ahogado,

como si se hubiera dado un golpe. Apoya las rodillas y se queda inmóvil durante varios minutos. Cuando intento ayudarlo, levanta una mano.

No pasa nada, dice doblado por la mitad. Me ha dado un tirón en la espalda, pero no pasa nada. Todo va bien.

Insiste en recoger el resto del agua. Lo hace dando sacudidas, como si luchara contra la herrumbre. La penumbra invade la habitación. Me estiro para alcanzar la lámpara de aceite y la mantengo un instante entre las manos.

Enciéndela, ordena Matthias. No va a salir ningún genio.

Introduzco una cerilla en la campana de cristal, ajusto la llama. Cuando me pongo en pie sobre las muletas para ir hasta la encimera, Matthias se acerca, inclinado como un árbol arrancado de raíz. Me bloquea el camino. Le digo que me deje pasar y que descanse mientras preparo algo de comer. Él grita que ni hablar, que la cocina es su territorio, su territorio personal, y que mi sitio está en la cama o en la mecedora. Y punto. Aunque no consigue despegar los ojos del suelo, agita vigorosamente los brazos en el aire y me obliga a sentarme de nuevo con voz severa y frágil a la vez, de modo que me retiro y las gotas de agua bombardean mi paciencia con una constancia insoportable.

Matthias masculla mientras hace la comida. Parece un viejo cévido cabezota y ceñudo que golpea con la pezuña a la más mínima ocasión. Al mirarlo de reojo, tengo la íntima convicción de que esta habitación pronto será demasiado pequeña para los dos.

## Ciento setenta y cuatro

Antes siquiera de abrir los ojos, oigo el tintineo de los platos y el chapoteo del agua jabonosa.

Me despierto.

Constato con sorpresa que Matthias está de pie, en forma y derecho como una vela. Está lavando y secando algunos platos y cacerolas que apila sobre la encimera. De un modo sorprendente, parece haberse recuperado ya de su lumbago. Silba una melodía conocida y me sirve una taza de café con una tostada. Engullo el desayuno de un bocado y me bebo el café observando la gotera. Esta noche, cuando el fuego se ha ahogado en sus cenizas y el frío ha acudido a atormentar nuestros sueños, me he despertado bruscamente y me he dado cuenta de que el agua había dejado de filtrarse. Las gotas habían parado su cortejo, pero en cuanto hemos encendido la estufa por la mañana han retomado su procesión ahí donde la habían interrumpido.

Con un vigor asombroso, Matthias despeja de nieve la entrada con la pala, mete más leña dentro y trabaja su masa de pan negro.

Hermosa jornada la que comienza, me dice con un flujo de palabras particularmente rápido.

En el momento en el que me decido a levantarme para caminar un poco con las muletas, una moto de nieve se detiene delante de la veranda. Matthias corre a abrir la puerta y Jean entra en la habitación.

Hoy es el día, anuncia enseguida, ¿estás listo?

Matthias me mira levantando ambos pulgares. Me dice que la cena estará servida cuando vuelva.

¿Ves?, todo encaja, añade Jean.

Matthias me ayuda a quitarme las férulas y a ponerme su abrigo, su



pantalón para la nieve, sus botas. Noto que le tiemblan las manos más de lo habitual.

Está bien, dice Matthias anudándose una bufanda alrededor del cuello, ahora ya puedes ir. Las muletas, te harán falta las muletas.

No las necesitará, dice Jean levantándose por las axilas.

Guiñando los ojos y enjugándose la frente, Matthias nos observa mientras salimos. Al franquear la puerta me doy cuenta de que hay una caja de pastillas en la esquina de la encimera. Son los analgésicos que yo tomaba cuando el dolor era insoportable. Y el envase está vacío, como una cantimplora de la que se ha bebido hasta la última gota.

## Ciento setenta y cuatro

La puerta del almacén se abre con estruendo. Cuando entramos, la oscuridad nos envuelve por completo. Jean silba dos veces. Es un almacén enorme y el sonido resuena contra las paredes de chapa. De repente, oímos el rugido de un generador y unas luces de neón se encienden una tras otra por encima de nuestras cabezas.

Ante mí hay cinco tipos que me miran fijamente, como si acabaran de toparse con un resucitado. Reconozco algunas caras, pero los años no han pasado en balde. Después de tanto tiempo, somos extraños. Uno de ellos me acerca una silla de ruedas remarcando que él formaba parte del grupo que me encontró tras el accidente.

Qué bien que estés recuperándote.

Sí, le digo, pero va lento.

Así te ahorras las rondas de vigilancia, bromea.

¡Y has tenido la suerte de que te cure la mujer más guapa del pueblo!, añade otro riéndose junto a sus compañeros.

¡Dejadlo tranquilo!, ordena Jean conduciendo mi silla entre las cajas de herramientas. Hay que ponerse a trabajar.

El minibús está subido a unos bloques de madera. En la parte de delante se han acoplado unos largos esquís de metal a la suspensión. Han despojado de las ruedas la parte trasera, y unas imponentes cadenas de oruga aguardan a ser instaladas. Ahora entiendo por qué decía Joseph que nunca iba a funcionar.

En este punto estamos. No está nada mal, ¿no?

Miro a Jean rascándome la cabeza y me tumbo en el suelo con precaución. Me deslizo bajo el minibús aferrándome al sistema de escape. Pido que me

traigan una luz. Inspecciono la solidez de los ejes, el estado de los amortiguadores, el dispositivo de frenado. Mientras estoy ahí, uno de los hombres se inclina hacia mí.

Creía que te habías ido de aquí para no ser mecánico como tu padre.

Me vuelvo hacia él, le sostengo la mirada y le pido que me pase una llave inglesa.

Él obedece pero, al tenderme la herramienta, vuelve a la carga.

¿Y dónde has estado todo este tiempo? Diez años es mucho. ¿Qué has estado haciendo?

Le respondo que hice lo posible por cambiar de vida.

¿Y por qué has vuelto?, ¿por la avería?

No, venía a ver a mi padre.

Jean se arrodilla para ver en qué estamos. Le hace una seña a su colega para que me deje trabajar. Bajo el haz amarillo de la linterna, su rostro resulta particularmente severo. Me pregunto cómo era este hombre con los niños pequeños antes de la avería, cuando trabajaba de maestro.

Mientras realizo una última comprobación, el olor a gasolina, la textura de la grasa, la oscuridad apelmazada de la mecánica me transportan lejos en el tiempo. No sé si mi padre habría aceptado venir aquí. No lo creo, pero seguro que habría aprovechado la situación para sacar algo a cambio.

Cuando termino, me ayudan a salir de allí y a sentarme en la silla. Jean y los demás esperan mi veredicto. Los brazos les cuelgan a ambos lados del cuerpo. Me vuelvo hacia el minibús. Es un proyecto descabellado. Parece un astillero.

No entiendo por qué necesitáis una máquina así.

Jean me responde que es para hacer expediciones y reponer nuestras provisiones.

Las motos de nieve están bien, prosigue, pero necesitamos espacio para transportar herramientas y personas. Necesitamos un verdadero vehículo para la nieve.

Ya veo. Pero apuesto a que no tenéis los adaptadores para las orugas.

Jean y sus hombres intercambian una mirada vacía.

Entonces va a haber que perforar los cubos.

Todos asienten, pero no ocurre nada. Insisto.

Entonces va a haber que perforar los cubos.

Jean da algunas directrices a los demás. Uno de ellos se apresura a sacar un taladro, otro lleva las cajas de herramientas adonde estamos, alguien extiende un alargador hasta nuestra zona de trabajo. Señalo con el dedo al tipo con el que he conversado un momento y le digo que se acerque.

Escúchame bien, vas a hacer unos agujeros exactamente donde te indique. Con mucho cuidado, sin forzar el motor y sin romper la broca.

Asiente con la cabeza, se coloca y comienza a horadar el metal. Mientras lo vigilo con el rabillo del ojo, le explico a Jean cómo vamos a proceder. Me pide que le detalle bien cada etapa para estar seguro de entenderlo todo.

¿Crees que terminaremos hoy?

Ya veremos; a lo mejor.

Radiante, Jean me posa la mano en el hombro y declara, orgulloso, que soy la persona adecuada.

## Ciento setenta y cuatro

Hace un buen rato que se ha hecho de noche cuando Jean me lleva de vuelta. Vamos a gran velocidad y los faros hienden la oscuridad ante nosotros. Bajo la nieve se adivinan las antiguas instalaciones de la mina y la impresionante meseta formada con los residuos de mineral. Al contrario que Joseph, Jean maneja la moto de nieve con movimientos bruscos, y cada vez que vira pienso que vamos a quedarnos atascados. Llegamos ante la veranda. Matthias ya ha abierto la puerta. Sin parar el motor, Jean le indica que venga a buscarme. Matthias avanza hacia nosotros y vacila en la nieve.

Sopla fuerte, exclama con la voz parcialmente tapada por el ruido del motor. Va a haber tormenta.

Jean asiente, evasivo. En cuanto he bajado de la moto y Matthias me tiene sujeto por el brazo, Jean aprieta el acelerador y baja al pueblo.

¿Y bien?, me pregunta Matthias nada más entrar en casa.

No hemos parado en todo el día, digo mirándome las manos ennegrecidas por el aceite y el polvo. Tengo hambre.

¿Funciona?

Debería.

¿Y cómo es?

Como un minibús con esquís y unas orugas. Como un barco de las nieves.

Matthias se queda pensativo por un instante.

Masajeándome las piernas, observo la gotera y me digo que habría que sellarla o encontrar el modo de amortiguar la pulsación de las gotas.

¿Qué tal las piernas?

Bien, están duras como piedras, pero el dolor es soportable. Y tú, ¿tu espalda?

Como nueva, responde con los ojos ojerosos por los analgésicos.

Matthias me sirve un plato de pasta.

Entonces, ¿han dicho cuándo saldría la expedición?

No, el minibús está todavía dentro del almacén. Quedan por hacer algunas pruebas en el exterior.

¿Van a necesitarte también para eso?

Imagino que sí.

De modo que no van a marcharse inmediatamente. ¿Jude estaba con vosotros?

No.

Pero Jean te ha confirmado que me guardan un sitio, ¿no?

Hemos estado trabajando el día entero, no me acuerdo de todo lo que se ha dicho. Tendrás que verlo con ellos.

Con un trozo de pan rebaño el plato. Matthias no dice nada más y se pierde en la contemplación del agua que mana del techo.

## Ciento noventa y dos

Hay tormenta desde hace casi una semana. El viento desfigura los árboles y levanta la nieve a medida que va cayendo. Es imposible saber si los copos llegan del cielo o suben de la tierra.

Durante los últimos días casi no me he movido de la cama. Por la mañana me fricciono las piernas, hago algunos ejercicios y vuelvo a acostarme. No hay otra cosa que hacer.

El techo sigue goteando. Hemos dejado de derretir nieve en la estufa. Recuperamos el agua directamente de la gotera. Es clara, pero tiene un regusto raro. Se diría que se ha impregnado del sabor de la madera al traspasarla.

Matthias cocina sin parar, como si tratara de colmar el vacío preparando algo con lo que llenarnos el estómago. Hoy ha vuelto a amasar pan negro, pero esta vez le ha añadido carne, frutos secos y una buena ración de grasa. Está horneándose desde esta mañana, y Matthias alimenta el fuego con cuidado para no forzar la lenta cocción de sus barritas de pan negro con carne.

No es pan negro, es pemmican. No es lo mismo, señala.

Cuando al fin deposita sus barritas de pemmican sobre la mesa, Matthias parece especialmente satisfecho.

Se puede sobrevivir mucho tiempo alimentándose de pemmican, continúa. Unos bocados equivalen a una comida. Es lo que se llevaban los exploradores cuando remontaban los ríos.

Fuera la tormenta retumba y da golpetazos contra la veranda. Se arremolina en la chimenea y fustiga la nieve alrededor. Azota la ventana. Ruge. Y nosotros observamos el espectáculo con indiferencia calculada. De

repente oímos unos gritos. Alguien habla al otro lado de la puerta. Matthias abre intrigado. Es Jonas. Entra sacudiéndose la nieve de los hombros y arrastra la mecedora para sentarse cerca de la estufa. Agita las manos tendiéndolas hacia el calor. Permanece así un buen rato. Como lo hicieron nuestros ancestros durante miles de años. Cuando se vuelve a mirarnos, moviendo con esfuerzo los dedos, los carámbanos de su barba se derriten poco a poco y su abrigo turquesa reluce. Abre la boca para hablar, pero parece que se le escapa la idea porque enmudece un momento, hipnotizado por las gotas de agua que caen del techo y aterrizan en el cubo.

Hace frío, acaba diciendo. Y la ni-nieve no para. Habéis hecho bien poniendo refuerzos. Nunca se sabe. He oído decir que un poco más arriba, en el bosque, hay incluso el doble de nieve. El doble de nieve, ¿os imagináis?

Matthias levanta las cejas, yo trato de imaginar el campamento de mis tíos bajo cuatro metros de nieve.

¿Qué es eso?, pregunta Jonas señalando el pemmican sobre la mesa.

Matthias lo invita a servirse.

Jonas toma una barrita de pemmican, la sopesa y le da un bocado con los dientes que le quedan.

Es una buena tormenta, prosigue con la boca llena, una buena tormenta. Pero ya hemos pasado por otras. Cada invierno hay tormentas. Es así. Y no detienen nada. No detienen a nadie, las tormentas. La prueba: se han ido cuando empezaba ésta.

¿Quiénes se han ido?, le pregunta Matthias en el acto.

Jonas deja de masticar un instante.

Jude, Jean, José y los demás.

¿Con el minibús?

Sí, con el minibús. Tendríais que haberlo visto. La máquina esa flotaba sobre la nieve. Cualquiera habría di-dicho que era un barco, un arca, como en la Biblia, justo antes de que se abran las esclusas del cielo.

El rostro de Matthias se ensombrece.



¿Se han ido a la ciudad?

No lo sé. Se han ido a buscar comida, gasolina y medicamentos, sobre todo para los que no logran curarse de la gripe. Me crucé con ellos antes de que se fueran. Éramos los únicos que estábamos fuera, a causa del viento que soplaba. Les pregunté si podía subir a bordo. Para ir a vender mis botellas vacías. Dijeron que sí, pero la próxima vez. Insistí, porque a mí no me dan miedo las tormentas. Pero me explicaron que eran ya muchos y que no iban a tardar. Así que me volví a casa antes de resfriarme. De todas formas, pronto estarán de vuelta y yo formaré parte de la pró-próxima expedición.

¿Cuánto hace que se han ido?, quiere saber Matthias, desconcertado.

Ya no lo sé, responde Jonas pensativo. Debe de hacer cuatro o cinco días ahora. Sí, eso es. De todas formas, los esperamos en cualquier momento. Estamos deseando verlos. El pueblo parece vacío sin ellos. Y el día de racionamiento se acerca.

Jonas da un gran bocado a su barrita de pemmican.

Está bueno, confirma. Un poco duro, pero está bueno.

Matthias murmura algo y deja de prestar atención al resto de la conversación.

¿Y has tenido noticias de Joseph y Maria?, pregunto sombrío.

Ay, la bella Maria, suspira Jonas. Yo sabía lo que iba a pasar, lo sabía, pero no se lo dije a nadie. A nadie. Se fueron. ¿Qué queríais que hicieran? Es así. Estaba seguro de que no serviría de nada lanzarse en su busca. Jo-Joseph no está loco. No se dejará atrapar. Yo tam-tampoco estoy loco. No parezco gran cosa, así, durmiendo en el establo, dedicándome a lo mío, pero estoy al tanto de todo. Además, ahora soy yo el que se ocupa de las vacas, el que les da de comer. Alguien tiene que hacerles compañía a los pobres animales.

Mientras Jonas continúa su parloteo, echo un vistazo a Matthias. Tiene la mirada perdida como si estuviera aquejado de parálisis y ya no pudiera hacer nada por mejorar su suerte.

No se da uno cuenta, prosigue Jonas, pero los días han empezado a

alargarse. Las mañanas son más claras. Y se hace de noche más tarde. Normalmente, en esta época del año, siempre hay unos días en los que el frío termina aflojando. A veces la nieve se transforma en lluvia. Es así. Siempre hay templanzas, templanzas en lo más profundo del invierno. ¿Puedo tomar más pemmican?

Sí, responde Matthias distraído, coge todo lo que quieras.

Jonas se levanta y se mete algunas barritas de pemmican en los bolsillos.

Es pa-para el camino, dice antes de marcharse.

## Doscientos seis

Con la nieve que se ha acumulado durante los últimos días, mi ventana cada vez se parece más a una tronera. Como si viviéramos en un búnker construido en previsión de una emboscada. O en un refugio subterráneo con acceso muy limitado al mundo exterior.

La mañana apenas está empezando. Matthias tiene la vista clavada en la cafetera, como si no hubiera dormido en toda la noche. Su expresión es grave y severa. Oteo el horizonte con mi catalejo. Exploro la base de la colina en dirección al pueblo. Todo está en calma. Sólo sale humo de tres chimeneas. Es invierno, la gente hiberna.

Todavía estamos lejos del deshielo anunciado por Jonas, porque el frío ha relegado el paisaje al silencio y la inmovilidad. La rama del barómetro parece fijada en la horizontal, los árboles se abandonan a la nieve, las ardillas no salen del hueco de sus troncos. Hasta la gotera se ha detenido más tiempo de lo normal antes de empezar a rezumar de nuevo, siempre un poco más rápido que la víspera. De hecho, a las gotas de agua parece atraerles nuestra presencia, nuestro olor, nuestro calor. Se forman sobre nosotros con el instinto de los grandes carnívoros, que llevan en sus venas el recuerdo inmemorial de sus ancestros rodeando de forma metódica a sus presas antes de devorarlas.

De repente, Matthias propina un violento golpe en la mesa. Su taza de café cae y se rompe en el suelo.

No puede ser, vocifera, ¡es imposible!

Desaparece en el otro lado y vuelve unos instantes más tarde, escondiendo algo a la altura de sus riñones, bajo la camisa.

Tengo que ir al pueblo.

Lo miro fijamente.

Tengo que ir al pueblo, repite contrariado. A lo mejor han vuelto Jude y los demás, como dice Jonas. Puede que se preparen para ir a la ciudad, ahora que han probado el minibús. Tengo que decirles que me guarden un sitio. Ése era el trato: tienen que hacerme sitio en el minibús.

Matthias se pone el abrigo, coge las raquetas y sale a toda prisa.

Me termino el café observándolo mientras se abre camino en la nieve. La veranda me parece amplia y tranquila de repente. Sólo se oyen el crepitar del fuego y la constancia de las gotas de agua. Podría aprovechar para cambiarme las vendas, hacer mis ejercicios o recortarme la barba, pero me da por pensar en las botellas de vino que nos trajo Joseph. Paseo la mirada por la habitación un momento. La idea de volver a acostarme me cruza la mente. Hasta que mis ojos se detienen en la puerta que lleva al otro lado.

Empuño las muletas, me levanto y me dirijo a la puerta. Las bisagras pivotan sin hacer el más mínimo ruido. Una bocanada de aire frío y rancio sale a recibirme. Inspiro profundamente y cruzo al otro lado.

## LAS ALAS

*En cuanto hayamos salido volando de este lugar cercado y sin vida, te maravillarás de la profundidad del horizonte. Entonces, estaremos en otra parte. Entonces, estaremos a salvo. Seguirás mis instrucciones escrupulosamente. Volarás a media distancia entre el cielo y la tierra. Volarás, surcarás los aires recto hacia delante, con los brazos en cruz, dejando que el viento te transporte.*

## Doscientos seis

Cierro la puerta tras de mí. Un halo de luz despunta al fondo del pasillo, pero la oscuridad es dominante y, a cada lado, las paredes se prolongan indefinidamente.

¿Hay alguien?

No obtengo respuesta. La casa está vacía. Sin vida. La existencia fantasmagórica de Matthias y la mía son las únicas que embrujan el lugar. Empuño con firmeza las muletas y doy algunos pasos. La humedad me cala enseguida los huesos y me agarrota las articulaciones. No sé cuánto tiempo voy a poder aguantar.

El salón se halla a la derecha. Hay algunos tomos esparcidos por el suelo al pie de una librería espléndida. Parece un montón de carbón listo para alimentar la caldera. Una chimenea de piedra domina la estancia desde la pared del fondo. En el interior hay unas latas de conserva calcinadas y algunos leños a medio consumir. Una manta cubre parcialmente el viejo sofá y una botella de ginebra vacía reina sobre la mesa de centro. Las cortinas de las ventanas están corridas. El frío ha fijado las cosas en su sitio. En una esquina de la habitación, un televisor espía mis movimientos y me devuelve el reflejo de un hombre de edad imprecisa, que avanza con gran esfuerzo apoyándose en unos palos de madera. El salón da al comedor. La luz del día penetra con dificultad, azulada por la nieve que se ha acumulado en las ventanas. Más lejos, en la cocina, el aire atraviesa los tablones de una ventana cegada. Corrientes de aire y un poco de nieve. En lo alto de la encimera, los armarios de cocina no tienen nada que ofrecer salvo un viejo papel pintado. En el fregadero hay trapos y latas de conserva aceitosas. Las baldosas del suelo están cubiertas de fragmentos de cristal y huellas de botas embarradas.

Me asomo al cuarto de baño. Está sucio e inutilizable. Cierro la puerta con una ligera arcada. Vuelvo al pasillo y paso delante de la puerta principal. Por curiosidad, miro a través de la mirilla, pero no veo nada. Puede que esté defectuosa. ¿O será una artimaña de la nieve? En un acto reflejo, compruebo que esté cerrada con llave. A continuación me detengo delante de la escalera que sube a la planta de arriba. Es ancha y maciza. El pasamanos de madera ha sido labrado con un saber hacer que pertenece a otra época. Me agarro con fuerza abandonando una de las muletas y subo los escalones cojeando. Arriba hay tres cuartos inundados de claridad. Las lucernas proyectan la luz del día sobre las camas deshechas, los armarios entreabiertos, las cómodas vaciadas deprisa y corriendo y la ropa esparcida por el suelo. Me acerco a una de las ventanas.

La vista es sorprendente. El perfil de las montañas parece trazado con una seguridad fuera de lo normal. La extensión sin fin del bosque desciende hasta el claro en el que se yergue el medidor de nieve. Me parece que estoy en la atalaya de un navío. Y que constato la amplitud descomunal del horizonte que se cierra sobre nosotros.

Más abajo distingo con claridad el comienzo del pueblo. Al final, varios tejados sepultados, cuatro delgadas columnas de humo y unos pequeños senderos entre casa y casa, como frágiles pasarelas amenazadas por la intemperie.

Podría quedarme mucho tiempo contemplando este paisaje desolado y magnífico, pero el frío me gana poco a poco. Cuando exhalo, una nube de vapor sale de mi boca como si fumara un cigarro. Me agacho con dificultad, cojo una chaqueta del suelo, me la pongo y me froto las manos.

De vuelta en el pasillo, me fijo en una puerta que hay debajo de la escalera. Debe de ser el acceso al sótano. Un estremecimiento me recorre el espinazo. No quiero resfriarme, pero me puede la curiosidad. Abro la puerta del sótano. Sólo para ver.

Ante mí distingo únicamente los primeros peldaños de la escalera que se

hunde en esta boca abierta y oscura. Me agacho y, apoyándome en las muletas, paso la cabeza bajo el dintel. Las pupilas se me dilatan y comienzan a perforar las sombras. Hay algo en el suelo bloqueando el paso. Me arrodillo para ver de qué se trata. Es una maleta grande y negra. Pesa. Tengo que apoyarme en el marco de la puerta para tirar de ella hacia la luz del pasillo.

En uno de los compartimentos hay un saco de dormir, un par de botas, un impermeable amarillo y ropa limpia. En el otro hay víveres de todo tipo almacenados cuidadosamente. Conservas, tarros de mermelada, galletas saladas, chocolatinas, dátiles secos. Distingo, entre otras cosas, las dos botellas de vino de Joseph y las barritas de pemmican.

Acabo de descubrir las provisiones de Matthias. Aquí es donde almacena todo lo que puede, con discreción, por la noche, como un animalillo testarudo y avaro.

Sigo rebuscando y me topo con pilas de todos los tamaños, dos linternas, un mapa de carreteras detallado, dos cuchillos de distinto tamaño, una cuerda, una brújula. Todo lo necesario para una expedición. Todo lo necesario para marcharse sin avisar. Encuentro hasta un despertador. Todavía funciona. Mientras observo sus agujas correr de una cifra a otra, me doy cuenta de que hace mucho tiempo que mis días no se fraccionan en horas. El tiempo se ha convertido en una especie de magma viscoso entre el despertar y el sueño. El despertador marca las 14.10 cuando me lo guardo en la chaqueta.

Al volver a colocarlo todo de nuevo, distingo un saquito en un lateral de la maleta. Lo abro y extraigo una pequeña caja de cartón: balas de revólver. Ahora sé lo que Matthias ha deslizado bajo su cinturón esta mañana.

Vuelvo a dejar la maleta a la entrada del sótano, cierro la puerta con precaución y me apresuro a regresar a la veranda para calentarme cerca de la estufa.



## Doscientos ocho

Unas pesadas nubes grises envuelven el paisaje. Sobrevuelan el bosque a baja altura y acarician la copa de los árboles dejando caer algunos copos.

Hace un rato que ha vuelto Matthias, pero no ha dicho una palabra. Hemos comido arroz blanco con sardinas. Luego se ha dejado caer en el diván con ojos de asombro, como un animal muerto. Y no se ha movido desde entonces. Fuera cada vez hay menos luz. La noche se agazapa en la linde del bosque y avanza hacia nosotros con sigilo.

Es como si el pueblo funcionara a cámara lenta, termina diciendo Matthias desmoralizado. Jude y los demás no han regresado, la mayoría de la gente está encerrada en casa. Algunos piensan que tuvieron problemas con el minibús.

¿Crees que van a volver?

Matthias suspira y se saca del bolsillo el juego de llaves que le dio Joseph.

Me han contado que se han ido con la gasolina, las armas y una buena parte de las provisiones.

Las arrugas de los ojos y la frente le dan aspecto de sol poniente antes de la tormenta. Me vuelvo hacia la ventana y observo que los copos se licuan en cuanto chocan con el cristal. Todo indica que la nieve se transformará en lluvia.

Matthias juguetea con sus llaves y observa durante largo tiempo el pequeño alce de plástico.

Se han ido, repite secamente. Le mintieron a Jonas, no van a volver. Debí haberlo sospechado.

La oscuridad alcanza la veranda, pero ninguno de los dos parecemos dispuestos a hacer un esfuerzo para encender la lámpara de aceite. Me da la

sensación de que Matthias hace lo mismo que yo: tratar de conciliar el sueño contando las gotas de agua que caen del techo.

Por el momento disponemos de buenas reservas, dice al cabo de un rato, pero vamos a tener que organizarnos de otra forma para la comida. No nos queda otra.

Hago como si no lo hubiera oído y pienso en la maleta que esconde en el otro lado. Y en el despertador en el bolsillo de mi chaqueta.

## Doscientos dos

Es una mañana sin luz. Un sol apagado asoma por detrás de las nubes. Es la primera vez desde el comienzo del invierno que estamos sobre cero. Está lloviendo y el paisaje se lo bebe todo, se compacta y se aplasta.

Hoy, aferrándome a los refuerzos, he tratado de apoyarme un poco en la pierna izquierda. Despacio, sin forzarla. No he sido capaz de dar un paso, pero creo que terminaré consiguiéndolo. Pronto.

El techo cada vez pierde más agua. Las gotas se aproximan entre sí y se sueltan antes incluso de que la anterior haya terminado de caer. Matthias se ve obligado a vaciar el cubo con regularidad para que no rebose. Es como si todo fuera más rápido, pero el tictac reconfortante del despertador me recuerda que los minutos siguen pasando con la misma lentitud.

Llamo a Matthias y le pregunto qué hora le parece que puede ser.

¿Por qué quieres saberlo?, replica molesto. No tiene ninguna importancia.

Por saberlo, digo yo para desafiarte.

Y saco el despertador de la chaqueta.

Sólo faltaba eso, gruñe. Ahora que te desplazas como quieres con las muletas, te pones a rebuscar en mis cosas, ¿no?

Furioso, me quita el despertador de las manos y lo pone sobre la mesa. Las agujas marcan las 11.24.

A las 11.28, Matthias coge el cubo y sale para vaciarlo. Pero al tomar impulso para lanzar el agua, pierde el equilibrio y se cae de espaldas. Empuño las muletas y voy hasta la entrada. Matthias se da la vuelta sobre el costado emitiendo un largo lamento. Se queda unos instantes a cuatro patas y se levanta apoyándose en las rodillas. Se pone una mano en las lumbares y se agacha para recoger el cubo. Con precaución, da unos pasos hasta el interior.

En el exterior todavía está lloviendo y todo se ha recubierto de una capa de hielo. La entrada es peligrosa, la nieve está resplandeciente, las ramas de los árboles se doblan y brillan.

Échate a un lado, exclama Matthias con la cara contraída por el dolor. Déjame pasar.

Cuando cierro la puerta y me vuelvo, Matthias estrella el cubo contra la pared.

¡Se han ido a la ciudad! ¿Te enteras? ¿Adónde quieres que se hayan ido? Se han llevado todo lo que podían y me han dejado aquí. Eso es lo que ha pasado, ¡nada más!

Matthias se revuelve como un oso en una trampa. Trato de regresar a mi cama sin llamar la atención. Me tumbo controlando los movimientos y me hago el muerto.

¡Se han burlado de mí!, vocifera asestándole una patada al cubo que había rodado hasta él. Y no lo he visto venir. ¿Te das cuenta? ¡Un hombre de mi edad! Unos jóvenes de pacotilla. ¡Sois todos unos jóvenes de pacotilla! No comprendéis nada. ¡No respetáis a nadie! ¡Quiero volver a ver a mi mujer! Tampoco es tan raro, ¿no? Tengo las horas contadas. Por mucho que rece, todo quedó atrás para mí. Quiero encontrarla, quiero estar junto a ella. Eso es todo lo que importa. Lo demás me da igual.

## Doscientos cinco

El despertador marca las 16.50. A pesar del escándalo de Matthias, me he quedado dormido. Desplazo las piernas y me siento en la cama. El cubo abollado está encima de la mesa y el agua de la gotera cae directamente al suelo. Un pequeño río atraviesa la habitación en busca del nivel del mar.

Matthias duerme en una silla con la boca abierta, la cabeza echada hacia atrás. Cualquiera pensaría que el corazón le ha dejado de latir. Sobre la mesa, frente a él, descansan su juego de llaves, un libro y una botella de vino. Vacía.

Sigue lloviendo y una espesa capa de hielo lo aprisiona todo. Se han caído algunos árboles. Otros han perdido ramas enormes. Los postes eléctricos se inclinan sobre la nieve, combados por el peso de los cables. El hielo ha fosilizado el paisaje bajo una capa de vidrio, de cristal. Incluso el medidor de nieve se ha petrificado en el sitio.

En cuanto me estiro para alcanzar las muletas, Matthias resucita como si acabaran de darle una bofetada.

¿Adónde te crees que vas así?, masculla con los dientes oscurecidos por el vino y la boca pastosa. Mira afuera, venga, mira, insiste señalando vagamente la ventana. ¿Eh?, ¿adónde piensas ir? No hay ningún sitio adonde ir. Nos rodea un mar de hielo. Veinte mil leguas de viaje invernal.

Sus ojos vidriosos centellean, luego se apagan. Agarra el cuello de la botella y chupetea las últimas gotas de vino.

Jamás podremos escapar de aquí, añade mientras vuelve a poner la botella sobre la mesa con estrépito. El invierno no va a concedernos una segunda oportunidad.

Matthias eructa, gira sobre la silla y consulta el despertador. Son las 17.03.

Ocurrió hace más de dos siglos, me cuenta Matthias mostrándome el libro que tiene delante, en una población piadosa y magnífica, conocida por sus iglesias, sus capillas y su catedral. Era una mañana apacible, incluso las olas que llegaban hasta el puerto lo hacían de puntillas. A esa hora, todos los vecinos se encontraban en misa. De repente, el agua se retiró de las orillas de la bahía. Los pájaros salieron volando. Los perros empezaron a ladrar buscando a sus dueños. Y la tierra tembló. Las grietas resquebrajaron la piedra, se abrieron las juntas de argamasa y unos hilillos de polvo cayeron sobre el suelo. Los arcos esculpidos, el pináculo de los campanarios, las cúpulas decoradas, nada de aquello resistió. Y las bóvedas se derrumbaron sobre la gente que rezaba. Enterrados vivos en las iglesias. Cuando los supervivientes salieron a la calle para constatar los daños, continúa Matthias mirando de reojo el crucifijo encima de la puerta, una ola gigantesca se los llevó por delante.

La noche engulle lentamente el paisaje, como una serpiente digiriendo su presa. Matthias se hace con la lámpara de aceite meneando la cabeza. Varias cerillas se le rompen en los dedos antes de que consiga que aparezca una llama tras la estrecha pantalla. Mientras tanto, me concentro en los segundos que dan vueltas en círculo por la esfera del despertador, como si trataran de ganar tiempo.

¿Quieres explicarme lo que estamos haciendo aquí?, me grita agitando las manos por encima de la cabeza. Estamos atrapados. Bloqueados. Condenados. Mira el despertador, observa el movimiento de las agujas, oye el tictac. Ni la nieve, ni el frío, ni la oscuridad, ni el hambre. Es el tiempo, el tiempo es el que va a acabar con nosotros. Son las 17.15, y ninguna oración podrá sacarnos de aquí. ¿Me oyes?

Matthias se levanta señalándome con el dedo, se tambalea y se vuelve a sentar.

Ninguna oración, repite, con la voz ronca.

Son las 17.20. Matthias se ha tranquilizado. Se le cierran los párpados

poco a poco, dejándose hipnotizar por el silencio que escinde cada segundo.

Quizá deberías tumbarte en el diván, le digo con timidez.

Se le abren los ojos como los tizones de la fragua bajo el soplo del fuelle.

¿Ahora eres tú el que me dice lo que tengo que hacer?, ¿vas a ponerte a mimarme? ¿Eres tú el que toma las decisiones a partir de ahora?, ¿eres tú el que manda? Todavía cojeas, pero las heridas se te han cerrado perfectamente. Ya no me necesitas, ¿es eso? Mi presencia te agobia, te molesta, y tratas de hacérmelo saber. Por supuesto que te encuentras mejor, pero ¿qué piensas hacer ahora? ¿Tienes un sitio adonde ir? ¿Quieres quedarte? Cada vez hay más nieve, nos falta comida y la gente empieza a abandonar el pueblo. No me puedo creer que todavía me encuentre aquí, exclama entre dientes, ya ni siquiera me acuerdo de cómo ha ocurrido todo esto.

Sus pupilas convergen hacia mí como un visor manteniéndome bajo su mira.

¡Es culpa tuya!, ¡todo esto es culpa tuya!

Agarra el despertador y me lo lanza con todas sus fuerzas. Apenas me da tiempo a agacharme y choca con el marco de la ventana. Alzo la mirada y veo la botella de vino dando vueltas por los aires hasta estrellarse justo encima de mi cabeza. Matthias se levanta haciendo caer la silla, rodea la mesa y avanza pesadamente en mi dirección. Querría moverme, reaccionar, pero estoy paralizado. Matthias se encuentra sobre mí como una nube en forma de yunque. Oigo el aire entrar en sus pulmones, arremolinársele en el pecho y salirle por la nariz. Me agarra el mentón y me obliga a mirarlo de frente. Siento sus dedos apretándome la mandíbula, aplastándome las mejillas. De repente no sé quién es este anciano de ojos saltones, duros y negros. No sé lo que quiere ni lo que se dispone a hacer.

Joseph no está aquí para defenderte, dice con la boca pastosa. Ya a nadie le importan los demás. ¿Lo entiendes? Estás mejor. Hablas y puedes moverte. Pero eso no cambia nada. Aquí soy yo el que manda. ¿Entendido? Aquí haces lo que yo te diga. ¡Respóndeme! ¿Lo has entendido?

Sus salivazos se estrellan en mi cara inmovilizada por su mano huesuda. Estiro el brazo para coger una de las muletas. Matthias adivina mis intenciones y se hace con ella antes que yo. Con una mano empuja las muletas fuera de mi alcance y, con la otra, aumenta la fuerza de su agarre manteniéndome la cabeza hundida entre los muelles del colchón.

¡Mírame!, brama Matthias, ¡te doblo la edad! No voy a dejarme torear. ¡Ni por ti ni por Jude ni por ninguno de los de aquí!

Nuestra respiración es entrecortada e irregular. Nuestras miradas se han soldado la una a la otra. Durante una fracción de segundo, creo percibir que los músculos de la cara se le relajan.

Y todo ocurre muy deprisa. Grito con fuerza. Matthias se sobresalta. Lo empujo y me libero de su agarre. Me dejo caer de la cama y me arrastro hacia la puerta sin preocuparme por los trozos de vidrio esparcidos por el suelo. Matthias me atrapa por un tobillo. Yo me debato coceando con la otra pierna. A pesar de que el dolor me nubla la vista, consigo asestarle una patada en el bajo vientre. Matthias pierde el aliento y luego el equilibrio, y da un traspiés hacia atrás, llevándose por delante uno de los postes de refuerzo en su caída.

Cuando se levanta entre las sillas tiradas en el suelo, tiene las narinas dilatadas y ha dejado de parpadear. Me mira fijamente, toma una de mis muletas y la esgrime en alto como un garrote. Evito el primer golpe pegándome a la pared. Encajo el segundo protegiéndome con el taburete de la entrada. Todavía esquivo algunos ataques más mientras busco una salida. Si consigo ponerme en pie, hará que me vuelva a caer. Si abro la puerta para salir huyendo, apenas podré avanzar unos metros. Le lanzo el taburete, pero no tengo fuerza suficiente y cae al suelo antes de alcanzar su objetivo. Matthias vuelve a la carga; ruedo sobre mí mismo. La muleta asesta un duro golpe a otro de los refuerzos, que se suelta bajo la violencia del impacto. Matthias ruge, porque el choque ha debido de resonar con fuerza entre sus manos.

Matthias toma impulso de nuevo y yo trato de agarrar el atizador. De



repente, un ruido sordo nos sobresalta. Matthias se paraliza. Yo me quedo agazapado en un rincón, sin quitarle los ojos de encima. Oímos un goteo de agua sobre el suelo. Matthias recupera poco a poco la razón; se asombra ante el estado en el que se encuentra la estancia. Levanto la mirada y echo un rápido vistazo al techo. Tenemos ahora cuatro o cinco goteras. Y la ventana junto a mi cama está agrietada de lado a lado.

En ese momento, la veranda tiembla bajo un estruendo. Unos segundos más tarde, el cristal de la ventana estalla en mil pedazos, los carámbanos se descuelgan de la cornisa y el frío penetra de golpe en la estancia.

Matthias permanece inmóvil, de pie como una estatua de una época pasada. Fuera, la lluvia ha vuelto a convertirse en nieve y el viento se afana por empujar los copos al interior, sobre el suelo, sobre la cama, alrededor de la estufa. Las vigas rechinan de un modo alarmante. Matthias se vuelve a mirarme. Es como si el invierno caminara sobre nuestras cabezas. Entonces, una parte del techo se desploma y arroja a Matthias con violencia contra el suelo, bajo una tonelada de escombros, trozos de chapa y bloques de hielo.

## DÉDALO

*Volarás, surcarás los aires recto hacia delante, con los brazos en cruz, dejando que el viento te transporte. Y yo te vigilaré de reojo y ganaré altitud. Discretamente, sin que te des cuenta. Como el compañero de equipo que quebranta las reglas del juego, dejaré que el vuelo me deslumbre. Allá arriba, todo será más claro, todo será más hermoso, y por fin podré abandonarme a la luz.*

## Doscientos cinco

La veranda no es más que un amasijo de escombros cubiertos de nieve. Una ancha porción de cielo aparece por encima de nosotros. Salvado del derrumbe, constato que la lámpara de aceite está en el suelo hecha trizas y que el aceite derramado sigue ardiendo. Me levanto y me apresuro a echar nieve sobre las llamas. Todo se vuelve de repente muy oscuro y la brecha del tejado deja pasar la luz de la noche. Me acerco a Matthias. Está inconsciente, pero todavía respira, creo. Las piernas se le han quedado sepultadas bajo una viga rota, chapa abollada y nieve. Trato de liberarlo tirando de sus brazos sin conseguirlo. Me arrodillo junto a él y excavo la nieve con las manos. Aparto los bloques de hielo, retiro los trozos de chapa y utilizo un pedazo de madera para impedir que la viga se hunda todavía más y le aplaste las piernas. A pesar del frío, que me entumece progresivamente, consigo sujetarlo por las axilas y arrastrarlo por el suelo. Pesa mucho. Como un cadáver que tratara de esconder. Hago una pausa y alzo la mirada un momento al cielo nevoso. Hemos tenido suerte pese a todo, porque una parte del techo permanece aún en su sitio.

Podría haber sido el fin, digo temblando, podría haber sido el fin. Pero no ha sido así.

Me sobrepongo, agarro de nuevo a Matthias y desaparezco con él en el otro lado.

## Doscientos cinco

Coloco a Matthias sobre el sofá del salón y lo cubro con algunas mantas que he encontrado en la planta de arriba. Pienso en atarle las manos, pero no lo hago. Visualizo la escena una y otra vez y no lo entiendo. El hombre que hace un instante estaba rojo de ira ahora se ve pálido y frágil.

No hay leña en la habitación. Para encender un fuego en la chimenea, parto en pedazos un par de sillas. Pero la madera se consume enseguida y el calor se escapa por la amplia estructura de piedra.

Paso un rato tratando de dormirme encogido en el sofá de dos plazas, pero tengo frío y me duelen las piernas. Me levanto, rompo otra silla y me siento delante del hogar masajeándolas.

La noche avanza y observo la habitación a la luz oscilante de las llamas. Las librerías medio vacías, los cajones abiertos de los muebles, los fragmentos de vajilla, el desorden. Todo esto me recuerda a esas imágenes de terremotos, de maremotos.

Voy a la ventana y descorro las cortinas. Un resplandor gris destierra la noche y se refracta en la capa de hielo que se ha formado. Desde aquí tengo más o menos la misma vista que desde la veranda, con el bosque, el claro y el medidor de nieve. Sólo falta el barómetro de madera. Algunos copos tratan de calmar el apetito del suelo sin descanso, pero terminan barridos por el viento. El paisaje cede fosilizado en el hielo. Incluso las altas píceas están mirando a la tierra. Resulta fácil imaginar que, más lejos, las torres de alta tensión besan el suelo en señal de obediencia.

Matthias no se ha movido. Le tomo el pulso. Todo parece normal. No sé si duerme o si está inconsciente. Le examino rápidamente las piernas. Algunos

arañazos, contusiones ligeras, nada más. Se ha salvado por los pelos, la viga podría haberle destrozado las tibias.

Cuando las nubes se aclaran con el sol, voy y vengo a la veranda para recuperar lo esencial antes de que se lo apropie la nieve. Abro la puerta y observo desconfiado lo que queda de la estructura tambaleante del tejado. Unas vigas sujetando toneladas de nieve. Varias hojas de chapa desencajadas. Listones hundidos de un extremo a otro. Clavos torcidos. Después de haber examinado largo rato el conjunto, respiro profundamente y me aventuro por esta nave encallada que amenaza con zozobrar en cualquier instante.

Lo primero que distingo al rodear el amasijo de hielo y de escombros del centro de la estancia es una de mis muletas, la que Matthias ha roto al golpear un refuerzo. Sin detenerme, vacío las estanterías, cojo lo que había sobre la encimera. Descuelgo el serrucho y las cacerolas y transporto mis hallazgos al otro lado, cojeando.

Cuando vuelvo, me esfuerzo en retirar la nieve, los bloques de hielo y los escombros. Necesitaría más tiempo. Y una pala. Aun así, doy con algunas conservas, la otra muleta, el hacha, las raquetas de Matthias. Poca cosa en realidad. Las avalanchas lo esconden todo a su paso.

De rodillas en el suelo, he de rendirme a la evidencia. No sirve de nada cavar. La veranda no es más que un tejado aplastado bajo un montículo de nieve. Un castillo vencido por el enemigo.

Un pedazo de cielo azul aparece por encima de mi cabeza, en la brecha del techo. Las vigas vuelven a chirriar. Me apresuro a regresar al otro lado. Cuando cierro la puerta, los tabiques vibran y la otra parte del tejado se derrumba con un estrépito final. Trato de volver a abrirla, la empujo, la golpeo con el hombro, pero no se mueve.

Ya está, me digo, el resto de nuestras cosas están ahora sepultadas bajo la nieve y el hielo. Los víveres, la leña, mi mapa topográfico, todo.

Cuando vuelvo al salón para hacer el recuento de nuestras provisiones, Matthias tiene los ojos abiertos como platos.

¿Qué ha sido ese ruido? ¿Qué es lo que pasa? ¿Dónde estamos? ¿Dónde está mi mujer? ¿Cómo está?

¡Cierra la boca!, le advierto totalmente desmoralizado.

## Doscientos dieciséis

Llevamos algunos días instalados en el otro lado. El frío intenso ha vuelto. Los días son cegadores y las noches, largas. Matthias y yo dormimos unas horas, por turnos, para alimentar el fuego. La chimenea debía de ser decorativa porque, si se dejan morir las brasas, hace falta casi un día entero para calentar de nuevo la habitación.

Matthias se restablece particularmente deprisa, como si no le hubiera pasado nada. Una pequeña herida en la frente, algunos arañazos en las piernas, eso es todo. No ha vuelto a sacar el tema de lo que ocurrió en la veranda. Quizá se avergüence. Quizá le dé completamente igual. En fin, sólo me habla del libro que acaba de terminar, en el que un hombre perdido en un bosque oscuro encuentra la puerta que lleva a los infiernos.

Lo escucho diciéndome que quizá haría mejor arreglándomelas solo, yendo a instalarme en otra parte del pueblo. Pero dudo de poder conseguirlo. Como prisioneros condenados al mismo trabajo forzado, Matthias y yo tenemos que resignarnos a nuestra suerte.

De hecho, hoy hemos adaptado el salón, haciendo trizas algunos muebles, y ordenado nuestras preciadas vituallas. También hemos sacado fuera el televisor. A causa del reflejo de la pantalla. Por la noche, reverberaba la luz de las velas y la chimenea y estaba bien. Sin embargo, durante el día nos devolvía nuestra imagen: nuestras caras chupadas, nuestros cabellos grasos, nuestras barbas de náufragos y nuestras ropas sucias y agujereadas.

Hacemos una pausa para compartir una lata de maíz en conserva. Matthias se ofrece para ir al pueblo esta tarde, a ver si puede conseguir algo de comida.

En cuanto se vaya, me regocijo, iré a rebuscar en sus reservas secretas de la entrada del sótano. En cuanto se vaya.

¿Has dicho algo?, pregunta Matthias mientras se asegura de que el fondo de la lata está vacío.

No, ¿por qué?

Por nada.

Más tarde, mientras me adormezco descansando la pierna, creo oír de nuevo al animalillo. Pasa rozando las paredes, se escabulle por las puertas entreabiertas y verifica que sus provisiones aún siguen en su sitio.

Me despierto sobresaltado. Matthias ya no está. Miro por la ventana. Una nieve despiadada se apropia del paisaje. Vislumbro una sombra lenta que se dirige hacia el pueblo arrastrando una maleta.



## Doscientos diecisiete

Lo sabía.

Ni rastro de la maleta en el rellano del sótano. Ante mí sólo queda la escalera hundiéndose en la sima del subsuelo. Pienso por un momento en el personaje del libro de Matthias e inicio mi descenso a las tinieblas. Quizá descubra algo que haya escapado a su atención.

Con los esfuerzos de los últimos días, tengo la impresión de que la pierna izquierda podría fallarme en cualquier momento. Consigo caminar, sí, pero todavía estoy débil, y necesitaría encontrar un nuevo par de muletas o un bastón, en fin, algo sobre lo que descargar el peso.

Me guío como puedo apoyándome en la pared con una mano; con la otra sujeto una vela que ilumina la escalera y me ciega a partes iguales. El descenso es abrupto y los escalones crujen a cada paso que doy, como si los peldaños fueran a ceder de un momento a otro. Al poner los pies en el suelo, siento el aliento fétido de la tierra húmeda.

Exploro el sótano agachándome para no golpearme la cabeza con los travesaños del techo ni con las tuberías de cobre resplandeciente. Se diría que no ha venido nadie por aquí desde el comienzo de la avería, pero es imposible, estoy seguro de que Matthias conoce este lugar como la palma de su mano. Y de que otros han pasado por aquí antes que él.

Una imponente caldera reina en el centro de la estancia. Profundamente dormida, con los ojos cerrados bajo su máscara de hierro fundido y hollín. A ella es a quien habría que despertar para calentar la casa como es debido. Pero no hay nada con lo que llenarle el vientre para reanimarla. Tiradas por el suelo distingo unas cortezas de abedul con un poco de leña. Eso es todo.

Giro sobre mí mismo y me fijo en un banco de trabajo en el que descansan

varias herramientas entre tornillos, clavos y pernos. A lo largo de la pared hay también estanterías altas con cubetas, neumáticos, cuerda y maletines de pesca.

Un par de raquetas y unos bastones de esquí llaman mi atención.

Eso es, me digo satisfecho, acabo de encontrar lo que necesitaba.

Recorro el sótano de manera sistemática, examinando cada rincón, inspeccionando varias cajas, tomándome mi tiempo. Bajo la escalera encuentro una motosierra, un bidón de gasolina casi vacío y un litro de aceite. En la pared detecto el cuadro eléctrico de la casa. Lo abro y acciono los interruptores con una esperanza totalmente infundada. Pero no ocurre nada. Mi vela está casi a punto de consumirse y he de apagarla para no quemarme los dedos. Una oscuridad subterránea se cierne sobre mí. Poco a poco, los ojos se me acostumbran y distingo el resplandor azul de la superficie en lo alto de la escalera. Aunque me apoyo con firmeza en los bastones de esquí, temo que se me resbale el pie y me quede atrapado entre dos escalones. O que un monstruo me agarre por los tobillos y me arrastre a la oscuridad para devorarme.

Cuando alzo la cabeza, veo una sombra en el pasillo. Es Matthias.

Me sorprendo de verlo. No lo he oído llegar y, a decir verdad, esperaba que no volviera nunca.

Coge mis raquetas y mis bastones y me ayuda a escalar los últimos peldaños.

Está oscuro ahí dentro, ¿no?

En efecto, contesto dirigiéndome al salón.

Es como si el hielo hubiera aplastado el pueblo, comienza a decir Matthias detrás de mí. Hay árboles y farolas caídos en medio de la calle. Algunas casas están completamente selladas por el hielo. Petrificadas. Y no había nadie en ninguna parte. He ido a llamar donde he visto que había fuego en la chimenea. Me han dejado pasar. La gente que me ha recibido estaba ojerosa y flaca. Pero han sido amables. Me han preguntado quién era. Se lo he

explicado todo y luego me han dado tres de las perdices que habían capturado hoy. La comida escasea cada vez más, me han advertido. Se terminaron lo poco que quedaba en una decena de días y, desde entonces, si quieren más, tienen que rebuscar por todas partes. Y cazar. También parece que hay otro grupo que ha dejado el pueblo, justo antes de la helada. Querían aprovechar el tiempo más templado para alcanzar la costa. Decían que la electricidad había sido restablecida en ese sector, que había gente que había conseguido redirigir la energía de los aerogeneradores. Eran casi una quincena, con raquetas y esquís, y con los niños, la comida y el equipaje en trineos. Jacques se habría marchado con ellos. Ni siquiera sabía que todavía andaba por estos lares.

Mientras lo escucho, cojo una de las perdices. Está cebada y rojiza. Le piso las alas y tiro de los muslos. Todo el plumaje se queda en el suelo mientras la pechuga aparece intacta entre mis manos. Añado al fuego la puerta de un armario y corto la carne en filetes finos. Cuando las brasas están bien rojas, doro la carne en una sartén que deposito directamente sobre el fuego.

Matthias me observa salivando.

Después de la comida, se tumba en el sofá y clava distraídamente la vista en el plafón.

¿Dónde está la maleta negra que estaba en el rellano, a la entrada del sótano?

Matthias gira lentamente la cabeza en mi dirección.

Tus provisiones, ¿dónde están?

No sé de lo que hablas, balbucea. Nuestras provisiones están condenadas en la fresquera de la veranda bajo una tonelada de escombros.

Vi la maleta en el rellano del sótano. Era negra. La vi y ya no está.

Puede ser, pero acabamos de comernos una perdiz deliciosa. Deberías tumbarte y dormir un poco, te sentará bien.

Rompo una silla y lanzo los barrotos al fuego. A nuestro alrededor, la

habitación aparece y desaparece en el baile de sombras y llamas.

Nos quedan algunos víveres. Y dos perdices. Tenemos para varios días todavía, vuelve a la carga Matthias. Hemos perdido muchas cosas en la veranda, pero no tardaremos en encontrar otras. No te preocupes. Duerme, me sugiere, yo velaré el fuego.

Me acuesto hecho un ovillo, lo más lejos posible de Matthias y lo más cerca posible del fuego. Como un perro vagabundo que ya no se fía de nadie. Esta noche, de nuevo pienso en mis tíos y mis tías. Los imagino riéndose de la desmesura del invierno y me digo que la terquedad termina saliéndose con la suya. Aunque ya no tenga el plano topográfico que Joseph me había dado, he memorizado la X de su campamento cerca del río. Pero también me acuerdo de la leyenda, en la parte inferior del mapa, que indicaba que sólo soy un punto microscópico ante el poder aplastante del bosque.

## Doscientos cuarenta y dos

La nieve no ha parado de caer desde hace cinco días. El hielo está lejos ahora, enterrado como una capa de sedimentos en una pared rocosa.

Para calentarnos, ya hemos quemado la mayoría de los muebles de la casa, así como las estanterías, la barandilla de la escalera y las puertas de las habitaciones.

Nuestras reservas de alimentos llegan a su fin. Nuestras comidas se parecen, pero Matthias acepta todo lo que le sirvo sin rechistar jamás. Como si se negara a volver a cocinar. En más de una ocasión, aprovecho para interrogarlo a propósito de sus provisiones secretas. Siempre lo niega, recusa mis alegaciones y se burla de ellas.

Ayer, sin embargo, mi obstinación hizo que se enfadara. Tiró el libro al suelo, empuñó uno de mis bastones de esquí y me amenazó gritando. Su mirada era dura y brillante, como una veta de cuarzo. Aunque sentía el miedo licuándome los huesos por dentro, le sostuve la mirada, sin reaccionar. Inspiró profundamente, se calmó y volvió a sentarse. Minutos más tarde, me sonreía porque había logrado esquivar la pregunta una vez más.

El final del día se adivina en el paisaje. Las montañas se han teñido de púrpura con la luz del sol. Son los primeros rayos que percibimos desde hace mucho tiempo. Pero la noche hace que desaparezcan en unos segundos.

Matthias lee a la luz de una vela. De vez en cuando baja la mirada y juega con los dedos en la cera caliente antes de retomar la lectura. La llama le ilumina la cara en contrapicado y la sombra de la nariz se suma a la del arco ciliar, trazándole una gran marca negra sobre la frente. Parece que lleve una máscara.

Más tarde, mientras pelo unas patatas, Matthias viene a sentarse a mi lado

agitando pensativamente el alce de plástico que decora su llavero.

Tengo una historia para ti, anuncia. Justo acabo de leerla, escucha bien. Había una vez, hace mucho mucho tiempo, un humilde campesino. Se afanaba al máximo, pero sus campos eran tan pobres como él. Un otoño, para su gran sorpresa, sus tierras produjeron lo que nunca habría osado imaginar. Y a partir de aquel año, sus cosechas fueron cada vez más abundantes. Sin embargo, como no podía explicar aquel milagro, no le dijo nada a nadie. Construyó un inmenso granero y almacenó allí todo lo que pudo. Cuando estuvo lleno, construyó otro más grande todavía. Así, tocado por la providencia, se regocijaba de su suerte. Ninguna desgracia podría alcanzarlo ya. Tenía el futuro asegurado; podía dedicarse a descansar, comer y beber. Un día, un vecino fue a verlo para pedirle prestada la guadaña, porque la suya estaba rota y el futuro de su familia dependía de sus cosechas. Pero no encontró al campesino ni en los campos ni en la casa. Preocupado, inspeccionó la granja. Cuando vio los graneros inmensos y rebosantes se quedó estupefacto. Pero se quedó más sorprendido todavía cuando tropezó con el cadáver del campesino tirado en el suelo, como si lo hubieran despojado de repente de su alma cuando deambulaba tan tranquilo por su propiedad.

Retiro las patatas del agua. Las dejamos enfriar mientras observamos el vapor que se disipa progresivamente.

¿Ves?, continúa Matthias, por eso es por lo que no te oculto nada. Si tuviera provisiones, las compartiría contigo.

Levanto las cejas.

Necesitamos comida, más velas o una lámpara de aceite, afirma. Necesitamos un montón de cosas más, pero debemos concentrarnos en lo esencial.

No digo nada. Me pregunto sobre todo qué ha hecho Matthias con su revólver. ¿Se quedó sepultado bajo el tejado de la veranda o estará escondido

en una maleta llena de provisiones? A menos que todavía lo lleve bajo el cinturón...

Mañana iré al pueblo, prosigue, a ver si pueden echarnos un cable. Si eso no funciona, rebuscaré en las casas abandonadas. Tienen que quedar víveres en alguna parte.

Me vuelvo a mirarlo.

Te acompaño.

Ni hablar, replica secamente. Mañana iré al pueblo e iré solo. Tú me retrasarías. Y si te ven en pie, la gente dirá que podemos arreglárnoslas solos y no nos dará nada.

Te ayudaré a inspeccionar las casas que estén vacías.

Mírate las piernas, insiste. Estás recuperándote, pero aún te falta resistencia. Cojeas como un pordiosero. Y yo, ¿me has visto? Jamás tendría fuerza suficiente para llevarte en brazos si te desplomaras a medio camino. Dentro de unas semanas puede que seas capaz pero, por el momento, olvídale.

Ya veremos, le digo.

Eso es, ya veremos, repite lanzando un suspiro.

## Doscientos cuarenta y siete

Esta mañana, cuando me despierto, Matthias no está ahí, el fuego se ha apagado y hace frío. Lo único que oigo es mi respiración y el latido sordo de mi corazón. Me visto rápidamente y subo a la planta de arriba lo más aprisa que puedo, como si las piernas no me hubieran dolido nunca.

Voy de una ventana a otra examinando los alrededores. Ahí está el medidor de nieve, en el claro, enterrado hasta el cuello. A lo lejos, el bosque continúa todavía apisonado bajo el hielo. Al pie de la cuesta, tres escuálidas columnas de humo tienden las manos hacia las nubes. Y luego están las huellas de Matthias, que descienden hacia el pueblo, como una línea de puntos.

Reflexiono un instante. El pueblo está muy cerca y al mismo tiempo muy lejos. Sé que estoy mejor. Lo siento. Pero ¿tendrá razón Matthias? A lo mejor no consigo llegar. A lo mejor estoy aún demasiado débil. O soy demasiado impaciente.

Abro la ventana de guillotina y saco la cabeza fuera. El aire es bueno, y el frío se pasea lánguido por mi cuerpo antes de penetrar en la casa. Respiro profundamente y me llevo la mano a la pierna izquierda.

Es el momento, me digo. Voy a ir a ver lo que trama Matthias. Voy a bajar al pueblo.

Entonces desciendo a toda prisa las escaleras, renqueando, me abrigo bien, cojo los bastones de esquí y las raquetas y abro la puerta.

La nieve me ciega en el acto. La luz oscura de la nieve. Si me caigo, sé que jamás conseguiré levantarme. Si me caigo, desapareceré bajo la superficie y, miles de años después, tal vez encuentren los despojos de un ancestro anónimo, misteriosamente preservado por el hielo.



Me sobrepongo, me aferro a los bastones y doy algunos pasos. Enseguida me invade la impresión de reencuentro con una sensación de libertad que creía haber perdido para siempre bajo mi coche, entre la chatarra retorcida y las esquirlas de vidrio.

## Doscientos cuarenta y siete

La bajada al pueblo es más larga de lo que creía, pero todo va bien. Camino siguiendo el surco abierto por Matthias. Calculo bien los pasos y me apoyo con firmeza en los bastones.

Todo está tranquilo. Lo normal, con este frío, es que se oyera un trino metálico en el tendido eléctrico, como si cientos de pájaros fueran y vinieran por el estrecho conducto. Pero hoy lo único que oigo son mis raquetas aplastando la nieve y los quejidos del viento en los cables que cuelgan aquí y allí. Algunos me parecen tan bajos que sería capaz de asirme a ellos levantando los brazos. Sin miedo a electrocutarme por la corriente.

Llego a la entrada del pueblo. Las primeras casas aparecen a mi derecha, sepultadas y mudas. Me detengo un instante y miro a mi alrededor. No he visto nunca tanta nieve. Me cuesta creerlo. Camino a la altura de los tejados, las claraboyas y las chimeneas. En circunstancias normales, habría inmensos bancos de nieve a cada lado de la calle y avanzaría entre estos muros blancos como por una trinchera.

La calle principal se extiende en línea recta delante de mí, pero tengo que rodear las ramas de los árboles y las farolas derribadas que bloquean el paso. Algunas casas se distinguen con dificultad a causa de la nieve que se ha acumulado en torno a ellas. Algo más lejos, reconozco el taller de mi padre. El cartel que indica el precio de la gasolina emerge a la superficie como la mano de un ahogado por encima de las olas. Pienso en ese mundo enterrado bajo mis pies. Me pregunto por qué me daría por volver aquí. Y por qué no he conseguido dejar que el pasado se apague por sí solo en los arcanos de mi memoria. Quería volver a ver a mi padre, quería cambiar el curso de las cosas, y ha sido un completo fracaso. Mi padre murió antes de que pudiera

hablar con él y, haga lo que haga, suceda lo que suceda, siempre seguiré siendo, como él, un mecánico. Las grandes decisiones de mi vida se tomaron hace tiempo, tengo que vivir con ello.

Aún sigo la pista de Matthias. Ésta llega a una pequeña red de senderos que van de una casa a otra. Al final de la calle, en la calma glacial del pueblo, distingo una silueta. No creo que se trate de Matthias, pero me habría gustado estar seguro. Siento no tener conmigo el catalejo. La persona desaparece por la calle transversal. Dudo que haya percibido mi presencia. A no ser que haga como si no me hubiera visto.

Más allá, reconozco la casa cuyo tejado devoraron las llamas. Los cabrios calcinados contrastan con el blanco de la nieve, y el hielo les da un lustre extraño, negro y luminoso. Como si el invierno se divirtiera con un esqueleto inmolado que no ha recibido sepultura alguna.

Cruzo el puente que lleva al centro del pueblo. Un rayo de sol hace su aparición y, durante un instante, el tiempo parece templarse. Cerca del edificio del ayuntamiento, en la luz dorada, veo un hombre apoyado contra un árbol. Guiño los ojos. Es Jonas. Reconozco su abrigo turquesa. Me aproximo a él. La pierna empieza a dolerme seriamente. Voy a tener que descansar un poco. Cuando llego a su altura, Jonas me mira burlón.

Te he visto venir, dice masticando algo. Andas tan despacio que da tiempo de verte venir.

¿Qué comes?, le pregunto sentándome en la nieve.

Pemmican, responde Jonas mostrándome triunfal el pedazo que tiene entre las manos. Me lo ha dado Matthias. Está bu-bueno el pemmican. No queda mucha carne en el pueblo. Nadie puede salir de caza. No hay armas de fuego en ninguna parte. Hemos buscado por todos lados. Jude y los demás debieron de llevárselas todas. Y ya no sabemos cuándo volverán. De aquí a entonces, no quiero que se maten más vacas. Soy yo el que las cuido. Les doy de comer, les limpio el pasillo y ellas mantienen caliente el establo. Duermo tan bien sobre la paja...

¿En qué dirección se ha ido?

¿Quién?

Matthias, le digo buscando su mirada, Matthias.

Llegó por ahí. Hemos hablado un momento. Me ha prometido que me daría más pemmican si le ayudaba a encontrar gasolina. Le he dicho que veré lo que puedo hacer. Pero es fácil, queda en casa de Jude. Hay ocho bidones y yo soy el único que sabe dónde están. Eso me va a dar un montón de pemmican.

¿Adónde iba?

No lo sé, creo que se ha ido hacia la pista de hielo. Sin embargo, no hay que-que, acercarse demasiado a la pista de hielo. La nieve... El tejado se ha derrumbado y las paredes se están cayendo a pedazos, sin previo aviso.

Jonas baja la mirada y me observa rascándose la cabeza.

Vas a resfriarte sentado en el suelo, me advierte.

Me ayuda a levantarme y me acerca los bastones de esquí.

En cualquier caso, el in-invierno se acaba. El río ha empezado a crujir. No se ve, pero se oye. Si uno escucha con atención.

No decimos nada durante un momento. Y el silencio es total.

Hay humedad. La noche pasada había un halo alrededor de la luna. Pronto nevará. Una tormenta más, sólo una, y empezará el deshielo. Y des-después de la nieve, cuando estén practicables las carreteras, por fin podré ir a vender mis botellas.

¿Y adónde?, me ensaño sonriendo.

A la costa, en alguna parte, a la tienda que sea, responde entusiasmado. Tengo muchas botellas y pesan, se ensombrece. Voy a necesitar un coche. Y no sé conducir. Y no tengo carné. Matthias me ha pro-prometido que me llevará si le encuentro la gasolina. ¿Crees que puedo confiar en él?

Carraspeo.

Sin duda, digo mirando la iglesia a lo lejos. Matthias es un hombre de palabra.

El rostro de Jonas se ilumina con más fuerza. Me sonrío, se guarda la barrita de pemmican en el bolsillo y se va.

Evalúo el estado de mi pierna izquierda. El reposo le ha sentado bien. El dolor es estable. Puedo continuar.

Mientras me dirijo a la pista de hielo, las nubes se compactan por encima del pueblo y el paisaje retoma su aspecto apagado. Delante de la iglesia, observo huellas de raquetas en la nieve. Levanto la cabeza. Una de las puertas está entornada. Me aproximo al pórtico y, sin hacer ruido, asomo la cabeza por la abertura.

El interior está oscuro, pero la luz gris del día se filtra a través de las vidrieras proyectando haces luminosos. En uno de los bancos, cerca del altar, reconozco la hechura encorvada de los hombros de Matthias. Está de rodillas y lo oigo susurrar algo.

Me retiro y me alejo rápidamente de la iglesia. Me escondo detrás de la rectoría. Así no podrá verme. Y sabré adónde va.

## Doscientos cuarenta y siete

No hace mucho frío, pero se me han entumecido las articulaciones y los músculos de la cara a fuerza de no moverlos. Estornudo y, en cada ocasión, temo que Matthias esté en el umbral y descubra mi presencia.

La puerta de la iglesia se abre al fin y Matthias aparece bajo el pórtico. Mira a su alrededor y vuelve al sendero. Le doy ventaja contando hasta diez, y me lanzo a perseguirlo. Avanzo ocultándome tras los árboles caídos al suelo, los postes eléctricos, las esquinas de las casas. Estoy seguro de que Matthias no es de los que miran constantemente atrás, pero nunca se sabe.

Para la edad que tiene, Matthias avanza rápido y me cuesta seguirlo. A la altura de la pista de hielo, lo pierdo de vista. Entonces me detengo y observo el edificio sometido por la nieve. No es más que un amasijo de chapa enterrado bajo una avalancha de silencio. Como la veranda, pero en grande. No es un barco encallado, es un navío gigantesco que ha chocado contra un iceberg.

Vuelve a nevar. Los copos son tan finos que cualquiera diría que los molieron en el interior de las nubes hasta reducirlos a polvo.

Retomo la persecución. Al rodear la pista de hielo, veo a Matthias entrando en una casa. Me detengo en el acto. Es la tercera casa a la izquierda antes de la salida del pueblo. La casa del garaje. La casa en la que creció Joseph. Como el resto de las viviendas de alrededor, parece abandonada desde hace mucho tiempo. Me acerco con prudencia avanzando por la nieve blanda y de pronto me siento muy lejos del salón y de la chimenea. Si entro ahí y Matthias me descubre, se va a poner furioso y no tendré fuerzas para calmarlo. O para huir. Rodeo la casa espionando por las ventanas, pero dentro está oscuro y no alcanzo a ver a Matthias. Al volver sobre mis pasos, observo

una ventanita en un lado del garaje. Está parcialmente obstruida por la nieve y he de ponerme de rodillas para mirar en el interior.

No veo muy bien. Matthias se halla detrás de un coche. Abre el maletero y se inclina. Rebusca en el interior de una gran maleta negra. Un escalofrío me recorre el cuerpo. Lo veo manipulando pemmican, conservas, cajas de galletas. Toma notas en un trozo de papel y cuenta con los dedos. Cuando termina, se sienta detrás del volante, saca el juego de llaves y contempla el alce de plástico colgado de uno de los anillos. Arranca el coche y deja en marcha el motor durante un momento. Le brillan los ojos como si uno de sus deseos estuviera a punto de concedérsele. Apaga el contacto, coloca una foto sobre el cuadro de mandos y se pone a rezar.

Suspiro. Todo aquello era previsible. No necesitaba ir hasta ahí para darme cuenta. Matthias prepara su partida. No puedo impedirselo. Estoy celoso, simplemente.

Cuando me levanto ya casi no siento la pierna. La fricciono un instante, la muevo, pero no cambia nada. Al reajustar las correas de las raquetas tengo la impresión de apoyarme sobre un miembro fantasma pero, tras unos minutos de marcha, recupero poco a poco la sensibilidad. Junto con el dolor.

A mi espalda, mis huellas se ven perfectamente. Espero que la nieve que está cayendo desvíe la atención de Matthias.

Vuelvo a pasar por delante de la pista de hielo, luego por delante de la iglesia. Cruzo el puente y avanzo por la calle principal. Me duele la pierna. Un cansancio repentino se abate sobre mí. Creo que debería descansar antes de emprender la subida de regreso. Descansar y calentarme.

Tomo uno de los senderos que se bifurcan hacia una residencia que me parece habitada, aunque no salga humo de la chimenea. A medida que me acerco, la nieve acumulada sobre el techo me produce una especie de vértigo. Me quito el gorro de lana y la bufanda para que se me vea la cara y llamo a la puerta. Espero. En el pequeño porche de la entrada hay dispuestas varias cuerdas de leña, altas y rectas. Llamo más fuerte. Nada. Abro.

¿Hay alguien?

Nadie responde.

Me quito las raquetas y me adentro en la penumbra nevosa de la casa.

Veó huellas de botas en el suelo, platos sucios en la encimera, latas de conserva vacías. Inspecciono los armarios: hay arroz y harina, una buena reserva de patatas, carne en conserva y café instantáneo. Hipnotizado ante estas provisiones, tomo un poco de cada una y lo meto en una bolsa. Así no se notará demasiado y no habré ido al pueblo inútilmente.

Me dirijo al salón y pongo la mano sobre la estufa de leña. El metal todavía está tibio. Alguien ha encendido el fuego hoy aquí. Me siento en uno de los sillones del salón con la bolsa en las rodillas. Me desabrocho el abrigo y exhalo largo y tendido. Me duele la pierna y siento los latidos del corazón cerca de la rodilla.

En un rincón de la habitación, cerca de la escalera, hay un montón de mantas. El suelo está cubierto con una alfombra grande, trozos de ropa y revistas. Me pesan los párpados. Me resisto durante un rato, me espabilo, me repito que todavía me queda una larga caminata por delante. Y me duermo olvidando el dolor lancinante de la pierna.



## Doscientos cuarenta y ocho

Me despierto de repente. He oído a alguien toser. Estoy seguro. No lo he soñado. Me doy la vuelta sintiéndome observado. Nadie. Y ningún sonido en la habitación.

Todavía hay claridad, pero no sé cuánto tiempo he podido dormir. Cojo la bolsa, me levanto y me dirijo a la salida. Estoy abrochándome el abrigo cuando vuelvo a oír algo. Una especie de estertor. Viene de la primera planta.

Voy a ver.

Los escalones crujen bajo mis pies.

Arriba hay un pasillo y tres dormitorios. Las puertas están abiertas. Echo un vistazo a la primera estancia. Hay dos personas en una cama y otra tendida sobre unos cojines en el suelo. No se mueven, pero los oigo respirar. Están delgados y pálidos. Tienen el rostro demacrado y en las órbitas de los ojos se adivinan los huesos de sus cráneos. Apenas he dado un paso más cuando una voz se eleva en la habitación de al lado. Es tan débil y temblorosa que me cuesta entenderla.

¿Jannick, eres tú? ¿Jannick?

No respondo. Bajo la escalera sin hacer ruido, me precipito afuera y abandono la bolsa de comida en el porche de la entrada. Ellos lo necesitan más que nosotros.

Me encuentro de nuevo avanzando sobre las raquetas en medio del pueblo desierto. Se ha levantado viento. Mis huellas empiezan a difuminarse bajo la nieve que éste acarrea. Pero siguen siendo visibles. Matthias podría seguirme paso a paso si quisiera. Me coloco bien la bufanda y retomo el camino hacia la salida del pueblo. La nieve cae intensamente y los copos cortan el aire en línea recta como si los hubieran tallado en hojalata. Cojeo mucho. Me cuesta

levantar el pie izquierdo y arrastro la raqueta por la nieve. Comprendo por qué ni mis tíos ni Joseph ni Jude me han llevado con ellos. No soy lo bastante fuerte, lo bastante ágil. Habría muerto ante la primera dificultad sin que pudieran hacer nada por mí.

Pronto sólo quedan en el cielo un resplandor gris y remolinos de nieve. Alzo la vista para situarme dentro de la extensión del paisaje. Todo está negro a mi alrededor. Todo está blanco. A un lado termino distinguiendo la línea oscura del bosque. Es el único indicio que me recuerda que no camino por un desierto.

Comienzo la subida hacia la casa. La pendiente es más abrupta de lo que pensaba. Jadeo. Tengo la pierna agarrotada por el esfuerzo.

Todo irá bien, todo irá bien.

Camino aferrado a mis bastones. Avanzo como las quitanieves por las carreteras de montaña, mirando al frente para no alentar el apetito de los precipicios. Siento el sudor abriéndose camino sobre la piel y volviendo mis ropas más pesadas. Sé que a partir de ahora ya no debo detenerme. El calor del cuerpo se me evaporaría en un instante y ya no sería capaz de combatir el frío.

Debo de estar a medio camino. Las embestidas del viento hacen que mi ropa restalle. Trato de distinguir la silueta de la casa en lo alto de la colina, pero ha oscurecido demasiado y los copos de nieve me escuecen en los ojos.

Sigo adelante concentrándome en el aire frío que penetra con fuerza en mis pulmones. A cada paso, tengo la impresión de que podría volver a abrírseme la herida. Entre dos zancadas, justo cuando estoy pensando en la comodidad inmóvil de mis férulas, la pierna izquierda me falla y me desplomo.

## Doscientos cincuenta y dos

Tengo la cara pegada al suelo. Cuando me apoyo con los brazos, se me hunden las manos en la nieve. El viento se arremolina sobre mí con énfasis y las ráfagas me fustigan el rostro. Miro hacia lo alto de la colina. Nieva cada vez más. La casa debería de estar ahí, en alguna parte, en las fauces del invierno.

Consigo levantarme, pero tengo que atarme una de las raquetas. El frío me muerde los dedos tratando de devorarme las manos. La nieve se me pega a la ropa, a la barba, a las cejas. Frente a mí, la cuesta desaparece en la noche.

Respiro profundamente varias veces, concentro mi energía y pongo un pie delante del otro.

Pero mi pierna cede de nuevo.

## Doscientos cincuenta y tres

Cierro los ojos un momento. Cuando llegue a casa, me desvestiré y me envolveré en una gran manta de lana. El fuego brillará en el hogar. Matthias tendrá la sopa preparada. Y quizá, incluso, algo de pan negro. Comeré todo lo que me ponga delante y dormiré, protegido por la luz y el calor de las llamas.

Cuando abro los párpados, sigo tumbado en el suelo. Nieva tanto que es una locura. Me doy la vuelta, hago un esfuerzo y trato de ponerme de pie. Pero me hundo todavía más. Y el frío me paraliza. Cada movimiento me pesa una tonelada y no me quedan fuerzas. La pierna no me duele. Ya no la siento. Tendría que haber ido a refugiarme con Jonas en el establo. Habría estado cómodo sobre la paja. Habría entrado en calor.

Pedazos de hielo me cubren el abrigo, el gorro de lana, los guantes. No debo detenerme, debo volver a levantarme. Ya casi he llegado. Me muevo y, apoyándome en los codos, repto, me revuelvo y me arrastro por la nieve. Avanzo un poco, pero siento que zozobro, que una resaca subterránea tira de mí. Una resaca glacial.

Mis movimientos son cada vez más lentos y tengo las manos completamente dormidas. Quizá debería hacer como Matthias. Y rezar.

La tormenta aúlla. Parece que se impacienta ante la idea de envolverme, de abrazarme, de cerrarse sobre mí. Que saliva antes de devorarme.

Me hago un ovillo para conservar el calor. Soy como todo el mundo, incapaz de admitir la posibilidad de mi propia muerte.

Trato de mantener la calma y se me acelera la respiración. No puedo quedarme aquí. Tengo que seguir avanzando.

La nieve es un lecho de cristales afilados.

Tengo que levantarme, pero el frío me retiene.

Tengo miedo. Me niego a acabar así, hecho una bola, con la cara en el suelo.

Me armo de valor y me pongo de espaldas, con los brazos en cruz y las palmas mirando al cielo.

A mi alrededor merodean las tinieblas.

La noche tiene hambre. Y los copos son carnívoros.

## ÍCARO

*Allá arriba, todo será más claro, todo será más hermoso, y por fin podré abandonarme a la luz. Por fin se me liberará de la sabiduría, la medida y el deber. Durante ese tiempo, tú, hijo mío, seguirás batiendo las alas. Y más tarde, mucho más tarde, echarás la vista atrás. Lo más seguro es que se te encoja el corazón. Podrás mirar por todas partes, que no me encontrarás.*

## Doscientos setenta y tres

Me despierto de repente, como si me hubieran agarrado por el pescuezo para salvarme de morir ahogado. Estoy tumbado cerca del fuego. Siento el peso de las piernas en el extremo opuesto del cuerpo y no me atrevo a moverlas.

Al otro lado de la ventana, el día resplandece. El sol está derritiendo la nieve del tejado y unos hilillos de agua chorrean un poco por todas partes a lo largo de la cornisa. Huele a harina frita. Vuelvo la cabeza a un lado. Matthias está de rodillas delante del fuego. Sobre las brasas hay una olla de sopa y un plato de aluminio con tortas de pan negro.

Me siento y me toco la cara. Los sabañones han formado una película de piel muerta que se asemeja a la muda de una serpiente.

Matthias se vuelve a mirarme. Levanto el mentón para tragar saliva. Nos observamos durante largos segundos. Y luego sacude la cabeza suspirando, como si no aprobara mi cabezonería. O como si se negara a creer en mi resiliencia. Arqueo las cejas. Me tiende un cuenco de sopa y una torta de pan. Hacía mucho tiempo. Lo devoro con apetito. Después de comer, Matthias prepara café instantáneo.

En el pueblo me encontré una bolsa con comida abandonada en un porche. Imagino que la dejaron ahí para nosotros. Al menos eso es lo que he pensado cuando la he visto y me he fijado en que había un poco de todo dentro. La gente quizá no sea tan rúcana como parece.

Junto a la chimenea hay una palanqueta y una pila de tablillas.

He empezado a desmontar el parqué de las habitaciones de arriba, explica, y arde bien, mira.

Matthias echa algunos trozos al fuego. El barniz se funde burbujeante y

luego se evapora tiñendo las llamas. La madera es densa. Arde bien y genera mucho calor.

Saldremos de ésta, anuncia Matthias blandiendo el libro que estaba en su mesilla. La avería, tu accidente, este pueblo, todo eso no son más que rodeos, historias inacabadas, encuentros fortuitos. Noches de invierno y viajeros.

Observo los trozos de madera que se consumen. Los clavos, todavía sujetos a las tablillas, terminan enrojeciendo, cayendo y desapareciendo bajo la alfombra de ceniza caliente en la que descansan las brasas.

No me he roto nada. Tengo las piernas hinchadas, pero todo irá bien. Seguro que podré volver a andar, mañana, pronto. Aunque quizá no pueda fiarme de ellas de nuevo.

Matthias me mira fijamente inclinando la cabeza.

Te había dicho que no lo conseguirías.



## Doscientos cincuenta y dos

Hace buen tiempo desde hace una semana, tal vez más. Alrededor del mediodía se nota que la temperatura aumenta de forma paulatina por encima del punto de congelación. Pero cuando el sol declina, el paisaje vuelve a sumergirse bajo cero. Como si las ilusiones del día no tuvieran ninguna incidencia sobre el mundo de la noche.

Poco a poco, la piel de la cara se me regenera. He ido a mirarme en el espejo del cuarto de baño. Podría parecer, simplemente, que me he quemado con el sol.

Ayer estuvimos contando nuestras reservas. Llevamos un tiempo racionando lo que tenemos saltándonos una comida de vez en cuando. Matthias se ha ido al pueblo esta mañana. He aprovechado para hacer los ejercicios que me enseñó a principios del invierno y, sobre todo, me he concentrado en la pierna, para que no vuelva a abandonarme a mi suerte, así, en medio de ninguna parte.

A comienzos de la tarde, asomo la nariz fuera por primera vez desde que Matthias me encontrara en la tormenta. Me detengo en el vano de la puerta y observo la luz enroscarse en los brazos negros de los árboles. Con este calor, se diría que la nieve se hunde cada vez más en el paisaje. Me quedo ahí un buen rato, entre las caricias cálidas del día y las manos heladas de las corrientes de aire. Pienso en mis tíos, que deben de haber sacado las sillas a los escalones de la entrada del campamento para disfrutar del sol y escuchar las promesas de la primavera. Y luego pienso en mi mapa topográfico bajo los escombros de la veranda. En mi tirachinas y en mi catalejo.

La vista de Matthias ascendiendo por la cuesta me saca de mis ensoñaciones.

He rebuscado en varias casas, me dice cuando llega a mi lado, pero no he encontrado gran cosa, aparte de dátiles secos. No somos los únicos que lo registran todo. Y, esta vez, nadie ha dejado ninguna bolsa de comida para nosotros. Volveré mañana. Todavía quedan, no obstante, lugares por comprobar.

Comemos algunos dátiles. Están duros y secos.

Con esto, comenta, los hombres del desierto eran capaces de sobrevivir semanas enteras.

Lo miro fijamente un momento.

¿Y en el desierto helado? ¿Cuánto tiempo?

Come, ya lo veremos.

Mientras chupo largo rato los huesos, observo el sol inundando el paisaje. Contemplo las montañas a lo lejos, recortándose en una multitud de planos superpuestos.

De repente, me asalta una idea.

Hay un lago algo más arriba, hacia el interior, a unos kilómetros de aquí.

¿Y qué?, replica Matthias.

Podríamos ir a pescar.

Pero es invierno, contesta enseguida, desanimado.

Precisamente por eso. Tenemos todo lo necesario en el sótano. Una pala, una motosierra, sedales.

Matthias me mira escéptico.

¿Está lejos?

A unos kilómetros en dirección opuesta al pueblo.

Nunca lo lograrás, me espeta con severidad.

Estoy mejor, ya lo sabes. Todavía cojeo, pero estoy mejor. Sólo tenemos que salir temprano para volver antes de que se haga de noche.

## Doscientos treinta y nueve

Avanzamos sobre la nieve endurecida por la noche y el frío. Progresamos despacio, pero a un ritmo constante. Matthias tira del trineo con el material. Jadea como un caballo viejo, pero no flaquea. Yo dosifico el esfuerzo apoyándome con fuerza en los bastones.

Cuando por fin llegamos al lago, el sol está elevándose justo por encima del bosque. Sin más tardar, caminamos hasta el centro de la extensión helada y luego despejamos de nieve unos metros alrededor. Bajo nuestros pies, el hielo es liso y oscuro. Enciendo la motosierra y trazo un gran rectángulo. Pero la capa de hielo es espesa. Nos lleva un tiempo que empiece a brotar agua y que podamos hundir el bloque bajo la superficie.

Ato unos señuelos dorados al extremo de nuestras cañas de pescar. No es lo ideal, pero es todo lo que he encontrado. En cuanto tengamos una primera presa, podremos utilizarla como cebo. Los peces no tienen tabúes.

Nos sentamos en el trineo. El sol nos acaricia la espalda, la parte de atrás de la cabeza. Los sedales desaparecen en las profundidades. De vez en cuando se oyen unos crujidos sordos. Son fisuras que nos pasan entre las piernas y corren a toda velocidad por el lago helado.

El día avanza con rapidez, el sol desplaza nuestras sombras y las alarga. Un búho nival pasa por encima de nosotros sin hacer ruido. En sus garras sujeta celosamente el cadáver de una liebre que se dispone a comer.

Matthias se inclina y hunde la mirada en el agujero.

No pican, dice con un suspiro. Quizá habría sido mejor poner lazos para liebres. ¿Sabes cómo se hace?

Mis tíos cazaban con trampas cuando era pequeño, pero yo nunca lo he intentado.

Mientras digo esto, distingo una casa oculta entre los árboles, en la orilla del lago. Por un momento, me extraño de no haberla visto antes. Desde aquí no distingo si está habitada ni si hay señales de vida alrededor. Una vez más, necesitaría mi catalejo. Aunque algo es seguro, no hay fuego en la chimenea.

¿Has visto?, le digo a Matthias señalándole la casa.

Pero Matthias no me escucha. Está abriendo una botella de vino. Sorprendido, lo observo tirar del tapón lentamente.

¿Es el vino que nos regaló Joseph?

Sí, querido.

Bebemos con la vista clavada en los sedales, reconfortados por el calor del sol. Y del vino. A medida que nos pasamos la botella, el aire se calienta. Una brizna de viento. Las montañas sacan pecho y la nieve resplandece.

Dime, me pregunta Matthias de repente, ¿crees que tendré suficiente con ocho bidones de gasolina?

Echo un vistazo a la casa de la orilla del lago. Nada se ha movido. Sin embargo, si hay alguien dentro, seguro que nos vigila. Quizá hasta se esté riendo porque no hemos pescado nada todavía.

Eh, ¿qué opinas?, insiste Matthias.

Eso depende.

Inclina la cabeza y aguarda a que continúe.

Depende del motor, de la carretera, de un montón de cosas.

Pero ¿es posible?

Miro brevemente al sol, que comienza su descenso hacia el horizonte.

Sí, quizá con un poco de suerte.

Entonces Matthias se levanta gritando.

¡Tengo algo, han picado!

Rebobina su sedal con la febrilidad de un niño y saca una hermosa trucha de las aguas oscuras del lago. Con una mano sujeta orgulloso su presa en volandas. Con la otra agarra la botella de vino. Se queda un instante quieto,

como si fuera a sacarle una foto, y se sienta de nuevo en silencio, observando cómo la vida abandona la carne agitada del pez.

Dame, le digo.

Desengancho la trucha y la corto en pedazos para que podamos poner cebo a los anzuelos. En cuanto metemos los sedales en el agua de nuevo, Matthias saca otro pez a la superficie. Dos minutos después, atrapo uno a mi vez.

Allá vamos.

Y todavía nos queda bastante vino.

## Doscientos cuatro

Durante tres días nos hemos comido todo el pescado que hemos podido. Hoy ahumamos el resto. En el salón flota una nube de humo. Nos pican los ojos. Nos apesta la ropa.

Hemos dispuesto los filetes sobre una rejilla encima del hogar y reavivamos el fuego a pequeñas dosis, justo antes de que se apague. Así el humo se mantiene denso y espeso. Es fácil, pero lleva una eternidad. No tiene que cocerse, tiene que secarse. Matthias se ha encargado de advertírmelo.

Si queda agua en la carne, se pudrirá.

Y durante largas horas, atontados por el humo, nos quedamos hipnotizados con el reflejo rojo de las brasas y la perspectiva seductora de toda esa comida futura.

## Ciento cincuenta y nueve

Hace algún tiempo que han dejado de ser realmente necesarios los turnos para vigilar el fuego. El frío aún es penetrante, pero durante el día el calor del sol nos ayuda a caldear la casa. De vez en cuando, algún bloque de hielo se suelta del tejado, se desliza y se estrella contra el suelo. Cada vez que ocurre, un poderoso gruñido recorre las paredes y nos sobrecogemos como si se nos viniera encima una avalancha. El hielo que cae del tejado se acumula delante de la ventana, de la puerta, por todas partes en torno a la casa. Nos cerca, nos empareda.

Esta mañana, al abrir los ojos, oigo un ruido raro. Al principio, creo que se trata de otra masa de nieve helada que se desprende, y luego me digo que alguien ha entrado a hurtadillas en la casa. Pero el sonido proviene más bien de la chimenea. Me acerco al hogar con precaución e introduzco la cabeza por sus oscuras fauces. De repente, algo emerge de la sombra y me golpea en la cara. Cuando trato de protegerme, caigo de espaldas. Matthias se despierta sobresaltado y me descubre en medio de una nube de hollín y ceniza.

Sobre nosotros, un pájaro se choca frenéticamente contra el techo, contra las ventanas. Tratamos de capturarlo, pero es rápido y está asustado. Matthias termina por inmovilizarlo tirándole el abrigo encima, como una red. Y yo lo sujeto con firmeza entre las manos. Es hermoso. El corazón le late desenfrenado y al mismo tiempo se muestra muy tranquilo. Como si estuviera listo para morir.

Una vez fuera, aflojo muy despacio los dedos. Durante una fracción de segundo, el pájaro se queda quieto. Luego levanta el vuelo y desaparece.

Permanecemos en los escalones de la entrada como si esperásemos algo. Ante nosotros, el día empieza a despertar y el medidor de nieve está más

descubierto que la víspera. Acabamos entrando a causa del frío matinal.

Preparo el café mientras miro a mi alrededor. Recientemente hemos levantado el suelo del salón tabla por tabla, hecho una colada, remendado la ropa. Y nos hemos atiborrado de pescado ahumado. Todos los días, en cada comida.

Matthias se acerca a la ventana y observa, pensativo, el paisaje.

Podríamos habérselo comido para variar el menú, declara.

Es verdad, convengo.

Un poco más tarde, Matthias sale con paso decidido para ir en busca de víveres al pueblo. En cuanto cierro la puerta, un bloque se despega del tejado. Lo oigo precipitarse y aplastarse contra el suelo en un estruendo sordo y pesado justo detrás de Matthias, que prosigue su camino como si nada.



## Ciento cincuenta y tres

Matthias vuelve del pueblo al final de la tarde. Lo veo llegar de lejos. Camina con la cabeza gacha, arrastrándose trabajosamente. A cada paso, las raquetas se le hunden en la nieve húmeda. Cuando entra en la casa, se desploma sobre el sofá sin quitarse las botas.

Sus ropas están manchadas de sangre.

He encontrado algo de comida, explica, pero las cosas no han ido como esperaba.

No hago nada. No digo nada. Y no consigo despegar los ojos de la sangre del abrigo, del pantalón.

Pon agua a hervir, ¿quieres?, me pide levantando la cabeza imperceptiblemente. Va a haber que lavar esto.

Atizo el fuego y lleno dos ollas de nieve. Matthias deja caer sus ropas al suelo y se envuelve en una manta. Sin hacer preguntas, recojo las prendas para ponerlas dentro del barreño de la colada. Un revólver cae al suelo. Matthias se endereza en el acto, lo recoge y lo esconde bajo los cojines del sofá, al abrigo de mi mirada.

Me había fijado en una casa que parecía no haber tenido visitas desde hace mucho tiempo. Justo detrás de la iglesia. Podía ser que quedaran cosas por encontrar; la gente siempre acaba olvidándose algo. Estaba tratando de forzar la puerta cuando ha aparecido Jonas, presa del pánico, detrás de mí. Al principio he pensado que quería pemmican, pero entonces me ha dicho que necesitaba ayuda, que necesitaba ayuda porque estaban amenazándolo. Yo, señalándole la casa en la que me disponía a entrar, le he dicho que sería mejor que se escondiera, pero él ha insistido. Tenía que ir con él. Así que lo he

seguido hasta el establo. Allí había cinco personas apostadas en la puerta. Cuatro tipos y una mujer.

Quieren ma-matar a una de mis vacas, me ha explicado Jonas al borde de un ataque de nervios. Quieren matar a una de mis vacas. Sólo quedan tres, sólo tres.

Me he acercado al pequeño grupo y hemos estado hablando. La cosa era muy sencilla. Estaban hambrientos. Y todavía quedaban tres vacas en el establo.

Jonas estaba desolado, pero era consciente de que no había nada que hacer. Le he preguntado por qué había ido a buscarme.

Ha habido un silencio.

Por lo visto tienes un arma, ha intervenido finalmente uno de los tipos.

Lo he negado.

Pues eso no es lo que nos ha dicho Jonas. Escuchadme bien: aquí ya nadie tiene armas. Jude y los otros se las llevaron todas. Hemos buscado por todas partes.

He empezado a recular.

Lo único que queremos es que sacrifiques una vaca, me ha implorado la mujer. Luego compartiremos la carne.

Es verdad, ha añadido Jonas. Por eso he ido a buscarte. La-la otra vez, cuando rebuscaste en tus cosas para darme una barrita de pemmican, vi el revólver en tu cintura.

¿Por qué no utilizáis un cuchillo?, les he preguntado.

Todos se han encogido de hombros.

Son mis vacas, ha gritado Jonas, son mis vacas. No quiero que sufran. No quiero que tengan miedo. La última vez sa-salió todo mal. He si-sido yo el que les ha dicho que esperaran cuando te he visto pasar a lo lejos.

He asentido con la cabeza.

Gracias, ha murmurado Jonas con alivio, gracias.

Todo lo demás ha pasado muy deprisa.

Hemos entrado en el establo. Me han indicado la vaca. Estaba atada a un poste. He sacado el revolver. La vaca era hermosa y estaba tranquila. Me he puesto muy cerca de ella, le he pegado el cañón del revólver al lado de la oreja y he disparado. No pensaba que el tiro saldría tan rápido. Ni que el ruido de la explosión sería tan poderoso. La vaca se ha quedado un momento de pie y luego se ha dejado caer lentamente al suelo. Sin saber por qué, he querido retenerla en su caída. Pero era demasiado pesada. Casi me parto la espalda.

Unos segundos después, el grupo se disponía a descuartizar el animal. Los he dejado con su tarea y, en espera de que me dieran mi parte, he salido a reunirme con Jonas.

Cuando me ha visto, sus ojos se han abierto como platos y ha mirado para otro lado.

¿Qué pasa?

La sa-sangre de tu ropa, ha respondido.

Al ver el estado de mi abrigo, me he mareado.

Matthias se calla. Lo miro. Tiene los hombros caídos hacia delante, la cara larga y las ojeras le han roído las facciones. De repente, Matthias no se asemeja a nada, a nada más que a un cuerpo agotado por los años y las circunstancias.

Durante las grandes guerras, prosigue Matthias, cuando el ejército huía en desbandada, los soldados se comían los caballos. Aquí es el final del invierno y nos comemos nuestras vacas.

Saco el trozo de carne que ha traído. Es un buen pedazo. Corto algunos filetes que doro rápidamente sobre una sartén. Cuando está lista, invito a Matthias a servirse.

No, gracias, declina, no tengo hambre.

## Ciento once

El cielo está bajo. Las nubes se funden con la nieve. Y llueve desde hace diez días. A veces más fuerte, a veces menos. Como si el firmamento quisiera de repente acelerar las cosas y derretir el paisaje.

Para alimentar el fuego y combatir la humedad, demolemos las divisiones de los dormitorios y los armarios de la planta de arriba. Cuando arrancamos el yeso laminado, el polvo invade las habitaciones y galaxias de partículas flotan en la luz gris del día. Con una maza desarmamos los montantes, los dinteles y los listones de los tabiques. Con cada golpe la casa retumba como una gran estancia vacía. A continuación, lo serramos todo en pedazos. Es mucho trabajo para tan poca leña, pero nos mantiene ocupados.

A menudo, antes de desmontar algunas secciones, tenemos que cortar los cables que pasan de una pared a otra. Pienso entonces en los zócalos radiantes, en los interruptores, en las lámparas suspendidas del techo. Pienso también en las constelaciones de puntos verdes y rojos de los aparatos eléctricos. Pero me parece que estamos a años luz de todo eso.

Durante el día, hacemos largas pausas en las que observamos por la ventana la lenta transformación del paisaje.

El invierno llega a su fin, ha declarado Matthias en varias ocasiones con aire soñador. Pronto las carreteras estarán despejadas.

Cada vez que evoca su partida, me pregunto en qué estado se hallará la ciudad en este momento. A lo mejor se ha restablecido la electricidad y la vida retoma su curso con normalidad. O a lo mejor todo el mundo ha huido, abandonando a los viejos, a los enfermos y a los más débiles. Como aquí.

## Ochenta y nueve

Hoy la temperatura ha vuelto a caer por debajo de cero. La nieve se ha endurecido con el frío y se puede caminar por encima fácilmente. Aprovechamos para ir en busca de víveres.

Para aumentar nuestras probabilidades, decidimos partir cada uno en una dirección. Matthias se va al pueblo, por supuesto, y yo subo hacia la casa de la orilla del lago.

Mientras me acerco, observo las laderas de las montañas. En todas partes se nota que los árboles quieren desembarazarse de la nieve. Alrededor de la casa no hay huella alguna. El lugar parece desierto. Delante de la puerta no se ha dado ni una sola palada. Un viejo cobertizo me llama la atención sin saber muy bien por qué. Es como si los talleres y los almacenes me hubieran resultado siempre más familiares que el orden y la comodidad de las viviendas.

Quiero entrar, pero las puertas están bloqueadas por la nieve y el hielo, de modo que rompo una pequeña ventana del lateral. Retiro bien todos los fragmentos de vidrio y me cuelo en el interior.

En el cobertizo huele a polvo, a aceite rancio, a cerrado. Las pupilas se me dilatan y, poco a poco, la oscuridad revela sus secretos. Restos de madera, herramientas, tarros de tabaco llenos de tornillos, de clavos, de tuercas. Un gran banco de trabajo a lo largo de la pared. Al fondo, al pie de un amasijo de palas y rastrillos, distingo dos bidones de gasolina. Hay incluso una canoa del revés en lo alto de todo.

En el centro de la estancia se halla una masa inerte cubierta con una lona. La levanto. Es un *quad*. Un modelo antiguo. Me subo y pongo las manos en

el manillar. Aprovecho para descansar la pierna e imagino que conduzco a toda velocidad por las pistas forestales.

La llave se encuentra en el contacto. La giro. Nada. La batería está descargada. Pruebo entonces con el tirador de arranque, pero no ocurre nada tampoco. Me inclino a inspeccionar el cableado en la parte de abajo. Todo tiene pinta de estar en buen estado. Desmonto la bujía de encendido y el carburador, los limpio y los coloco de nuevo.

Cuando me enderezo, el *quad* parece dispuesto a rugir. Pruebo de nuevo el tirador de arranque. El vehículo se pone en marcha entonces sin ninguna vacilación. Le doy al acelerador para que ruja el motor. El olor de la combustión se propaga por el cobertizo. Cuando corto el contacto y vuelvo a poner la lona, pienso en Matthias, con su coche, y me digo que ya no tengo motivos para envidiarlo.

Al salir, tapo la ventana con un pedazo de contrachapado. Fuera todavía hay luz, pero el día está ya muy avanzado. Si quiero estar de vuelta antes de que oscurezca, no me dará tiempo de echar un vistazo a la casa. No en esta ocasión.

En el camino de regreso, miro atrás varias veces, inquieto. El cobertizo es un tesoro y, por muy dura que esté la nieve, estoy dejando huellas. Cualquiera podría seguirlas. No se le puede ocultar nada a la nieve.

## Cincuenta y tres

En unos días se ha derretido la mitad de la nieve. O casi. Lo suficiente para adivinar las venas de escorrentía que corren bajo lo que queda de ella y del hielo. Desde los escalones de la entrada, si se presta atención, se puede oír incluso el rumor del arroyo. En algunos lugares el suelo empieza a despuntar a través de la nieve, islotes de hierbas amarillentas aplastadas por el invierno. En dirección al pueblo, también comienzan a aparecer algunos tramos de carretera, allá donde el sol pega de lleno.

Es por la tarde. Sentados uno frente al otro, compartimos una lata de judías estofadas que Matthias ha encontrado en su última expedición al pueblo. Metemos cada uno nuestra cuchara alternando escrupulosamente. Cuando hemos terminado, Matthias lanza el recipiente metálico al fuego. La etiqueta se quema enseguida, luego el metal se enrojece antes de volverse del todo negro.

No le he contado mi descubrimiento a Matthias. Por su parte, él no me dice nada de sus preparativos. Sin embargo, a menudo evoca el libro que está leyendo, en el que los habitantes de un pueblo fundado en medio de la jungla viven durante cien años presos de su soledad.

Matthias apaga la vela de un soplo y nos acomodamos para dormir. Observamos el techo iluminado tenuemente por el resplandor vacilante de las brasas. Al cabo de un momento, Matthias me dice que le habría gustado mucho jugar una partida de ajedrez. Le advierto que le habría ganado. Nos reímos. Añado que a mí lo que me habría gustado sería beber otra botella de vino. Como en el lago.

Con una voz casi inaudible, admite que ése ha sido uno de los momentos más hermosos del invierno.

En la chimenea, la ceniza acaba imponiéndose a las brasas. La oscuridad es total y el silencio se instala cómodamente.



## Cuarenta y ocho

Abro los ojos cuando oigo la puerta que se cierra. Fuera hay claridad, pero el sol todavía no ha salido. El fuego arde en la chimenea y el café está listo. Voy a la ventana con la manta todavía sobre los hombros. Matthias desciende por la colina.

Hay algo que no cuadra. ¿Por qué bajar al pueblo a esta hora? Me invade la confusión. Entonces me doy cuenta de que hay una nota en la mesilla. Sin tomarme siquiera el tiempo de leerla, me visto y me precipito al exterior. Al oír mis gritos a su espalda, Matthias se detiene y se vuelve. Me planto delante de él cojeando y jadeando.

¿Qué pasa?

¿Adónde vas?

Al pueblo, ¿por qué?

Hay demasiada nieve todavía, replico.

Matthias suspira y me mira fijamente, como si nada estuviera ocurriendo como él había previsto.

Mírame, mira a tu alrededor, responde furioso. Soy viejo, he aguardado con paciencia todo el invierno y por fin ha llegado la primavera. No quiero esperar más. Ya he esperado demasiado. Las carreteras están practicables, es evidente que la nieve se está fundiendo. Mira, se ve el asfalto en las calles del pueblo.

Hay demasiada nieve todavía, te lo digo yo, no podrás pasar.

Tengo un coche, gasolina, ruedas con cadenas y comida. Tengo hasta un revólver.

No es eso. Espera al menos unos días. Que se deshaga un poco más.

Soy yo el que se está deshaciendo, no puedo seguir así. Te he curado,

ahora estás bien, así que deja que me vaya. Tengo que reunirme con mi mujer, ¿puedes entenderlo? Tengo que encontrarla.

Me acerco a él para tratar de hacerlo entrar en razón. Matthias da un paso atrás.

Espera, déjame al menos que te acompañe hasta el pueblo.

No, brama, ahora mismo vas a dar media vuelta y vas a dejarme en paz.

Me acerco un poco más.

Hay demasiada nieve, insisto de nuevo, la carretera debe de seguir bloqueada en las montañas. Ni siquiera conseguirás llegar a los pueblos de la costa.

Justo cuando me dispongo a ponerle la mano en el hombro, me empuja y saca su revólver.

Me quedo de piedra. La mano le tiembla.

Por encima de nosotros, una bandada de ocas cruza el cielo graznando.

Vas a dar media vuelta, repite Matthias, y vas a dejar que me vaya.

Se aleja caminando hacia atrás con precaución, con el arma apuntándome todavía. Está saliendo el sol. Las ocas han pasado. Todavía las oigo, pero ya no las veo. Matthias se da la vuelta y desaparece por la pendiente que lleva al pueblo. Estoy seguro de que no habría disparado, pero no me he atrevido a insistirle más.

## Cuarenta y seis

De vuelta en la casa, estoy un rato sin saber qué hacer. Me dejo caer en el sofá y cierro los ojos, pero no me entra sueño. Huele a pescado podrido en la habitación. Con la humedad, los últimos pedazos de ahumado han empezado a estropearse. Me apresuro a tirarlos fuera. Una vez en el exterior, rodeo la casa en busca de una ocupación. Me detengo ante el cadáver descarnado de la veranda, que va desvelándose poco a poco con el deshielo. En distintas ocasiones creo oír un motor de coche a lo lejos, allá abajo.

Me abro camino a través de los escombros y de la nieve congelada. No consigo llegar hasta la trampilla de la fresquera, pero al levantar unos trozos de chapa y algunas tablas, encuentro latas abolladas, un paquete de pasta rasgado y algunos sobres húmedos de sopa en polvo. Todo se halla en un estado lamentable. No sé si voy a poder aprovechar algo.

Logro levantar un pedazo del tejado aplastado utilizando una tabla a modo de palanca. Con mucha precaución, consigo deslizarme bocabajo por la abertura que acabo de crear. Parece una gruta, un lugar subterráneo que la nieve hubiera perdonado. Avanzo y, a tientas, pongo la mano en el tirachinas y, un poco más allá, en el catalejo. Al levantarme me resbalo con un papel húmedo. Es el mapa topográfico que Joseph me había regalado. Lo cojo, sorteo de nuevo los escombros y vuelvo al salón.

El mapa se seca cerca del fuego. Se ha estropeado con el agua, pero las marcas de humedad no han borrado nada. Recorro con el índice una y otra vez el camino que lleva hasta el campamento de caza de mis tíos.

El fuego disminuye. Cuando le echo más madera, las llamas iluminan de nuevo el salón y permanezco largo rato observando mis hallazgos dispersos ante mí como objetos de culto, el montículo de leña, las latas de conservas.

Termino cogiendo la nota que dejó Matthias. Tres líneas escritas con tinta negra.

Hemos superado el invierno. Nunca lo olvidaré. Ha llegado la hora de partir. Lo siguiente no puede esperar más, lo sabes. Adiós.

Me guardo el trozo de papel en el bolsillo sintiéndome solo de repente. Matthias tiene razón. El invierno llega a su fin. Ya no hay nada que hacer aquí.

## Treinta y nueve

No duermo en toda la noche. Pienso en Matthias, de camino a la ciudad, con sus provisiones y su revólver. Pienso en Joseph y Maria, felices en alguna parte, lejos del pueblo; en mis tíos y mis tías observando la crecida del río mientras juegan a las cartas. Pienso en el *quad* que me espera en el cobertizo.

Me levanto en cuanto percibo las primeras luces por la ventana. Cojo el catalejo, el tirachinas, el plano de Joseph y las pocas provisiones que tengo, me lo meto todo en los bolsillos del abrigo y salgo cerrando la puerta sólidamente a mi espalda.

Lo siguiente no puede esperar más. Es verdad. Ahora me toca a mí marcharme.

Fuera, el cielo está liso y gris, como una tapadera colocada sobre el paisaje. La nieve es pesada y pegajosa. A cada paso debo sacudirme las raquetas con los bastones de esquí para poder avanzar.

Llego a la casa de la orilla del lago. No hay huellas nuevas. Sigo siendo el único que conoce los secretos de este lugar. Con una de las raquetas, retiro la nieve y el hielo de delante de las puertas del cobertizo. Hay un candado en el pestillo, pero no está echado. Cuando abro las puertas, el *quad* sigue ahí, bajo la lona.

Examino el desorden de objetos y herramientas del interior y reúno todo lo necesario en una caja que fijo a la parte delantera del *quad*: un saco de dormir, un martillo, una sierra para leña, un cúter, algo de cuerda, la lona... Todo tipo de cosas. Al rebuscar, encuentro también un viejo paquete de cigarrillos. Le quedan seis. Por último, ato los bidones de gasolina detrás,

sobre el portaequipajes, y doy unos pasos hacia el lago con un pitillo en la boca.

Una espesa capa de nieve mojada cubre el lago. Se ve gris y uniforme, como el cielo. Ni siquiera se sabe dónde comienza el lago y dónde termina la orilla. El hielo está a punto de ceder.

Me acerco un poco más y enciendo el cigarro.

Las montañas se elevan alrededor del lago cerrándose unas sobre otras. Al guiñar los ojos percibo un sendero que sube hacia el interior. Un trazo blanco sobre fondo blanco. Creo que es por ahí por donde debo pasar. Aún hay mucha nieve en el bosque al final del invierno. Si me atasco, siempre podré servirme del cabrestante del *quad* para liberarme. Estas máquinas estas están hechas para pasar por todas partes.

El cigarrillo me sabe muy bien y lo apuro hasta el filtro. Tiro la colilla al lago y doy media vuelta para regresar al cobertizo pero, en cuanto lo hago, la nieve cede bajo mis pies y de repente me encuentro con el agua hasta los muslos. Las botas y la ropa se me empapan en cuestión de segundos. Trato de salir de ahí, pero no tengo dónde agarrarme y el hielo se parte si me apoyo en él. Consigo finalmente encaramarme a la nieve tumbándome cuan largo soy. Sin embargo, en cuanto trato de reptar, la superficie se abre de nuevo y caigo otra vez al agua helada. Cuando logro llegar a la orilla, estoy aterido. Me levanto con dificultad. La ropa me pesa una tonelada y mis movimientos no son muy efectivos. Me falta coordinación; he de concentrarme para poner un pie delante del otro. Me detengo ante el cobertizo. Tiemblo, me castañean los dientes y creo que voy a desmayarme cada vez que inspiro. Necesito ropa. Necesito ropa seca. Ya. Ahora.

Corro hacia la casa. El corazón me late con fuerza, pero es como si le costara bombear la sangre hacia las articulaciones. Me abalanzo contra la puerta. Está cerrada con llave. Las ventanas de la planta baja parecen condenadas por dentro. Las de la planta de arriba son inaccesibles. Cada

segundo que pasa, el frío se apodera un poco más de mí. Ya no consigo abrir y cerrar las manos.

Me concentro en la puerta tratando de respirar profundamente. La embisto con el hombro, con la cadera. Le doy patadas. El marco cruje y la puerta termina por ceder. Caigo de bruces al interior y me quito la ropa enseguida, retorciéndome en el suelo. Las cicatrices de las piernas se me han puesto de un color azul profundo. Subo a la planta de arriba tiritando, abro los cajones de la primera cómoda que veo y me pongo toda la ropa que puedo.

Los calcetines, los calzoncillos largos, los pantalones, el jersey de lana, todo me queda demasiado pequeño, pero no importa. Y permanezco sentado mucho tiempo en la esquina de la cama fricciónándome las piernas.

Mientras se me descongelan las extremidades, inspecciono con la mirada la habitación en la que me encuentro. Abro el armario con la esperanza de encontrar un par de botas. Al descorrer la puerta, me invade el espanto. Bajo la ropa colgada hay una sombra encogida. No se mueve. Me agacho. Es una mujer. Es delgada y mayor. Sus cabellos blancos son resplandecientes, su piel es translúcida; tiene los ojos abiertos como platos. Mareado, salgo de la habitación y bajo la escalera procurando no hacer ruido, como si hubiera interrumpido el reposo de una persona muy cansada.

Tiene la cocina impecable. El suelo está limpio, la vajilla ordenada en los armarios y una lámpara de aceite inmaculada preside el centro de la mesa. En la despensa, ha alineado cuidadosamente los tarros de conservas caseras junto a algunas cestas de ajos, cebollas y patatas. Sólo el frío y las plantas muertas en el alféizar de la ventana traicionan la armonía de esta habitación.

Por un instante me pregunto por qué no habré venido aquí antes. Matthias y yo habríamos tenido qué comer y la mujer quizá habría podido escapar de su soledad.

En la entrada, encuentro una chaqueta de cuadros y unas botas de agua. Esto bastará por el momento. Cojo algunos víveres al azar, recojo mi ropa empapada y salgo tratando de cerrar lo mejor posible la puerta destrozada.

Despacio, muy despacio, vuelvo sobre mis pasos con la decepción de verme forzado a posponer mi partida. Sin embargo, al caminar, ya no pienso tanto en mis tíos y mis tías en su campamento de caza, sino más bien en la angustia de la mujer dentro del armario.



## Treinta y tres

Cuando llego a casa al final de la tarde, me fijo en que los pájaros están dando buena cuenta del pescado podrido. Me detengo un momento a observarlos y luego voy al salón. Yo que pensaba no volver a poner los pies aquí... Alimento el fuego como puedo, pero ya no queda leña y no tengo energía para emprenderla con las paredes de la cocina. Ni para ir en busca de ramas húmedas afuera.

En un rincón del salón están los libros que amontonamos cuando quemamos las estanterías, los libros de los que Matthias sacaba sus historias. Me agacho y cojo el primero que encuentro. Vuelvo ante la chimenea y lo lanzo sin demora a las brasas crepitantes. La cubierta empieza a arder casi de inmediato. Se le doblan las esquinas y el cartón se comba en las llamas. Las primeras páginas se repliegan. El ejemplar se hincha como un acordeón. El calor es intenso pero, rápidamente, del libro sólo queda una masa informe, naranja y negra. Parece una piedra ardiente y quebradiza. Entonces quemo otro y las llamas reviven con más fuerza, se retuercen en la chimenea y una luz viva resplandece en la habitación. Me desnudo del todo para aprovechar el calor de los libros y me como unas cuantas remolachas en vinagre de las que he traído de casa de la señora mayor. Mientras observo consumirse las páginas, me pregunto hasta dónde habrá llegado Matthias a la hora que es. Más lejos que yo, sin duda alguna.

De pronto oigo el chirrido de la puerta. Alguien acaba de entrar en casa. En un acto reflejo, me enrolló una manta alrededor de la cintura y aferro el atizador. Los pasos avanzan por el pasillo. Me pego a la pared. Tengo la impresión de que podría ser el fantasma de la señora, que viene a por sus remolachas. Una silueta se detiene en el vano de la puerta. No me muevo y

aprieto el mango del atizador con ambas manos. Seguro que el intruso también se ha puesto en guardia. Contengo la respiración. Y entonces, Matthias aparece en el salón. Cuando me ve en la esquina, mi atuendo le hace fruncir un poco el ceño. Nos miramos fijamente un segundo, y luego lo sacude un violento ataque de tos.

He perdido el control del coche, explica desorientado y atemorizado al mismo tiempo. En la curva, antes de la gran ascensión, varios kilómetros después de la salida del pueblo. He tenido que volver andando. Ahora todo se acabó, todo se acabó.

Le tiendo el tarro de remolachas. Se come unas cuantas con la mirada inexpresiva.

Lo he dejado todo allí, prosigue con la voz temblorosa, mis cosas, las provisiones, la gasolina.

Estás agotado, le digo mientras echo algunos libros al fuego. Duerme, lo necesitas. Ya veremos mañana lo que podemos hacer.

Tengo miedo, tengo miedo de quedarme atrapado aquí, solloza tumbándose en el sofá.

## Treinta

Hace frío en el salón esta mañana. Matthias todavía duerme. Los cabellos blancos se le pegan a la frente. Tiene la barba sucia, y los ojos cerrados parecen hundidos en las órbitas.

Removiendo las cenizas para reavivar las brasas, me fijo en que hay pedazos de papel en los que todavía pueden leerse algunas palabras, fragmentos de frases. Como si el regreso de Matthias hubiera intimidado a las llamas.

Salgo a tomar el aire. Está nevando, pero son copos minúsculos, confeti. Mientras pienso en la tozudez y las peripecias de Matthias, observo los pájaros picoteando los restos del pescado. Algunos van y vienen, otros se ensañan con un solo pedazo, pero todos están nerviosos, alerta. Al levantarme para ir en busca de mi tirachinas, salen volando en completo desorden. Cuando vuelvo a los escalones de la entrada, pasan varios minutos y luego regresan de uno en uno.

Incrédulo, me pregunto cómo será vivir hasta la edad de Matthias. Haber compartido una vida entera con la misma mujer. Temer no volver a verla. Y estar condenado a morir solo. Como la señora de la casa del lago.

Unos arrullos me sacan de mis pensamientos. Vuelvo la cabeza y percibo un par de pájaros un poco más rollizos posados en el tendido eléctrico. Uno de ellos levanta el vuelo, pasa junto a la casa y aterriza en la nieve, a unas zancadas del porche. Con sus ojos redondos y aguzados inspecciona los alrededores y se aproxima al pescado balanceando la cabeza. Lentamente, levanto el arma, tenso el elástico y apunto. Disparo. El proyectil pasa por encima del ave y se hunde en la nieve sin hacer ruido. El pájaro yergue la cabeza, pero no se mueve. Espero un poco y descargo de nuevo. Esta vez cae

derribado. Cuando voy a recogerlo, todavía le tiemblan las alas, animadas por los nervios. Retomo la posición y espero a que otro animal de su talla se me ponga a tiro, guiado a la vez por su estómago y por la luz de la primavera.

## Treinta

Matthias se despierta cuando estoy preparando la comida. Parece que está mejor. El sueño le ha devuelto el aplomo. Mientras bebe un poco de agua caliente, se saca del bolsillo del abrigo el único libro que se había llevado consigo.

Es un libro valioso, explica, ya te he contado algunos pasajes.

Me digo que ha hecho bien en conservarlo, si no, habría podido terminar en el fuego con los demás para hacer la comida.

Escucha, comienza, colocándoselo sobre las rodillas. Presta atención. Un hombre tenía dos hijos. Un día, el menor acudió a su padre para anunciarle que se marchaba. De acuerdo, dijo el padre. Entonces te daré la mitad de mis bienes, porque la otra mitad será para tu hermano. Poco tiempo después, juntándolo todo, ese hijo se va a un país lejano y derrocha sus haberes en una vida de libertinaje. Cuando ya no le quedaba nada, y encontrándose desprovisto, se vio obligado a alimentar a los puercos de un importante terrateniente. Para saciarse, estaba dispuesto a alimentarse de la comida de los animales, pero le estaba prohibido. Desesperado, termina por huir. Aunque ya no se consideraba digno de su padre, volvió al lugar en el que se había criado. Cuando se acercaba a la casa, avergonzado y desamparado, su padre lo vio y corrió a abrazarlo. Ya no soy digno de ser hijo tuyo, dijo el joven. Pero el padre ordenó matar un becerro gordo y preparar un gran banquete con motivo del milagroso regreso de su hijo. Comamos y alegrémonos, exclamaba, porque mi hijo estaba muerto y helo aquí vuelto a la vida, estaba perdido y helo aquí encontrado de nuevo. Durante el festejo, el hijo mayor volvió de los campos. Interrogó a algunos invitados y se enteró de que se había sacrificado un becerro gordo para celebrar el regreso de su

hermano. Al ver a su padre, el hijo mayor se puso furioso. Yo llevo un montón de años trabajando para ti sin protestar ni quejarme, le espetó, y no me has dado nunca ni un cabritillo para que lo disfrute con mis amigos. Y he aquí que tu benjamín vuelve después de dilapidar la mitad de tus bienes, y vas y sacrificas un becerro gordo. El padre miró a su hijo. Le habló muy despacio. Hijo mío, tú siempre estás a mi lado y todo lo que tengo es tuyo. Pero era necesario que celebráramos un festín y que nos alegráramos, porque tu hermano estaba muerto y ha resucitado, estaba perdido y helo aquí reencontrado.

Animo a Matthias a acercarse. La comida está lista. Se sienta cerca del fuego, mira el plato un momento y levanta la cabeza.

¿Qué es?

El festín.

Empezamos a comer. La carne es correosa. Tenemos que masticar mucho cada bocado.

Matthias toma un pedazo y lo alza para ponerlo en evidencia.

Es una carne un poco dura, ¿qué es?

Tórtola triste.

Ah, dice volviéndose hacia la pila de libros que he formado cerca de la chimenea.

Y terminamos nuestros platos sin añadir una palabra.

## Veintinueve

Después de comer, le pido a Matthias que se ponga el abrigo y me acompañe.

No se mueve.

Insisto.

Ven, me hace falta tu ayuda. Coge todo lo que necesites, no volveremos aquí.

Matthias reacciona y salimos en dirección a la casa de la orilla del lago. Cuando llegamos junto al cobertizo, le pido a Matthias que me espere. Se queda allí parado, sin moverse, mientras entro a buscar un par de palas.

A continuación, vamos a la linde del bosque y empiezo a cavar un agujero en la nieve, al pie de un árbol. Al principio Matthias se limita a observarme, luego se une a mí con la otra pala. Cuando alcanzamos el suelo, tratamos de seguir cavando, pero la tierra está congelada.

Ya está bien, digo indicándole con un gesto a Matthias que me siga.

Dejamos las palas allí mismo y nos dirigimos a la casa. Al cruzar por la cocina camino de la escalera, Matthias se fija en el orden que reina en la habitación.

Todo está tan limpio, murmura asombrado, tan ordenado...

Subimos a la planta de arriba y entramos en el dormitorio de la señora mayor.

Al llegar al armario, Matthias pega un respingo. Ahora es él quien parece un fantasma.

Tú la cogerás por las piernas y yo por los brazos.

Matthias se inclina sobre la señora y la observa acariciándole la frente con el reverso de la mano.

De acuerdo, termina por decir después de cerrarle los ojos, vamos allá.

Las bajas temperaturas han conservado el cadáver asombrosamente bien. Está frío y duro como la piedra. No conseguimos separarle los miembros. No tenemos más remedio que transportarla envuelta en una sábana. Está tan rígida y es tan ligera que parece que no pesara nada. La llevamos hasta la linde del bosque sin mucha dificultad y la depositamos con delicadeza en la fosa que acabamos de cavar.

Podría ser mi mujer, exclama Matthias observando la silueta en posición fetal.

A continuación, empuñamos las palas y cubrimos el cuerpo con una espesa capa de nieve.

Matthias retorna a la casa y vuelve con la lámpara de aceite que estaba sobre la mesa de la cocina. La enciende y la instala, como una luminaria, al pie del árbol.

Ven, le digo, sígueme, aún no hemos acabado.

Espera, me susurra mientras mira la llama que relumbra tras el cristal.

Luego se santigua, deposita un beso sobre el montículo de nieve y camina en pos de mí.



## Veintiocho

Estamos delante del cobertizo. Mientras abro las puertas, Matthias se fija en mis huellas, las que van hacia el lago y se hunden en el agua.

Te salvaste por los pelos, señala.

Sí, el agua está helada.

Entramos en la pequeña estructura. El *quad* sigue ahí, cargado y listo para partir. Retiro la caja que había amarrado delante e invito a Matthias a sentarse a los mandos. Se niega inmediatamente diciendo que no se ha montado nunca en un vehículo de ese tipo, pero insisto y termina por aceptar.

Con esto, vas a poder pasar por todas partes.

Me interroga con la mirada.

Con esto, vas a poder dejar el pueblo sin problema. Sólo tendrás que recuperar tus cosas del coche.

Una chispa de esperanza aparece en sus ojos.

Y vas a ver, este chisme no consume casi nada. Podrás llegar a la ciudad sin problema con la gasolina que tienes.

Matthias me mira con gratitud perturbadora.

Gracias, un millón de gracias.

Tendrás cuidado por el camino, ¿verdad? No conduzcas demasiado rápido, pero tampoco te pares más tiempo de la cuenta en el mismo sitio. Sobre todo, evita los controles de carretera.

No te preocupes, me asegura mostrándome el revólver que lleva en el cinturón.

Le muestro el tirador de arranque. Matthias lo acciona y, después de ocho o diez intentos, el motor empieza a petardear. Gritando por encima del ruido

del motor, le explico rápidamente cómo funcionan el embrague, el cabrestante y el freno de emergencia.

Instantes después, me estrecha entre sus brazos, me besa en la frente y arranca, dejando tras él unos surcos profundos. Le digo adiós levantando la mano, pero creo que no me ve.

Un viento cálido sopla sobre el bosque. El sol pega con fuerza. El paisaje brilla reluciente por todas partes, y la nieve se asemeja a unos gruesos cristales de sal salpicados de agujas de pino, ramas y hojas muertas.

Antes de desaparecer por completo, Matthias se vuelve, agita brevemente una mano en el aire y agarra de nuevo el manillar con gesto nervioso. Como si cabalgara sobre una bestia salvaje.

Me dejo caer en la nieve. Estoy feliz y preocupado al mismo tiempo, tanto por Matthias como por mí.

## EL SOL

*Lo más seguro es que se te encoja el corazón. Podrás mirar por todas partes, que no me encontrarás. Sólo verás algunas plumas revoloteando en los rayos de sol. Entonces, y sólo entonces, también tú serás libre, podrás seguir tu camino sin preocuparte por mí.*

## Once

Hay luna nueva. Por la noche, las estrellas tachonan la oscuridad con una precisión abrumadora. De vez en cuando, una aurora boreal verdosa ilumina parte del cielo.

También a veces, cuando se cubre, se oyen truenos a lo lejos, como si rugiese la primavera. Si se miran bien los árboles, es posible adivinar que tienen las yemas cargadas de savia, dispuestas a eclosionar.

Mi pierna está bien. Cojeo todavía, pero está bien. Apoyándome en los bastones, puedo caminar el tiempo que quiera. Maria se alegraría de verme así.

Desde que Matthias se marchó, duermo aquí y allí, explorando las casas abandonadas del pueblo. Me alimento de las provisiones que encontré en la casa de la señora y de hallazgos fortuitos.

Ahora que sólo quedan algunos montículos de nieve helada y sucia, se ven por todas partes los destrozos del invierno: coches abandonados en cualquier parte de la calle, en los patios traseros, en la linde de los campos; edificios aplastados, farolas torcidas y árboles caídos.

El pueblo está irreconocible. Y casi desierto. Sólo quedan pequeños grupos de personas que se desplazan de un lado a otro en busca de gasolina, de víveres. Manadas de coyotes escuálidos y desconfiados.

Una mañana, Jonas viene a verme.

Hace bueno, exclama gesticulando, hace calor, los osos saldrán pronto de sus cuevas. ¿Has vi-visto el nivel, el color del río? Hay árboles altos, altos como el campanario, que los ha arrancado la corriente. Hasta hay algunos flotando debajo del puente. Fuera de eso, yo ya no sé qué-qué más hacer por mis vacas. Sé que los demás van a querer sa-sacrificarlas pronto, lo sé, todo

el mundo empieza a tener hambre, ahora todos tienen hambre siempre. De manera que las he de-desatado para que se escapen, para que huyan. Han salido del establo, pero no se han ido demasiado lejos. He in-intentado asustarlas. No ha funcionado tampoco. Es como si no quisieran marcharse. Mientras tanto, si ves a Matthias, di-dile que estoy listo para ir a vender mis botellas. Tengo bastantes. Me voy a sa-sacar mucho dinero.

Jonas escudriña mi rostro, mete la mano en el interior de su abrigo turquesa y saca una barrita de pemmican.

Toma, me confía. Mira, está un poco duro, pero muy bueno. Ya verás.

Y se va, diciéndome que me ponga a cubierto porque va a llover.

En efecto, la lluvia comienza a caer poco después de su visita. Aprovecho para estudiar de nuevo la ruta en el mapa. Calculo que tengo para unos quince días con la pierna así. Si todo va bien. Ordeno el material una última vez, cuento las provisiones que he reunido y hago la mochila. Me duermo pensando en la sorpresa que se llevarán mis tíos cuando aparezca en el campamento de caza.

## Siete

La lluvia ha cesado durante la noche. El alba acaba exactamente de posar su mano sobre el horizonte.

Cruzo el pueblo a buen ritmo. Cuando llego a la altura del taller, me detengo un instante. No había vuelto a poner los pies ahí. Me da la impresión de que, si abriera la puerta, podría ver a mi padre atareado bajo un coche. Dudo un momento mirando alrededor, y luego prosigo mi camino.

En lo alto de la cuesta hago un alto delante de la casa en la que Matthias y yo hemos pasado el invierno. Ya tengo las piernas bien, pero la mochila pesa y necesito tomar aliento. La veranda parece un campo de batalla. Más lejos, en el claro, el medidor de nieve se ha caído.

A mis pies, el suelo está mullido y los brotes de helechos comienzan a alimentarse de las hierbas muertas del otoño. Alzo la mirada. Ante mí, las grandes píceas se yerguen enhiestas y negras. Marcan el final del pueblo, el principio del bosque.

## Agradecimientos

El autor da las gracias a Mylène Bouchard, Simon-Philippe Turcot, Brigitte Caron, Nicolas Rochette, Laurence Grandbois-Bernard, Aimée Verret, Michel Guay, Nicolas Grenier, Micheline Bérubé, Jean-Marc Desroches y Marie Braeuner.

*El peso de la nieve*  
Christian Guay-Poliquin

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Le poids de la neige*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño  
© de la ilustración de la portada, Artur Debat / Getty Images

© Christian Guay-Poliquin, 2016  
© Éditions La Peuplade, 2016  
Publicado de acuerdo con L'Autre Agency y The Ella Sher Literary Agency

© Luisa Lucuix Venegas, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019  
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2019

ISBN: 978-84-322-3554-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta



¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

